

EL REMANENTE

¿REALIDAD
BIBLICA
O ILUSION
SIN
BASE?

CLIFFORD GOLDSTEIN

¿REALIDAD
BIBLICA
O ILUSION
SIN BASE?

EL

REMANENTE

Incerto. Adulterio. Robo. Prejuicio. Asesinato.
¿Una descripción de los pecados de quienes
han rechazado a Dios en estos últimos días?
No; apenas unos cuantos de los pecados que
se hallan en los bancos de una iglesia que se
describe a sí misma como el remanente.

A pesar de su nueva luz, y de su énfasis en las buenas obras, la reforma pro salud, las normas cristianas y las expectativas de la lluvia tardía, la Iglesia Adventista lucha con muchos de los mismos vicios que condena.

La inconsecuencia entre profesión y práctica, tan penosamente evidente en nuestra denominación, hace que muchos duden de que la iglesia sea el remanente. Otros ven orgullo espiritual, hipocresía y arrogancia en esta pretensión de ser los escogidos. ¿En qué consiste la verdad?

Con pasión y sinceridad, Clifford Goldstein examina la iglesia que ama, poniéndola bajo el microscopio de la profecía bíblica, y se esfuerza por dar respuesta a preguntas como éstas: ¿Quiénes constituyen el remanente? ¿Puede Laodicea ser el remanente? ¿Hay alguna base para creer en un remanente dentro del remanente? ¿Puede el remanente apostar?, y otras semejantes.

Dios todavía llama a un pueblo para que sea enteramente suyo, un pueblo que lo represente con mayor esplendor que cualquier otra generación anterior. ¿Será demasiado tarde para que el

EL REMANENTE

*¿Realidad bíblica
o ilusión sin base?*

Biblioteca de libros adventistas en PDF

<https://www.facebook.com/groups/librosadventistaspdf>

Para uso exclusivamente personal

Se prohíbe su comercialización

EL REAPARENTE

Clifford Goldstein

*¿Realidad bíblica
o ilusión sin base?*

ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, 1602 Florida
Buenos Aires, Argentina

Título del original: *The Remnant* Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A., 1994.

Editor: APIA

Traductor: Armando Collins

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición

Primera reimpresión

MCMXCIX - 2M

Es propiedad. © Pacific Press Publ. Assn. (1994) © APIA (1995).

© ACES (1995)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 950-573-517-0

286	Goldstein, Clifford
GOL	El remanente - 1ª ed., 1ª reimp. - Florida (Buenos Aires): Asociación Casa Editora Sudamericana, 1999. 144 p.; 20x14 cm. Traducción de: Armando Collins ISBN 950-573-517-0 I. Título - 1. Iglesia Adventista.

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Impreso, mediante el sistema offset, en talleres propios.

040699

—36564—

Contenido

<i>Sección</i>	<i>Página</i>
1. Ocurrió en la iglesia remanente	7
2. El remanente entre las naciones	17
3. Un remanente del remanente	47
4. El remanente de la descendencia de la mujer	61
5. Un remanente dentro del remanente	101
6. El abandono	125

*Para quienes pudieran hallar
sanidad en estas palabras...*

Ocurrió en la iglesia remanente

1

- Una niña de doce años es violada repetidas veces por su padre, miembro de la iglesia remanente, mientras su madre, también miembro de la iglesia remanente, no hace nada para protegerla.

- Una joven que ha leído publicaciones de la iglesia remanente asiste un sábado al culto. Nadie la saluda, no le preguntan su nombre, ni hablan con ella... excepto una santa anciana que critica el collar de perlas que adorna el cuello de la visitante.

- Un niño llora. Sus padres, ambos dirigentes de la iglesia remanente local, se han divorciado tras años de sonreír en público y pelearse en privado.

- Una joven vive consumida por el odio contra el remanente. Su padre, que es primer anciano, maestro de Escuela Sabática y dirigente de Conquistadores, maltrata violentamente a su esposa y luego se va a dar estudios bíblicos.

- Un pastor de la iglesia remanente *–¡un pastor!–* es arrestado por robar un banco.

- Un maestro de un colegio de la iglesia remanente es

sorprendido acostado con la esposa de otro hombre. El esposo, ciego de ira, lo estrangula.

- Algunos denuncian las doctrinas del remanente y lo acusan de herejía. Otros, aseverando que se ha desviado de la doctrina, lo acusan de apostasía.

- Un miembro de la iglesia remanente abre su agencia de venta de motocicletas en sábado.

- Una pareja se ve torturada por el remordimiento. Después de haberse sacrificado durante años para enviar a sus hijos a instituciones educativas de la iglesia remanente, ven cómo todos ellos abandonan la fe del remanente.

- De pie ante un hospital de la iglesia remanente que practica abortos, un cristiano sujeta un cartel que dice: “No matarás”.

- Un pastor de jóvenes de la iglesia remanente es acusado de haber tenido relaciones íntimas con una adolescente.

- La revista *Vanity Fair* (Feria de vanidades) publica un artículo sobre cierto médico de California que fue arrestado por asesinar a un paciente en su consultorio. La revista dice que el facultativo había sido un pilar de su comunidad y de “la Iglesia Adventista del Séptimo Día”, la iglesia remanente.

Estos sórdidos recortes apenas comienzan a catalogar la letanía de mentiras que se expresan y los pecados que se cometen en el seno de la “gran familia adventista” de Dios, cuyos miembros se preparan para ser trasladados en ocasión de la segunda venida de Cristo. ¿Cuántos miembros hay que podrían escribir un capítulo, o hasta un libro entero, acerca de lo que han hecho los que no sólo se cubren con un manto de cristianismo, sino que también se refugian bajo los

pliegues de la “iglesia remanente”? Sin duda los jóvenes adventistas podrían escribir algunos de los tomos más amargos y dolorosos.

Como resultado, muchos se preguntan: “¿Cómo pueden hallarse en la iglesia remanente todos estos pecados: incesto, adulterio, y hasta asesinato?”

O, ¿será ésta, al fin de cuentas, la iglesia remanente?

2

Desde su comienzo como un grupito esparcido, un residuo de los mileristas, los adventistas del séptimo día se han autodenominado el *remanente*. Aun antes de organizarse formalmente como iglesia, los pioneros se consideraban el remanente. Quizá el uso más temprano del término haya sido en 1846, en un folleto titulado “Al pequeño remanente esparcido”. En 1849, José Bates usó Apocalipsis 12:17 —que apunta a “los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús”— para describir a los adventistas como “el remanente”.¹

En 1853, Elena de White se refirió a los adventistas que guardaban el sábado usando el término “el pueblo remanente de Dios”.² En 1855, cuando J. M. Stephenson dejó el movimiento, sus hermanos lo instaron a que reconsiderara su decisión de apartarse del “pueblo remanente de Dios”.³ En 1857, Jaime White escribió que el mensaje a Laodicea era “un llamamiento especial al remanente”, y urgió a los adventistas a que obedecieran su consejo.⁴ En 1860, cuando los pioneros buscaban un nombre para su nueva iglesia, se consideró “el remanente”.⁵ Según el historiador P. Gerard Damsteegt, los adventistas adoptaron el motivo del remanente porque “indicaba el lugar exclusivo que ocupaban los adventistas sabáticos como el remanente del pueblo de Dios que continuaba adhiriéndose a las posiciones fundamentales

del movimiento adventista".⁶

A través de los años, la palabra *remanente* o la frase *la iglesia remanente*, se ha convertido en la marca definitiva y autoproclamada de los adventistas del séptimo día. Durante un siglo y medio, los libros y periódicos que salen de nuestras prensas han llamado a este movimiento "la iglesia remanente". En el certificado bautismal, que se imprimió por primera vez poco después de 1940, la pregunta número 13 del voto bautismal decía: "¿Cree usted que la Iglesia Adventista del Séptimo Día constituye la iglesia remanente, y desea usted ser aceptado en su feligresía?" En la actualidad, el certificado pregunta si el candidato al bautismo cree que la Iglesia Adventista del Séptimo Día es "la iglesia remanente que describen las profecías de la Biblia".

La denominación estableció oficialmente el concepto de remanente como doctrina cuando el Congreso de la Asociación General de 1980, celebrado en Dallas, proclamó que el adventismo era el "remanente [que] ha sido llamado a salir para guardar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Este fraseo pasó a ser la duodécima de las 27 creencias fundamentales:

La iglesia universal está compuesta por todos los que creen verdaderamente en Cristo, pero en los últimos días, una época de apostasía generalizada, se ha llamado a un remanente para que guarde los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Este remanente anuncia la hora del juicio, proclama salvación por medio de Cristo y anuncia la proximidad de su segunda venida. Esta proclamación está simbolizada por los tres ángeles de Apocalipsis 14; coincide con la hora del juicio en el cielo y da como resultado una obra de arrepentimiento y reforma en la tierra. Todo creyente recibe la invitación de participar personalmente en este testimonio mundial.⁷

Los adventistas pretenden que el título "el remanente" o "la iglesia remanente" les pertenece *exclusivamente* a ellos. La iglesia no cree que ninguna otra institución o iglesia sea el remanente, si bien los adventistas conceden el hecho de que "no creemos que nosotros solos seamos los verdaderos hijos de Dios —que seamos los únicos cristianos verdaderos—

presentes en el mundo hoy".⁸ La iglesia adventista enseña, eso sí, que todas las otras denominaciones se hallan en cierto grado de apostasía teológica, que sólo el adventismo posee la "verdad presente", y que "a través de la iglesia remanente, [Dios] proclama un mensaje destinado a restaurar su verdadero culto, al llamar a su pueblo a salir de la apostasía y prepararse para el regreso de Cristo".⁹

Por supuesto, los adventistas no son los únicos que hacen declaraciones exclusivas acerca de ellos mismos. Los mormones proclaman que ellos son la iglesia verdadera y restaurada (profeta y mensaje de salud incluidos), los únicos que proclaman "el evangelio eterno" de Apocalipsis 14 en su forma pura, original. Los testigos de Jehová enseñan que ellos son los únicos que tienen la verdad, y que todas las demás denominaciones son Babilonia. La Iglesia Católica cree que es la iglesia madre, la original, y que los protestantes se han desviado de la fe que fue dada una vez a los santos.

Es evidente que el solo hecho de que un cuerpo religioso declare algo acerca de sí mismo no hace que lo dicho sea verdad. Bruce Moyer escribe: "Un grupo no es un remanente simplemente por autodenominarse así. Es un remanente sólo cuando se porta conforme a lo que se espera de un pueblo remanente y profético".¹⁰

En años recientes, algunos miembros de la iglesia han cuestionado la identificación que los adventistas hacen de ellos como el remanente. Un artículo de la *Revista Adventista* dice: "En nuestros días Dios busca un remanente. Nosotros podemos ser ese remanente",¹¹ lo que implica que la iglesia, en su condición actual, no lo es. Muchos, viendo la mundanalidad, las transigencias teológicas y la liviandad con que muchos consideran nuestro mensaje de verdad presente, se sienten tentados a dudar de nuestra condición de remanente. Otros arguyen que la frase es triunfalista, exclusiva, y promueve el orgullo espiritual y la arrogancia. Otros, especialmente los jóvenes, ven el pecado, la hipocresía, el legalismo, la frialdad, la falta de amor y las disensiones que abundan en la iglesia; se comprende, entonces, que

pregunten: *“¿Cómo puede ser ésta la iglesia remanente?”*

Además, los adventistas pretendemos ser “la iglesia remanente de las profecías bíblicas”; al mismo tiempo, nos llamamos la iglesia de Laodicea. ¿Seremos las dos cosas? Por cierto que “Laodicea” parece describir la realidad mejor que el término “iglesia remanente”. Laodicea, la iglesia que dice: “Yo soy rico, estoy enriquecido, y nada necesito”, y que en realidad es “un cuitado y miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apocalipsis 3:17 NRV), es una descripción apropiada del adventismo. Si en los incidentes mencionados al principio de esta obra usáramos la expresión “Iglesia de Laodicea” en vez de “iglesia remanente”, se leerían como sigue:

* Una joven que ha leído publicaciones de la Iglesia de Laodicea asiste un sábado al culto. Nadie la saluda, no le preguntan su nombre, ni hablan con ella... excepto una santa anciana que critica el collar de perlas que adorna el cuello de la visitante.

* Un niño llora. Sus padres, ambos dirigentes de la Iglesia de Laodicea local, se han divorciado tras años de sonreír en público y pelearse en privado.

De un modo u otro, estas frases tienen más sentido que las primeras versiones.

La autoidentificación del pueblo adventista con Laodicea parece contradecir su percepción de sí mismo como el remanente. El Señor amenaza con “vomitar” de su boca a Laodicea (Apocalipsis 3:16), pero al remanente le promete que los que alcancen la “victoria sobre la bestia, su imagen, su marca y el número de su nombre” estarán sobre el mar de vidrio, “con las arpas de Dios” (Apocalipsis 15:2).

¿Cómo podemos ser ambas cosas? ¿O quizá es imposible?

Esta obra examina el remanente. Traza el concepto bíblico del remanente desde el comienzo hasta el fin del tiempo, en un intento de responder estas preguntas: ¿Qué es el remanente? ¿Qué factores determinan el remanente?

¿Tiene uno que ser santo para ser parte del remanente?
¿Puede el remanente incluir a los inconversos junto con los conversos? ¿Tiene alguna validez la idea de un “remanente dentro del remanente”? ¿Puede apostatar el remanente? ¿Es Laodicea el remanente?

¿Es el *movimiento adventista* el remanente? ¿O en vista de nuestra condición actual, necesitaremos hacer un nuevo examen de nuestras pretensiones?

Referencias

1. José Bates, *A Seal of the Living God* [Un sello del Dios viviente] (Nueva Bedford, Massachusetts, 1849), págs. 45-56.
2. *Spiritual Gifts* [Dones espirituales], tomo 2, págs. 168, 169.
3. *The Review and Herald*, [La Revista Adventista], 18 de diciembre de 1855, pág. 93.
4. *Id.*, 8 de enero de 1857, pág. 75.
5. *Id.*, 25 de septiembre de 1860, pág. 148.
6. P. Gerard Damsteegt, *Foundations of the Seventh-day Adventist Movement* [Fundamentos del movimiento adventista] (Grand Rapids: Eerdmans, 1977), pág. 243.
7. *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día: una exposición bíblica de las 27 doctrinas fundamentales* (Wáshington, D.C.: Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, 1988), pág. 176.
8. *Questions on Doctrine* [Preguntas sobre doctrina] (Wáshington, D.C.: Review and Herald Publishing Association, 1957), pág. 187.
9. *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, pág. 194.
10. Bruce Moyer, “*Love in Practice*” [El amor en la práctica], *Adventist Review* [La Revista Adventista], 29 de marzo de 1990, pág. 11.
11. *Id.*, pág. 12.

El remanente entre las naciones

3

“El tema del remanente —escribe Gerhard Hasel—, se halla entretreído como una hebra escarlata a través de la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis”.¹ Hay seis diferentes raíces hebreas que forman docenas de palabras,² las cuales se usan centenares de veces en gran variedad de contextos en el Antiguo Testamento (si bien se puede trazar *el tema* mismo del remanente aun sin usar ninguna de estas palabras). Es un tema rico en contenido, a la vez que muy complejo, el cual los estudiosos han debatido por mucho tiempo.

La familia de Noé formó el primer remanente que registra la Sagrada Escritura. Después de que “todo ser viviente” (Génesis 7:4) fue raído de la tierra, los únicos sobrevivientes fueron Noé y su familia: “...y *quedó*³ solamente Noé, y los que con él estaban en el arca” (Génesis 7:23), que eran su esposa, sus hijos y sus nueras.⁴

¿Por qué fueron ellos los únicos que se salvaron?

En primer lugar, la Escritura dice que Noé era un “varón justo, ...perfecto en sus generaciones” y que “con Dios caminó Noé” (Génesis 6:9). En segundo término, el Señor dijo a Noé: “A ti he visto justo delante de mí en esta generación” (Génesis 7:1). Y finalmente, Noé “hizo conforme a todo lo que Dios le mandó” (Génesis 6:22).

No debemos extrañarnos, entonces, de que Dios le dijera

a Noé: “Estableceré mi pacto contigo” (Génesis 6:18). Un pacto o contrato sólo puede funcionar si las partes contratantes aceptan los términos propuestos. A pesar de que el resto de la humanidad “había corrompido su camino sobre la tierra” (Génesis 6:12), Noé, que caminó con Dios e hizo todo lo que Dios le mandó, consintió en cumplir su parte del contrato, que incluía construir el arca y luego entrar en ella. De la innumerable multitud que poblaba el mundo, solamente ocho personas –aun después de 120 años de predicación– entraron en el arca. Esto indica que, además de Noé, los otros siete también permanecían bajo el pacto.

Noé y su familia, a diferencia del resto del mundo, creyeron en la “verdad presente”, que en esa época consistía en el mensaje de que el mundo iba a ser destruido por un diluvio. Este mensaje específico, y el hecho de que aceptaran su validez, ayudó a identificarlos como el remanente.

Pero el relato no termina aquí. Noé “plantó una viña; y bebió del vino, y se embriagó, y estaba descubierto en medio de su tienda” (Génesis 9:20, 21). El patriarca no se limitó a saborear una copa de vino tinto con su nuevo régimen a base de carne; se embriagó, al punto de quedarse dormido desnudo en su tienda. Sin duda, Dios le perdonó a Noé su indiscreción, pero el incidente demuestra que aun Noé, el victorioso líder del remanente, podía caer.

La ebriedad de Noé, sin embargo, fue sólo el comienzo. En Cam, que “vio la desnudez de su padre” (Génesis 9:22), “hacía mucho que la reverencia había desaparecido de su alma, y reveló la impiedad y la vileza de su carácter”.⁵ Vemos así que el remanente original era corrupto desde el comienzo, y el mismo Noé predijo que la descendencia de Cam sería maldita (véase Génesis 9:25-27). A pesar de que Noé dijo cosas positivas acerca de sus otros dos hijos y su posteridad, los descendientes de ellos también apostataron.

Es evidente que la participación en el remanente no se hace posible por herencia ni por matrimonio. El hecho de estar unido al remanente por lazos de sangre no lo hace a uno miembro de la familia remanente. No importa cuán justo fuese Noé, era de todos modos imposible que le traspas-

sara su justicia a su posteridad. Su esposa, sus tres hijos y sus nueras, no importa cuáles fueran sus defectos intrínsecos, tenían que elegir personalmente si querían entrar o no en el arca. Así llegaron a integrar el remanente, que en este caso se componía sólo de una pequeña familia.

La calidad de miembro de este remanente “familiar”, por consiguiente, se obtenía como resultado de una elección individual. El remanente tuvo que acceder a los términos propuestos por Dios, y luego cumplirlos por fe. Después del diluvio, la mayoría de los descendientes de Noé no quisieron hacerlo. Por rebeldía, comenzaron a construir la torre de Babel. A pesar de que el Señor había prometido: “No destruiré más todo ser viviente con aguas de diluvio” (Génesis 9:11, versión Nueva Reina-Valera), y había pintado un arco iris en el cielo como símbolo de esa promesa, porfiaron en construir la torre para su propia seguridad en caso de otro diluvio. No creyeron en la promesa de Dios, ni en su arco iris. Entre ellos y el Señor no existía una relación contractual, como había sido el caso de la familia de Noé, en la que se formó el primer remanente.

Referencias

1. Gerhard Hasel *“The Remnant in Scripture and the End”* [El remanente en la Biblia y el fin], *Adventist Affirm*, otoño de 1988, pág. 5.

2. Esas raíces son sha'ar (“quedar”, “ser dejado”), palat (“escapar”), malat (“resbalar”), yathar (“quedar”, “ser dejado”), sarad (“escapar”), y ‘achar (“demorar”, “esperar”). A partir de ellas se forman numerosas palabras, como ciertos sustantivos o sustantivos abstractos, por ejemplo, “residuo”, “escape”, “fugitivo”, “exceso”, “resto”, “estorbo”, “parte”.

3. La raíz sha'ar es la que más comúnmente se usa para el remanente, la que ha sido estudiada con mayor atención que cualquiera de las otras. En la visión de Ezequiel relativa a la matanza de los habitantes de Jerusalén que no tuvieran la señal en sus frentes, el profeta se postró sobre su rostro y clamó: “¡Señor, Eterno! ¿Destruirás a todo el resto [derivado de sha'ar] de Israel derramando tu ira sobre Jerusalén?” (Eze. 9:8).

4. Traducción del autor.

5. *Patriarcas y profetas*, pág. 110.

A pesar de las palabras positivas que pronunció Noé acerca de su hijo Sem (“Bendito por Jehová mi Dios sea Sem”, Génesis 9:26), la posteridad de Sem apostató. Por eso Abram (más tarde llamado Abrahán), un descendiente de Sem, tuvo que dejar a su familia idólatra. “Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré” (Génesis 12:1).

Como uno de los pocos seguidores del “Señor, Dios de Sem” que quedaban, Abrahán comenzó un nuevo remanente, desde su lugar –genealógicamente hablando– al final de la línea del árbol familiar de Sem (véase Génesis 11). Como lo hiciera Noé antes de él, Abrahán entró en una relación contractual –es decir, basada en un pacto– con el Señor. “Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció Jehová y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera” (Génesis 17:1, 2).

Abrahán también tenía la verdad presente para su tiempo: que el Señor Jehová era el Creador, y que sólo a él se le debía adorar. Al seguir al Dios verdadero en un mundo que oraba a estatuas de madera y piedra, y las adoraba, Abrahán gozaba indiscutiblemente de la mayor luz que brillara sobre su generación.

A pesar de sus faltas (mintió a Faraón, y no confió en las

promesas divinas al tomar como esposa a Agar), Abrahán mantuvo una relación salvadora con el Señor en medio de un mundo que no hizo lo mismo. En este sentido estableció un nuevo linaje, un remanente familiar, único grupo que preservaría el culto a Jehová mientras se mantuviera fiel a las condiciones del pacto: “Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abrahán lo que ha hablado acerca de él” (Génesis 18:19).

Estos versículos nos muestran que el llamamiento que Dios le hiciera a Abrahán no fue arbitrario. “Yo sé —dijo el Señor— que mandará a sus hijos y a su casa después de sí”. El Señor dio testimonio del carácter de Abrahán y del modo como afectaría a sus descendientes. Con todo, la única forma como el Señor podría hacer venir sobre Abrahán “lo que ha hablado acerca de él”, era por la obediencia de éste, y la de su posteridad. La fe de Abrahán y su relación con Dios no serían traspasadas automáticamente a su descendencia. Cualquiera puede nacer dentro de una familia (o iglesia) remanente; pero si queremos compartir la fe del remanente, no tenemos más remedio que “nacer de nuevo”.

5

El linaje prometido a Abrahán salió de su hijo Isaac, cuya simiente formó una “nación grande y poderosa”, la única que preservó la verdadera fe en medio de los pueblos paganos e idólatras. Por contraste, los descendientes de Ismael no adoraron a Dios (véase Génesis 25). “Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene”, declaró Dios (Génesis 17:21). Este pasaje no establece un decreto arbitrario, una profecía de predestinación que garantizara a Isaac una relación contractual con el Señor. Isaac tendría que elegir cooperar, de modo que el Señor pudiera hacer venir “sobre Abrahán lo que ha hablado acerca de él” (Génesis 18:19). Para que el pacto pudiera establecerse con Isaac, éste debía obedecer, y así lo hizo. Por lo tanto, el Señor renovó para con Isaac las promesas hechas a Abrahán.

Este privilegio tampoco pasó automáticamente a la descendencia de Isaac. No todos los hijos de Isaac formaron el remanente. Los hijos del patriarca fueron dos mellizos, Jacob y Esaú. “Dos naciones hay en tu seno”, dijo el Señor a Rebeca (Génesis 25:23). Uno fue el padre de una nación pagana. El otro engendró al remanente. ¿En qué consistió la diferencia?

Esaú nació primero, y a él pertenecía la primogenitura, es decir, los mismos privilegios y promesas que Isaac heredó

de Abrahán. Tal como en el caso de Noé, Abrahán e Isaac, dichas promesas eran de naturaleza contractual. Pero Esaú “por una sola comida vendió su primogenitura” (Hebreos 12:16). Hizo la decisión deliberada de no seguir al Señor, a pesar de las especialísimas oportunidades que se le ofrecían.

Jacob, su hermano, estimaba en mucho las promesas. Si bien las obtuvo por fraude (véase Génesis 27), sus acciones mostraron cuán profundamente las respetaba. Jacob se arrepintió, y su vida dio testimonio de su determinación de seguir al Señor a pesar de las consecuencias negativas que resultaron de su engaño.

Esaú, cansado después de un día de cacería, desechó las bendiciones a cambio de una gratificación momentánea; Jacob, en cambio, luchó con Dios toda una noche con tal de no perderlas. “No te dejaré –le dijo al Señor– si no me bendices” (Génesis 32:26). ¡Con razón no fue Esaú quien heredara las promesas, sino Jacob! ¡Con razón Esaú caminó en oscuridad y Jacob en luz! ¡Con razón la simiente de Esaú se convirtió en una nación pagana, y la de Jacob... en el remanente!

6

En la Escritura, el tema del remanente aparece a continuación conectado con José. Después que sus hermanos viajaron a Egipto en busca de ayuda para sobrevivir a la hambruna, José —habiendo probado su fidelidad y la profundidad de su arrepentimiento— finalmente se reveló a ellos y les dijo: “Dios me envió delante de vosotros, para preservaros *un remanente* sobre la tierra, y para mantener vivos por causa vuestra a muchos sobrevivientes” (Génesis 45:7).*

Los hermanos de José ciertamente no mostraron la fe de Abrahán, Isaac y Jacob, el remanente que los había precedido. El acto de vender a José como esclavo y luego contarle a su padre una mentira para cubrir lo hecho hace que por comparación Noé, Abrahán y Jacob, aun con todos sus defectos, parezcan gente lista para ser llevada al cielo. Y aun así, ¿la Escritura se refiere a los hermanos de José como un “remanente”?

Sí, porque a pesar de lo nefando de su crimen, esos hombres habían madurado, crecido en carácter, y hasta habían mostrado verdadero arrepentimiento, como podemos ver en sus relaciones con José. Cuando éste, todavía ocultando su identidad, demandó que llevaran consigo a su hermano más joven, se dejaron echar en la cárcel antes que causarle un nuevo pesar a su padre por la pérdida de otro hijo.

Además, se acusaron amargamente de su pecado contra José, mostrando su arrepentimiento: “Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia” (Génesis 42:21).

Cuando por fin llevaron a Benjamín, José hizo un banquete en el cual sirvió a Benjamín, el más joven, más alimento que a los demás hermanos. “Y José tomó viandas de delante de sí para ellos; mas la porción de Benjamín era cinco veces mayor que cualquiera de las de ellos” (Génesis 43:34). José quería ver si en su trato con el hermano menor, manifestaban la misma envidia que habían mostrado para con él. No ocurrió así, porque el pasaje termina diciendo que “bebieron, y se alegraron con él”.

Más tarde, cuando Judá pensó que Benjamín iba a ser puesto en esclavitud, se ofreció para tomar su lugar: “Te ruego, por tanto, que quede ahora tu siervo en lugar del joven por siervo de mi Señor, y que el joven vaya con sus hermanos. Porque ¿cómo volveré yo a mi padre sin el joven? No podré, por no ver el mal que sobrevendrá a mi padre” (Génesis 44:33, 34).

Satisfecho ahora José acerca del cambio que habían experimentado sus hermanos, les reveló su identidad. Después, toda la familia se trasladó a Egipto, y allí sobrevivieron al hambre. Esta familia remanente, la única que caminaba en la verdad presente que exaltaba a Jehová como el Creador —mientras que el resto del mundo adoraba dioses falsos—, llegó a ser la nación de Israel.

* Traducción del autor

En Sinaí, los hijos de Israel, recién escapados de Egipto, entraron en una relación pactual con Dios, que era muy semejante al pacto que Dios había establecido con Abrahán, Isaac y Jacob. De hecho, el pacto con Israel en Sinaí cumplía las promesas que Dios había hecho a los patriarcas, de que su simiente llegaría a ser una “gran nación”. Ahora, sin embargo, las promesas se extendían a toda una nación, a diferencia de lo sucedido en los tiempos patriarcales, en los que las promesas al remanente existieron sólo en unas pocas generaciones de una familia específica.

“Ahora, pues –dijo el Señor a los hebreos en Sinaí–, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Exodo 19:5, 6).

La Biblia coloca a Israel en un lugar prominente; su historia se halla al centro del Antiguo Testamento y también de buena parte del Nuevo. Sin embargo, la nación misma fue siempre una entidad de menor cuantía en el antiguo Cercano Oriente. “Palestina sólo representa una minúscula porción del territorio del Medio Oriente –escriben John Hayes y J. Max Miller–, y el período de la historia antigua de Israel y Judea representa apenas un pequeño segmento del amplio panorama que abarca la historia del Medio

Oriente”.¹

En primer lugar, los hebreos llegaron tarde al antiguo Medio Oriente. “Todo lo que uno diga acerca de los orígenes de Israel —escribe John Bright— debe ser dicho con plena conciencia de que dichos orígenes no se hallan de manera alguna cerca del amanecer de la historia”.² Ya habían surgido y caído una docena de dinastías egipcias antes que Israel surgiera de los lomos de Abrahán. Para la época en que nació la nación hebrea, la Gran Pirámide de Egipto —dos millones de bloques, cada uno de los cuales pesa dos toneladas y media— tenía ya casi mil años de edad.

Segundo, Israel ocupaba un sector relativamente despoblado, en comparación con los imperios que lo rodeaban, como Babilonia y Egipto, cuyas poblaciones eran mucho mayores que el nivel jamás alcanzado por la nación hebrea. Y el conjunto de las multitudes que componían las antiguas entidades paganas del Medio Oriente empujaba dramáticamente a la nación judía.

Tercero, geográficamente Israel era pequeño en relación con los grandes poderes del mundo antiguo. Los mapas del antiguo Medio Oriente muestran que, aun en la época cuando las doce tribus habían expandido sus fronteras a su mayor extensión, Israel nunca poseyó un territorio muy amplio. Asiria, Babilonia, Persia y hasta Egipto, en su apogeo, tuvieron imperios mucho más vastos de lo que los judíos jamás llegaron a controlar.

En cuarto lugar, excluido un siglo en que, bajo la monarquía unida de David y Salomón, Israel fue una fuerza regional digna de consideración, la nación hebrea nunca constituyó un gran poder militar. A lo más, era simplemente un poder local, capaz de subyugar las pequeñas naciones que lo rodeaban, y por un tiempo, de mantener en jaque a Egipto. En diversas épocas de su historia, especialmente después que la nación se dividió en dos reinos hostiles, fue invadida y saqueada por los egipcios, los asirios, los babilonios, los persas, los griegos, y finalmente, los romanos.

Por lo ya dicho, vemos que la importancia de Israel no se basa en su tamaño, su población o su destreza militar. Lo

que hizo de Israel el centro de la Biblia fue su religión. Sólo Israel se adhirió, si bien esporádicamente, a la fe original que lo unía con Abrahán, Noé y Adán. En lo colectivo, permaneció como la única avanzada del conocimiento de Dios durante una época en que la verdadera religión de la humanidad se vio ahogada por una explosión de paganismo e idolatría que cubrió el mundo con los escombros de la superstición y las falsas enseñanzas. En este sentido, Israel era “un remanente de las naciones”,³ un residuo en un mundo que no conocía al Dios verdadero ni su doctrina, ni mantenía una relación con él.

Referencias

1. John Hayes y J. Max Miller, *A History of Ancient Israel and Judah* [Historia del antiguo Israel y Judá] (Filadelfia: Westminster, 1986), pág. 25.
2. John Bright, *The History of Israel* [La historia de Israel] (Filadelfia: Westminster Press, 1981), pág. 23.
3. Edgar Johnson, *Aspects of the Remnant Concept in Matthew* [Aspectos del concepto de remanente en Mateo] (Disertación doctoral, Universidad Andrews, 1984), pág. 27.

El papel de Israel como “remanente entre las naciones” se destaca en su mayor claridad cuando se compara su fe con el paganismo que lo rodeaba.

Desde el Nilo hasta el Eufrates, el antiguo habitante del Medio Oriente adoraba un elaborado panteón de dioses y diosas que se manifestaban en la naturaleza. En una tormenta estaba el dios de las tormentas; en la luz solar, el dios sol. Del mismo modo como la naturaleza no era pacífica, tampoco lo eran los dioses, a quienes se describía a menudo con atributos humanos: venganza, celos, inconsecuencia, pasión y violencia. De hecho, con frecuencia las descripciones que se hacían de ellos los mostraban peleando y matándose, y hasta violándose unos a otros.

De pronto, en medio de este desfile de politeísmo, surge una pequeña nación de ex esclavos, refugiados sin tierra propia, peregrinos sin patria, que proclaman una de las ideas más radicales de la antigüedad: “*Shema Yisrael, Adonai Elohanu, Adonai Echad*”, que significa: “Oye, Israel: Jehová es Dios, Jehová uno es” (Deuteronomio 6:4).¹

Esta idea tan radical no era, sin embargo, nueva. El monoteísmo y la adoración exclusiva de Jehová había sido la religión original de la humanidad, la fe de Adán, Eva, Abel, Matusalén, Enoc y Noé. Los judíos —en vez de reconocer un panteón de dioses y diosas (en hebreo ni siquiera existe una

palabra que signifique *diosa*)— adoraban a un solo Dios, el Creador, porque él es el Creador y el Dios único, el Ser que desde el principio ha sido adorado. Esta verdad casi se había perdido entre el politeísmo que permeaba el antiguo Medio Oriente. Los hebreos, una nación remanente que se aferraba a la fe original, eran los únicos que la seguían. De este modo, al adorar a un solo Dios, Jehová, los hebreos no estaban creando algo nuevo e innovativo; simplemente se estaban adhiriendo a una práctica antigua y original. Lo nuevo era el politeísmo.

Lo mismo se puede decir en cuanto al rechazo que hacían los judíos de la necedad que significaba confundir a Dios con la naturaleza. A diferencia de los paganos, la nación hebrea no identificaba a Dios como parte de su propia creación. En cambio, consideraban que la creación era un producto de Dios, y no era portadora ni poseedora de las cualidades individuales de Dios. Como lo hicieron Adán y Eva, ellos aprendieron a conocerlo como el Creador, y lo adoraban como tal.

Este concepto también, tan diferente de lo que creían las naciones circundantes, no hacía más que recobrar las verdades originales que Dios había revelado a la humanidad en el Edén.

Además de ser politeístas, los paganos del antiguo Medio Oriente estaban empapados de idolatría. Los vecinos de Israel habían labrado ejércitos de ídolos, dioses de madera y piedra, para representar las deidades a las cuales servían. Es posible que el antiguo habitante del Medio Oriente no haya considerado que el ídolo mismo era el dios, sino una representación de esa deidad en la cual residía su espíritu, permitiendo que el dios estuviera simultáneamente en diferentes lugares. Como resultado, el pagano se inclinaba, ofrecía sacrificios y oraba ante estatuas de toros, chivos, ranas y aun seres humanos. En el antiguo mundo del Medio Oriente, la idolatría se hallaba más difundida de lo que el Islam está en el mundo moderno.

Con todo, cuando el polvo de Egipto aún ensuciaba las sandalias de los hebreos, Dios les dijo: “No te harás imagen,

ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás” (Exodo 20:4, 5).

Isaías se burla del idólatra:

“Corta cedros, y toma ciprés y encina... Parte del leño quema en el fuego; con parte de él come carne, prepara un asado y se sacia; después se calienta, y dice: ¡Oh!, me he calentado, he visto el fuego; y hace del sobrante un dios, un ídolo suyo; se postra delante de él, lo adora, y le ruega diciendo: Líbrame, porque mi dios eres tú” (Isaías 44:14-17).

En este punto, no importa cuán diferente fuera la fe de Israel comparada con la de las naciones circundantes, tampoco era algo nuevo. El Señor nunca quiso que los seres humanos adoraran la naturaleza. La idolatría representa una apostasía posterior, una separación del Dios viviente.

“Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles... cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador” (Romanos 1:22, 23, 25).

Al rechazar la idolatría, Israel no hizo otra cosa que restaurar el culto al Dios verdadero, como se lo practicaba antes que fuese transformado en una “mentira”, como dice San Pablo. El Señor le dijo a Adán que iba a tener dominio sobre “los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Génesis 1:28), no que tendría que inclinarse ante ellos y adorarlos. La idolatría surgió después de la caída, cuando los hombres se apartaron del Dios verdadero. De este modo, lejos de adherirse a un concepto nuevo y radical, los hebreos simplemente se volvieron a la fe original, que imperaba antes que el hombre cambiara “la gloria del Dios incorruptible” por los ídolos.

El antiguo Medio Oriente se hallaba también saturado de magia, adivinación y astrología, prácticas que se usaban con propósitos religiosos, políticos y militares. Para discernir

el futuro, los sacerdotes paganos estudiaban aun los hígados de ovejas y otros animales. Si este método resultaba muy caro, se usaban otros medios, otras formas de magia y adivinación para predecir el futuro, como la configuración del humo que se elevaba de un incensario, la observación de algún bebé deforme, la forma que asumía el aceite al ser derramado en el agua, y hasta la trayectoria de las flechas que se disparaban con ese fin.

De nuevo Israel se había apartado radicalmente de la norma imperante, por lo menos en teoría. Desde los primeros días junto al monte Sinaí, aun antes de entrar en la tierra prometida, los judíos habían sido amonestados en contra de participar de la adivinación y magia que prevalecían en las naciones que los rodeaban.

“Cuando entres a la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos... Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios” (Deuteronomio 18:9-14).

¿Por qué? Sencillamente porque no eran ésos los métodos que el Señor había escogido originalmente para comunicarse con su pueblo. Adán y Eva no tuvieron que estudiar el hígado de un cordero para aprender acerca del Redentor venidero. Noé no leyó las estrellas para saber cómo construir el arca. Abrahán no condujo a Isaac al monte Moria por algún mensaje leído en las configuraciones del aceite derramado en el agua. Y no fue por la observación de infantes deformes como Jacob supo que su descendencia heredaría Canaán. Desde el comienzo, el Señor tenía medios directos para comunicarse con su pueblo: visitas de ángeles, visiones y sueños proféticos, o las palabras admonitorias de los profetas.

“Enoc poseía una mente poderosa, bien cultivada, y profundos conocimientos. Dios le había honrado con revelaciones

especiales... Por medio de santos ángeles, Dios reveló a Enoch su propósito de destruir al mundo por medio de un diluvio, y también le hizo más manifiesto el plan de la redención. Mediante el espíritu de profecía lo llevó a través de las generaciones que vivirían después del diluvio, y le mostró los grandes eventos relacionados con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo".²

No estaban inventando nada nuevo los judíos al rechazar la magia, la adivinación y la hechicería de las naciones que los rodeaban. Por el contrario, Israel estaba aferrándose de las verdades cuyo origen era el Edén. Lejos de ser novedosa e innovadora, la religión hebrea era en realidad un depósito conservador de verdades que antecedían al paganismo. Y era este acto de aferrarse —no importa cuán débil y esporádicamente— a esta verdad remanente, lo que hacía de ellos un pueblo remanente.

Referencias

1. Traducción del autor.
2. *Patriarcas y profetas*, págs. 72, 73.

9

Desde luego, Israel no poseía la fe remanente sólo porque rechazaba el politeísmo, la idolatría y la adivinación. Los judíos poseían luz cuyo origen se podía rastrear hasta los comienzos de la humanidad, luz que los paganos no tenían del todo, o que habían pervertido en gran medida.

En primer lugar, Israel guardaba el séptimo día, sábado, institución que se remonta al Edén antes de la caída. “Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2:3). Así, el séptimo día sábado no era nada nuevo; en cambio, era una antigua verdad perdida, que los judíos recuperaron y conservaron.

Israel tenía el Decálogo en su expresión más pura. Si bien es cierto que las naciones circundantes también tenían códigos legales, algunos de los cuales reflejan ideas contenidas en los Diez Mandamientos, ninguna tenía lo que los hebreos habían recibido en el Decálogo. Pero tampoco en esto se dio a los judíos algo nuevo. La ley existía a través de la historia patriarcal, y aun antes. ¿Por qué el asesinato de Abel a manos de Caín (véase Génesis 4) fue un acto de maldad, así como la mentira de Abrahán (véase Génesis 12), o si José hubiera cometido adulterio con la esposa de su amo (véase Génesis 39), si esos aspectos de la ley no hubieran sido ya conocidos? En Sinaí, la ley no sólo fue dada a los

hebreos en toda su pureza, sino que se les amonestó firmemente a guardarla en toda su extensión, incluyendo el cuarto mandamiento.

Israel comprendía con especial claridad la creación. Entre sus vecinos paganos circulaba toda clase de relatos ridículos, como el *Enuma Elish*, que enseñaba que el mundo fue creado como resultado de una fiera batalla entre los dioses, la cual comenzó porque algunos de ellos interrumpieron el sueño de los otros. En contraste, los judíos creían en las profundas verdades del Génesis, el cual enseña que Dios creó el cielo y la tierra como un acto deliberado, y luego en un gesto de intimidad creó al hombre del polvo de la tierra, a su propia imagen. Al aceptar el relato de nuestros orígenes que presenta el Génesis, los hebreos volvieron atrás para aferrarse de las primeras y más puras verdades referentes a la creación.

A Israel se le dio el santuario del Señor y el mensaje sin igual que éste conlleva. Si bien es cierto que los paganos también tenían santuarios y templos, las prácticas asociadas con ellos —prostitución y sacrificios humanos, por ejemplo— muestran que esos santuarios no enseñaban lo mismo que el de Israel. El santuario judío se basaba en los sacrificios de animales. La Biblia comprueba que esa práctica se remonta hasta Adán y Eva. Antes que existiera el tabernáculo del desierto, construido después que se estableciera el pacto en el Sinaí (véase Exodo 28:8), los adoradores del Dios verdadero nunca sacrificaron animales en un templo. En vez de ello construyeron altares sobre los cuales ofrecieron “holocaustos” (Génesis 8:20). Esos holocaustos u ofrendas encendidas siguieron constituyendo el sacrificio fundamental en el santuario hebreo (véase Exodo 29:38-42). Si bien la *forma* misma era diferente —más elaborada e instructiva que en épocas anteriores—, las verdades esenciales que enseñaba el santuario reflejan las que enseñaba el primer animal sacrificado fuera del Edén.

“En el desarrollo del plan divino —escribe Frank Holbrook—, llegó el tiempo en que el pueblo de Dios debía recibir una comprensión más amplia de la naturaleza de la Deidad,

el problema del pecado, y el medio por el cual Dios efectuaría la reconciliación con el hombre, restaurando así la unidad y armonía que la entrada del pecado había roto. La nueva luz no anula la luz anterior. Los aspectos esenciales del *sacrificio* y la *mediación*, vistos en la era patriarcal a través de la víctima y el padre-sacerdote, se presentan en mayor detalle y en un nuevo contexto: el tabernáculo-templo-santuario, la morada de Dios".¹

Los hebreos, que ocupaban un lugar exclusivo entre los pueblos del mundo antiguo, también sabían la verdad acerca de la muerte. "En la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?" (Salmo 6:5). Comprendían que en la muerte "sale su aliento [el del hombre], y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos" (Salmo 146:4). Sabían que la muerte es un sueño. "Y durmió David con sus padres, y fue sepultado en su ciudad" (1 Reyes 2:10). Esta enseñanza se apartaba radicalmente de la forma como el mundo antiguo comprendía la muerte, con sus elaborados rituales religiosos y prácticas funerarias centradas en la creencia de que el alma es inmortal. Muchos faraones gastaban años de su vida y grandes fortunas construyendo elaboradas tumbas para el más allá. La literatura de los vecinos paganos de Israel se halla repleta de relatos acerca de la vida más allá de la tumba.

En este punto también la verdad acerca del estado de los muertos y la no inmortalidad del alma se remonta a la Creación, cuando el Señor "formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente" (Génesis 2:7). La palabra hebrea que se traduce como "ser" es *nephesh*, la misma que se usa para los animales en el relato de la Creación: "Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres [*nephesh*] vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie" (Génesis 1:24). En la Creación, Dios enseñó que el alma es lo que *somos*, y no algo que poseemos hasta la muerte. El Señor dijo a Adán: "Polvo eres, y al polvo volverás" (Génesis 3:19), una antigua verdad que los israelitas comprendían, en agudo contraste con las naciones circundantes.

Israel también tenía un mensaje de salud. Si bien es cierto que el régimen alimentario original del Edén era vegetariano (y los israelitas no lo eran), la distinción entre alimentos limpios e inmundos que los judíos reconocían, se remonta por lo menos hasta Noé (véase Génesis 7:2). El principio de un régimen alimentario adecuado, sin embargo, aparece ya en el Edén, puesto que el Señor instruyó a nuestros primeros padres acerca de lo que debían comer (véase Génesis 1:29). En esto también los hebreos iban delante de sus vecinos, no por haber elaborado nuevas verdades, sino por haberse aferrado a verdades antiguas.

Además, la nación hebrea comprendía el gran conflicto. Se podían hallar esparcidas a través de la Sagrada Escritura suficientes evidencias como para enseñar a los lectores lo relativo a la batalla entre Dios y Satanás por la lealtad del hombre. El libro de Job —el más antiguo de la Biblia— bosqueja con claridad el conflicto fundamental que se libra entre el Señor y Satanás, el cual comenzó en el cielo, pero cuyos encuentros se realizan en la tierra (véanse los capítulos 1 y 2 de Job). Otros pasajes, como Génesis 3:1-15, Ezequiel 28:12-15, e Isaías 14:12-14, añaden detalles a esta importante verdad. Si bien los paganos tenían toda clase de ideas relativas al bien y el mal, ninguno comprendía el tema como los judíos; y esto también sólo porque los judíos poseían antiguas verdades.

Israel también tenía el espíritu de profecía. Durante gran parte de la historia de la nación, los profetas —canónicos y no canónicos— proclamaron mensajes específicos, muchos de los cuales fueron más tarde incluidos en la Biblia. Mientras sus vecinos paganos estudiaban hígados para discernir el futuro, Isaías proclamaba que “Ciro... cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalén: Serás edificada” (Isaías 44:28), un siglo y medio antes que naciera el rey y fundador del Imperio Persa, y por lo tanto, pudiera cumplir esta declaración profética al libertar a los judíos que estaban en Babilonia y permitirles reconstruir. Durante la era patriarcal el Señor había estado hablando mediante profetas y el don profético. Israel sólo experimentó una extensión del

fenómeno.

Finalmente, Israel poseyó gran luz acerca del Redentor venidero, tanto referente a su primer advenimiento como al segundo, pero especialmente con referencia al primero. A los judíos se les concedió el privilegio especial de anunciar su llegada, y ellos mismos debían prepararse para ella (véase Isaías 42). Únicamente Israel poseía las grandes profecías de Isaías 53, Daniel 9, Miqueas 5 y Salmo 22, y tenía el deber de esparcirlas por el mundo. Tampoco era nueva esta enseñanza acerca del Redentor venidero. Génesis 3:15, conocido como el *protevangelicum* (las primeras buenas nuevas) ha sido por mucho tiempo considerado como la primera promesa mesiánica. El Señor dijo a la serpiente: “Y pondré enemistad entre... tu simiente y la simiente suya [de la mujer]; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.

La esperanza de un Redentor se remonta a nuestros primeros padres: “Los ángeles se comunicaron con Adán después de su caída y le informaron acerca del plan de salvación, y que la raza humana no estaba fuera del alcance de la redención. Si bien había surgido una aterradora separación entre Dios y el hombre, se había hecho provisión por medio de la ofrenda de su Hijo amado, por la cual el hombre podría ser salvo”.² Los judíos no sólo estaban en posesión de esta antigua verdad, que se originaba en el Edén, sino que recibieron más luz referente a ella que las generaciones anteriores.

El pueblo de Israel se destacaba claramente entre sus vecinos paganos debido a las verdades que sólo él poseía, y a la relación que mantenía con el Dios verdadero. Moisés proclamó ante Israel:

“Mirad, yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para tomar posesión de ella. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta. Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como

lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?" (Deuteronomio 4:5-8).

Eran estas cosas –las leyes y estatutos, la verdad presente y la promesa de obediencia que hicieron los judíos– lo que hacía de los hebreos un pueblo remanente, aferrado a verdades perdidas desde el comienzo del mundo, verdades que no sólo debía comprender y obedecer, sino también esparcir.

Referencias

1. Frank Holbrook, "*The Israelite Sanctuary*" [El santuario israelita], en *The Sanctuary and the Atonement* [El santuario y la expiación], editado por Arnold V. Wallenkampf y W. Richard Leshner (Washington, D. C.: Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, 1981), página 2.

2. *The Spirit of Prophecy* [El espíritu de profecía], tomo 1, págs. 58, 59.

10

Por desgracia, desde el episodio del becerro de oro (véase Exodo 32) hasta el apedreamiento de Esteban (véase Hechos 7), quince siglos más tarde, el remanente nunca vivió en armonía con las verdades que se le habían revelado. El tema de las Escrituras, especialmente del Antiguo Testamento, no es tanto el llamamiento de Israel al pacto, como su fracaso en obedecerlo.

El compromiso con los paganos destruyó la nación durante el período del Primer Templo. ¡Cuán frecuentemente los profetas amonestaron a Israel por su fornicación con la cultura circundante! En vez de elevar a los paganos a su norma de justicia, Israel absorbió y asimiló las creencias y la conducta de los mismos paganos.

Sofonías advirtió acerca de “los que sobre los terrados se postran al ejército del cielo, y a los que se postran jurando por Jehová y jurando por Milcom” (Sofonías 1:5). Algunos israelitas adoraban a los astros, una práctica que aprendieron de sus vecinos, mientras que otros mezclaban su fe en el Señor con el culto al dios amonita, Milcom. No habían rechazado completamente su antigua religión; en cambio, quisieron ponerla al día con el pensamiento contemporáneo.

Ezequiel, en visión, vio paganismo en los terrenos del templo; mujeres que “estaban allí sentadas, endechando a Tamuz” (Ezequiel 8:14), y aun varones que “adoraban al sol,

postrándose hacia el oriente” (versículo 16). El templo mismo tenía “todos los ídolos de la casa de Israel, que estaban pintados en la pared por todo alrededor” (versículo 10). Aquí también los israelitas no habían abandonado *completamente* su fe ancestral, sino en parte, lo suficiente como para permitirles asimilar creencias y prácticas religiosas extrañas, incorporándolas a las suyas propias.

Debido a su asociación con los que no conocían al Señor, los israelitas también perdieron su conocimiento de él. El Señor les advirtió que “no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra” (Oseas 4:1). “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos” (Oseas 6:6).

A pesar de todo, los judíos creían que, por cuanto tenían “la verdad” y eran el pueblo especial, escogido de Dios —por así decirlo, el “remanente”—, siempre seguirían siendo el único pueblo fiel de Dios. Jeremías escribió acerca de los que, a pesar de su pecado y transigencia, iban a las puertas del templo y decían: “Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este” (Jeremías 7:4). No importaba lo que hicieran, creían que el templo de Dios los salvaría.

La transigencia y la asimilación también hicieron que muchos de ellos se dejaran engañar por conceptos falsos relativos a la justicia y al juicio. Muchos pensaban que Dios los aceptaría, no importaba cuál fuese su conducta, y que no serían juzgados: “Habéis hecho cansar a Jehová con vuestras palabras. Y decís: ¿En qué le hemos cansado? En que decís: Cualquiera que hace mal agrada a Jehová, y en los tales se complace; o si no, ¿dónde está el Dios de justicia?” (Malaquías 2:17).

Desde luego, las perversiones religiosas de Israel se reflejaron también en el terreno de la ética y la moral. “Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga” (Isaías 1:5, 6). Entre ellos abundaban el asesinato, el adulterio, el hurto, el incesto, la opresión, la idolatría, la fornicación, la envidia, el orgullo y la mentira —todos los pecados clásicos contra los cuales Dios

los había amonestado—, hasta que el Señor clamó diciendo: “Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de Jehová; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra... Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos... Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré” (Isaías 1:10, 11, 15).

Un grave problema era que la nación hebrea sufría por la acción de dirigentes corruptos, vacilantes y transigentes. Ya fuera el caso del rey Acab y la reina Jezabel, que provocaron el asesinato de Nabot para quedarse con su viña (véase 1 Reyes 21), el del rey Manasés, que indujo a Judá a “hacer más mal” que las naciones paganas (2 Crónicas 33:9), o el de los príncipes de Judá, que urgían al rey Sedequías para que hiciera matar a Jeremías (véase Jeremías 38:4), nos revelan cómo una serie de dirigentes inconversos sumieron a la nación en una crisis tras otra, hasta que todo el edificio se vino abajo.

Muchos sacerdotes —los pastores espirituales de la nación— también apostataron. Desde los días de Nadab y Abiú, que ofrecieron “fuego extraño” sobre el altar (véase Levítico 10), hasta los días finales de Judá, cuando Pasur el sacerdote azotó a Jeremías y lo puso en el cepo (véase Jeremías 20:2), hubo falsos pastores que hacían que el pueblo se desviara. Sofonías se lamentaba porque los “sacerdotes contaminaron el santuario, falsearon la ley” (Sofonías 3:4); Isaías hizo advertencias contra los sacerdotes que “erraron con sidra, fueron trastornados con el vino” (Isaías 28:7); y Ezequiel escribió: “Hijo de Adán, profetiza contra los pastores de Israel. Profetiza, y di a los pastores: Así dice el Señor, el Eterno: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar el rebaño?” (Ezequiel 34:2, Nueva Reina-Valera).

Los servicios de adoración de Israel también llegaron a ser inaceptables para el Señor. Malaquías amonestó a los que ofrecían “animal ciego en sacrificio, ¿no es malo? Cuando ofrecéis el lisiado o enfermo, ¿no es malo? Preséntalo a tu príncipe, ¿se agrada de ti, o le serás acepto? —dice el Señor

Todopoderoso” (Malaquías 1:8, NRV). El Señor expresó su disgusto con su adoración: “No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes” (Isaías 1:13).

La desviación de la Palabra de Dios hizo que la nación se dividiera en dos reinos que esporádicamente entraban en guerra unos con otros. De ese modo, cuando la nación escogida de Dios más necesitaba presentar un frente unido, obedeciendo la voluntad divina al esparcir la verdad por el mundo, se hallaba tan debilitada por las luchas y controversias intestinas, que cayó fácilmente presa de sus enemigos externos. Tras siglos de acomodarse a las prácticas paganas, los judíos ya no tenían protección divina contra los ejércitos paganos.

Un remanente del remanente

11

A pesar de la capitulación, cautividad y eventual servidumbre de Judá e Israel, el Señor prometió preservar un remanente. Mezclada con las advertencias de guerra, sufrimientos y ruina hechas por los profetas, se hallaban sus promesas de que un remanente escaparía de la destrucción y restablecería la nación.

“Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar *el remanente* de su pueblo que aún quede en Asiria, Egipto... y en las costas del mar” (Isaías 11:11; énfasis añadido).

“Y yo mismo recogeré *el remanente* de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas” (Jeremías 23:3; énfasis añadido).

“Y pondré los cuerpos muertos de los hijos de Israel delante de sus ídolos, y vuestros huesos esparciré en derredor de vuestros altares... Mas dejaré *un resto*, de modo que tengáis entre las naciones algunos que escapen de la espada, cuando seáis esparcidos por las tierras” (Ezequiel 6:5, 8; énfasis añadido).

El Señor cumplió sus promesas. Circunstancias que debieran haber terminado para siempre con la nación judía (su capital destruida, su pueblo muerto, esparcido o cautivo), no provocaron ese resultado. En cambio, el Señor hizo volver

a la tierra un remanente para que construyera el templo y restableciera la nación. “Y los traeré, y habitarán en medio de Jerusalén. Y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios en verdad y en justicia” (Zacarías 8:8).

Desgraciadamente, a este “remanente del remanente” lo afligían severos defectos espirituales, muy semejantes a los que habían arruinado a sus padres en la generación anterior. “El glorioso cuadro —escribe John Bright— que se pinta del nuevo y triunfante éxodo, y del establecimiento del reino universal de Jehová en Sión, en nada se parece a la realidad”.¹

En primer lugar, a pesar de cuán liberales eran los términos del decreto de Ciro, el cual no sólo permitía a los judíos volver a Jerusalén (véase Esdras 1), sino también reconstruir el templo con fondos provistos por el propio tesoro real (véase Esdras 6), muchos judíos se sentían tan cómodamente asimilados a las culturas extranjeras, especialmente la de Babilonia, que no quisieron volver. Setenta años después del retorno de los primeros exiliados, a Esdras le costó no pocos esfuerzos persuadir a algunos levitas para que salieran de Babilonia y ministraran como sacerdotes en el nuevo templo.²

En segundo lugar, cuando se completó el fundamento de la nueva estructura, muchos de los más ancianos entre los que volvieron, al recordar la gloria del templo de Salomón, lloraban al compararla con la inferioridad del nuevo edificio, a tal punto que “no podía distinguir el pueblo el clamor de los gritos de alegría, de la voz del lloro” (Esdras 3:13). Sus murmuraciones, quejas y llantos, escribe Elena de White, “ejercieron una influencia deprimente en el ánimo de muchos, y debilitaron las manos de los constructores”.³

También el pueblo de la tierra —es decir, los samaritanos— “intimidó al pueblo de Judá, y lo atemorizó para que no edificara” (Esdras 4:4). Este problema, junto con las privaciones causadas por el retorno en medio de gran pobreza, descorazonaron de tal manera al pueblo, que el remanente abandonó durante unos quince años el proyecto de reconstruir el templo. En vez de eso, se dedicaron a construir y em-

bellecer sus propios hogares. Esta actitud terminó por atraer la reprensión de Dios, quien retiró sus bendiciones, “por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa. Por eso se detuvo de los cielos sobre vosotros la lluvia, y la tierra detuvo sus frutos” (Hageo 1:9, 10).

Muchos de entre el remanente, incluso los dirigentes espirituales, se habían casado con paganos, práctica que había atraído la ira de Dios sobre sus padres. Al oír de esos matrimonios, dice Esdras, “rasgué mi vestido y mi manto, y arranqué pelo de mi cabeza y de mi barba, y me senté angustiado en extremo” (Esdras 9:3). Cuando crecieron, muchos hijos de esos matrimonios paganos ni siquiera “sabían hablar judaico” (Nehemías 13:24).

Los miembros más acomodados del remanente se aprovechaban de los pobres cobrándoles interés hasta que “hubo gran clamor del pueblo y de sus mujeres contra sus hermanos judíos” (Nehemías 5:1). Otros expresaban desánimo por las dificultades que surgían al construir el muro de la ciudad: “Las fuerzas de los acarreadores se han debilitado, y el escombros es mucho, y no podemos edificar el muro” (Nehemías 4:10). Algunos conspiraron con los paganos para frustrar la obra (véase Nehemías 6:10-12), mientras que Eliasib el sacerdote, “siendo jefe de la cámara de la casa de nuestro Dios” (Nehemías 13:4), ¡llegó al extremo de permitir que un pagano usara la cámara como su apartamento personal! Muchos también hacían negocios en sábado (véase Nehemías 13:15, 16).

Por supuesto, los arrepentimientos ocasionales provocaban reavivamiento; y eventualmente, Israel reconstruyó la ciudad y el templo. Sin embargo, a la luz de las grandes promesas concernientes a la nación hebrea, ese remanente fracasó en su misión espiritual, la cual era el centro de su sagrado pacto con Jehová.

A medida que transcurría el tiempo, la situación empeoraba. Bajo el gobierno de Grecia, que comenzó en el cuarto siglo antes de Cristo, el remanente asimiló con gran rapidez las creencias y costumbres helenísticas. Los griegos establecieron numerosas *polis* en Judea, ciudades que llegaron a

ser los centros de la religión, la cultura y el gobierno griegos. Bajo el sumo sacerdote Jasón, que compró su posición sobornando al gobernante griego Antíoco IV, la misma ciudad de Jerusalén fue convertida en una *polis* completa con un estadio en el cual los miembros de la iglesia remanente—siguiendo las mejores tradiciones griegas—podían competir desnudos (algunos se sometían a dolorosas operaciones con el fin de esconder su circuncisión). En el año 172 a. C., otro sacerdote de Jerusalén, llamado Menelao, robó el tesoro del templo intentando usar el dinero para sobornar a Antíoco para que lo nombrara sumo sacerdote en lugar de Jasón.

En respuesta a las atrocidades cometidas más tarde por Antíoco, el cual declaró ilegales la circuncisión y la observancia del sábado, y ofreció sacrificios idólatras sobre el altar, los macabeos (conocidos también como hasmoneos) se empeñaron en una guerra de guerrillas que en tres años tuvo éxito en desarraigar de Jerusalén al ejército enemigo. En unos diez años convirtieron a Judea en un Estado independiente por primera vez en más de cuatrocientos años.

Por desgracia, esta libertad no duró mucho tiempo. Los romanos, aprovechándose de las luchas por el poder que surgieron entre los gobernantes hasmoneos, capturaron Jerusalén en el año 63 a. C., y nuevamente los judíos se hallaron bajo un yugo extranjero.

De este modo, la “iglesia” remanente organizada, que debía haber conquistado el mundo pagano con el Evangelio, se halló en cambio conquistada por el mundo pagano. A pesar de todas las oportunidades que se le dieron para cumplir las condiciones del pacto, el remanente fracasó continuamente.

Poco más tarde iba a afrontar —y fallar— la prueba más importante de todas.

Referencias

1. Bright, pág. 367.
2. Véase *Profetas y reyes*, págs. 450, 451.
3. *Id.*, pág. 413.

12

En el Antiguo Testamento, el gran pecado de Judá e Israel fue el acomodo con el paganismo; en los tiempos del Nuevo Testamento, el péndulo había oscilado hasta el otro extremo. Temerosa de contaminarse con las influencias extranjeras, la iglesia remanente se aisló hasta anular casi por completo su utilidad para la causa de Dios. Encerrados en su legalismo inflexible, muchos de los miembros del remanente rechazaron a Jesús, porque no se ajustaba a su forma prejuiciosa de definir los “pilares” de la fe, y tampoco obedecía ciertas normas de justicia y buena conducta que ellos habían establecido como inviolables.

Las batallas que se libraban entre Cristo y los dirigentes religiosos en torno al sábado proveen buenos ejemplos de este frío formalismo. “Este hombre no procede de Dios –dijeron, refiriéndose a Jesús–, porque no guarda el día sábado” (Juan 9:16). Tan empapados estaban ellos de sus reglas, leyes y tradiciones, que ya ni siquiera comprendían el significado de las mismas. Tan pétrea había llegado a ser su actitud mental, que ni siquiera los milagros del Salvador pudieron suavizarla. “Dejando el mandamiento de Dios –les dijo Jesús–, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes” (Marcos 7:8).

La nación hebrea se había obsesionado a tal extremo con

las normas de la justicia —muchas de las cuales reflejaban sus propias opiniones e interpretaciones—, que los reglamentos se habían convertido en fines, en vez de ser medios para alcanzar blancos más nobles. En vez de considerar que la ley era parte de su religión, permitieron que la ley misma se convirtiera en su religión, excluyendo todo lo demás. De este modo, Israel, que tenía los mandamientos, desconoció al Dador de los mandamientos; oyó hablar del amor de Dios, pero cuando ese Amor vino en la carne, no lo reconoció. Sabía de la salvación, pero no conoció al Salvador; tan obsesionados estaban con la idea de preservar la verdad, que no aceptaron la Verdad cuando ésta se personificó entre ellos.

En la mente de los dirigentes, las leyes, reglamentos y tradiciones eran más importantes que el amor, el perdón y la tolerancia. Preocupados por proteger el “judaísmo histórico”, rechazaron a Cristo porque su enseñanza difería de sus normas de santidad. Podían estar sumidos en el pecado más inmundo, y sin embargo atacar a Uno que no obedecía sus regulaciones.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, porque diezmaís la menta, el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!” (Mateo 23:23, 24).

También, a la manera de sus padres, que vivían convencidos de que eran los elegidos de Dios y que nada cambiaría su privilegio, los dirigentes de la época de Cristo estaban seguros de que *la sinagoga perduraría para siempre*. Por cuanto eran descendientes literales de Abrahán, los judíos creían que siempre serían los “hijos de Abrahán” en el sentido espiritual, contractual.

“Los judíos abrigaban la idea de que eran los favoritos del cielo, y que siempre habían de ser exaltados como iglesia de Dios. Eran los hijos de Abrahán, declaraban, y tan firme les parecía el fundamento de su prosperidad, que desafiaban al cielo y a la tierra a que los desposeyeran de sus derechos”.¹

Sin embargo, poco antes de su muerte, Jesús contempló la Ciudad Santa, y clamó:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:37, 38).

Desde luego, comenzando con el peregrinaje por el desierto hasta cuando Cristo fue colgado en la cruz, muchos judíos permanecieron fieles, sin participar de la apostasía. Dice Pablo que rehusaron doblar “la rodilla delante de Baal” (Romanos 11:4). Estos fieles creyentes existieron a través de toda la historia de Israel. En la época de Cristo, y más tarde, habían de formar el núcleo de la nueva iglesia. “Así también —dice Pablo—, aun en este tiempo ha quedado un *remanente* escogido por gracia” (versículo 5; énfasis añadido).

Esos judíos, llamados al *verdadero* conocimiento de Dios, habrían de inaugurar la iglesia cristiana, que a su vez era el remanente de Israel.

Referencias

1. *Palabras de vida del gran Maestro*, págs. 236, 237.

13

Los escritores del Nuevo Testamento consideraban que la naciente comunidad cristiana era la continuación de Israel, habiendo adquirido por fe en Cristo las promesas del remanente hechas a Israel en el Antiguo Testamento: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abrahán sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29).

El autor de Hebreos cita a Jeremías –“He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto” (Hebreos 8:8)– en el contexto de la iglesia del Nuevo Testamento, compuesta por judíos y gentiles. Pedro, reflejando las imágenes que en el Antiguo Testamento se aplicaban a la nación de Israel, escribe a los cristianos esparcidos “en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia” (1 Pedro 1:1), llamándolos “linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios” (1 Pedro 2:9).

De este modo, y en todo sentido, la iglesia se convirtió en el nuevo Israel, el nuevo remanente. Adoptó las mismas funciones, se apropió de las mismas promesas y absorbió el mismo propósito del antiguo Israel, que era enseñar al mundo acerca de Jehová, el Creador de los cielos y la tierra; pero ahora se le añadía el conocimiento del Hijo de Dios que había muerto por los pecados del mundo. Uno de los grandes temas del Nuevo Testamento es el concepto de un remanen-

te de judíos y gentiles, llamado a salir de la oscuridad y pasar a la luz de Cristo. Tal como los remanentes que lo precedieron, éste también aceptaría por fe el conocimiento del Dios verdadero, conocimiento que se remontaba al mismo Edén, en donde se pronunció por primera vez la promesa del Mesías (véase Génesis 3:15). Su tarea era preservar y esparcir antiguas verdades, excepto que ahora la iglesia del Nuevo Testamento caminaba en la brillante luz de Jesús de Nazaret, el Salvador crucificado y resucitado.

“Los primeros cristianos llegaron a comprender su propia situación, no como la de un remanente exclusivo, sino uno abierto y universal, que ya no se hallaba limitado a los confines de Israel, sino esparcido por todo el mundo”.¹

Desgraciadamente, este nuevo remanente no era muy distinto de los anteriores, aun teniendo por añadidura el conocimiento de que el mismo Señor vino, sufrió y murió, como sacrificio por el pecado. Pablo escribió a cierta iglesia lo siguiente: “De cierto se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación que ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre” (1 Corintios 5:1). El prejuicio étnico (véase Hechos 6:1), aun entre los dirigentes (véase Gálatas 2:11-14), causó problemas en el nuevo remanente. La presencia de apóstatas (véase 2 Pedro 2:19-22), falsos maestros (véase 2 Pedro 2:1) y personas “chismosas y entremetidas” (1 Timoteo 5:13), contaminaba también a la iglesia remanente.

Los desacuerdos teológicos también la plagaban, especialmente en relación con la ley y la gracia. En Hechos 15:1, 2, se lee: “Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”. Esto hizo que Pablo y Bernabé “tuviesen *una discusión y contienda* no pequeña con ellos” (énfasis añadido). En este caso, Pablo y Bernabé estaban del mismo lado; sin embargo, en el mismo capítulo aparecen estos dos dirigentes enzarzados en una amarga controversia en torno a un ayudante:

“Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos

a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están. Y Bernabé quería que llevasen consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos; pero a Pablo no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos desde Panfilia, y no había ido con ellos a la obra. *Y hubo tal desacuerdo entre ellos, que se separaron el uno del otro*" (Hechos 15:36-39; énfasis añadido).

Había falsa teología que se había introducido solapadamente: "¡Oh, gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?" (Gálatas 3:1). En 2 Timoteo 2:17 y 18, Pablo advirtió: "Y su palabra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos". Pedro, refiriéndose a las cartas de Pablo, advierte: "...casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición" (2 Pedro 3:16).

Desde luego, estos problemas eran insignificantes comparados con lo que vino después. Pablo había dejado la advertencia de que vendría una gran "apostasía" (2 Tesalonicenses 2:3), y eventualmente la iglesia cristiana se corrompió a tal punto que se convirtió en la iglesia "anticristiana". El verdadero pueblo de Dios tuvo que vivir oculto. "Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días" (Apocalipsis 12:6).² Este remanente de creyentes —al igual que los patriarcas, el antiguo Israel y los cristianos primitivos— también se esforzó por aferrarse a las antiguas verdades en medio de la apostasía prevaleciente.

Si bien la persecución tendía a purificar a los santos, no por eso dejaban de tener sus defectos. Las cartas a la iglesia durante esta peregrinación clandestina, así como después que volvió a la superficie, revelan claramente sus problemas. "Arrepiéntete" (Apocalipsis 2:16), le dice el Señor a Pérgamo;

a Tiatira, “tengo unas pocas cosas contra ti” (2:20); y a Sardis, la iglesia de la Reforma, le dice que hay sólo “unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras” (3:4).

Durante la época de la Reforma, las iglesias reformadas se dividieron en numerosos grupos que luchaban unos contra otros cuando no luchaban contra Roma. Los protestantes se mataban unos a otros por millares. Calvino quemaba a sus herejes; Zwinglio ahogaba a los suyos; y Lutero en cierta ocasión urgió al gobierno a “herir, matar y acuchillar, secreta o abiertamente... como si estuvieran entre perros rabiosos” a los campesinos que se habían rebelado.

Además, todas las iglesias protestantes adolecían de errores doctrinales. A medida que pasaba el tiempo, la teología protestante se dividía en tantas direcciones como teólogos protestantes había. La predestinación, “una vez salvos, para siempre salvos”, el antinomianismo (la ley es innecesaria), el bautismo de los infantes, la inmortalidad del alma, y un milenio terrenal, eran tan sólo algunas de sus enseñanzas.

Las iglesias oscilaban entre el escolasticismo extremado, en el cual la religión se reducía a puros credos, y el pietismo extremado, en el cual las emociones y la experiencia constituían la esencia de la fe verdadera. En pocos siglos, el racionalismo, y hasta la negación de lo sobrenatural, se hizo presente en muchas denominaciones. También sucedió lo mismo con la evolución como el origen de todas las especies. Había cristianos que negaban la divinidad de Cristo y su preexistencia antes de la encarnación. Otros enseñaban que Cristo había vuelto, esta vez como mujer, o que después de abandonar Palestina vino a las Américas. Algunos enseñaban que, una vez convertida una persona, no podía pecar. El Señor tuvo que usar a Tomás Jefferson y James Madison, hombres claramente marginados de la tradición protestante, para rescatar de la Biblia sus principios de libertad religiosa, que eran casi desconocidos entre los protestantes. Muchas iglesias aprobaban la esclavitud, diciendo que provenía de Dios. Otras comenzaron un lento retorno a Roma.

Desde luego, Dios tenía sus fieles, y todavía se podían hallar elementos de las puras doctrinas bíblicas a pesar de que tantas iglesias enseñaban tantas cosas distintas, muchas de ellas equivocadas. Numerosas verdades básicas que se remontaban a los comienzos de la historia humana, verdades que los primeros hijos de Dios guardaron y promulgaron, se perdieron o se diluyeron a tal grado que dejaron de estar disponibles para las multitudes. En el aspecto doctrinal, la cristiandad se sumió profundamente en un estado que la transformó en una Babilonia espiritual.

Por consiguiente, y tal como lo hiciera miles de años antes, cuando su iglesia estaba cautiva en la Babilonia literal, el Señor se dispuso a sacar de allí un pueblo para recapturar, promulgar y restaurar las verdades distintivas cuyo origen se remontaba al comienzo de todo.

Una vez más, Dios llamaría a un remanente.

Referencias

1. Santo Calarco, "God's Universal Remnant" [El remanente universal de Dios], *Ministry*, agosto de 1993, pág. 6.
2. Véase también Apocalipsis 12:14 y 13:15.

El remanente de la descendencia de la mujer

14

El siguiente remanente bíblico aparece en Apocalipsis 12 en un panorama de engaños, conflictos y persecución. En los primeros seis versículos, una mujer sufre “dolores de parto” (versículo 2); un dragón echa por tierra “las estrellas del cielo” (vers. 4), y luego procura “devorar a su hijo” (de la mujer, vers. 4) tan pronto como nazca; y la mujer “huyó al desierto” (vers. 6). En los siguientes tres versículos hay “una gran batalla” en el cielo” (vers. 7), a raíz de la cual el diablo y sus ángeles son lanzados a la tierra, y se dedican a engañar “al mundo entero” (vers. 9). Los versículos siguientes hacen referencia al “acusador de nuestros hermanos” (vers. 10), luego a los mártires que “menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (vers. 11), y a la “gran ira” del diablo (vers. 12). El dragón, entonces, “persiguió a la mujer” (vers. 13); luego, la serpiente arrojó tras la mujer “agua como un río, para que fuese arrastrada por el río” (vers. 15). En el versículo final, el dragón, airado contra la mujer, “se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella” (vers. 17).

Este capítulo, evidentemente, no describe un día en la vida de Bambi. Por el contrario, usando la técnica de narración retrospectiva (un elemento típico del Apocalipsis), presenta en forma panorámica la historia del gran conflicto entre Cristo y Satanás. En ningún otro lugar de la Sagrada

Escritura se describe más breve y gráficamente el tema de la gran controversia, que en estos 17 versículos. De este modo, el remanente del pueblo de Dios que corresponde al tiempo del fin, aparece presentado en el contexto de la gran controversia: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto [o remanente] de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (vers. 17).

Apocalipsis 12:17, cerca del final de la Biblia, está vinculado con un versículo que aparece casi al comienzo, a saber, Génesis 3:15. Después de la caída, el Señor dijo a la serpiente, que acababa de engañar a Eva: “Y pondré enemistad entre ti [la serpiente] y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya”.

Apocalipsis 12:17 y Génesis 3:15 son textos paralelos. Ambos se refieren a Satanás, descrito no sólo como dragón, sino también como una serpiente (véase Apocalipsis 12:9). Ambos hacen referencia a la “mujer” y a su “simiente” o descendencia; y así como Génesis 3:15 habla de “enemistad” entre la mujer (la iglesia de Dios)¹ y Satanás (Apocalipsis 12:17), por su parte, dice que “se llenó de ira” contra la mujer, e hizo “guerra” contra su descendencia. He aquí los paralelos que hay entre los dos versículos:

Génesis 3:15

- (1) Satanás (serpiente)
- (2) mujer
- (3) simiente de la mujer
- (4) enemistad

Apocalipsis 12:17

- (1) Satanás (dragón)
- (2) mujer
- (3) descendencia de la mujer
- (4) ira, guerra

En realidad, Apocalipsis 12:17 es Génesis 3:15 casi seis mil años después. Ambos son como dos sujetalibros que abarcan casi toda la Biblia, que no es otra cosa que una descripción de la gran controversia entre Cristo y Satanás.

Ahora bien, ¿quiénes componen este “resto de la descendencia de ella”, contra quienes el dragón hace guerra?

Un factor crucial para determinar la identidad de este grupo es la época en que surge el remanente. En Apocalipsis 12, el remanente aparece no sólo al fin de la visión misma, sino también al final de los sucesos cronológicos descritos en dicha visión.

En primer lugar se presenta la guerra en el cielo entre Miguel y sus ángeles, por una parte; y Satanás y sus ángeles, por la otra (véanse los versículos 7-9); una guerra en la cual Satanás y sus ángeles terminan siendo arrojados a la tierra.

A continuación, la mujer da a luz un niño, evidentemente Cristo (vers. 5), quien nació en este mundo, en donde el dragón —expulsado del cielo— se hallaba listo para “devorar a su hijo tan pronto como naciese” (vers. 4; véase también el capítulo 2 de Mateo).

Luego el dragón ataca a la mujer: “Y cuando vio el dragón que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón” (vers. 13).

Como resultado de este ataque, la mujer, la iglesia de Dios, huye al desierto, hecho que se menciona dos veces: “Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días” (vers. 6). “Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo” (vers. 14).

Finalmente, al terminarse este período en que la mujer huye al desierto, se introduce el remanente: “Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (vers. 17).

Por consiguiente, la primera característica del remanente es que debe hacerse presente *después* del lapso que la mujer pasa escondida en el desierto, es decir el “tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo” (vers. 14), o los “mil doscientos

sesenta días” (vers. 6).

“La visión aclara el hecho de que *después* de los 1260 días (tres tiempos y medio) —escribe William Johnsson—, el dragón concentrará sus esfuerzos en los descendientes de la mujer”²

Debido a que “tiempo” se traduce como año, “tiempos” como dos años, y “medio tiempo” como medio año, la expresión “tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo” equivale a tres años y medio, o según Apocalipsis 12:6, a “mil doscientos sesenta días”. Por cuanto ambos versículos describen el mismo suceso —la mujer que huye de la presencia del dragón al desierto—, el período a que aluden ambos versículos tiene que ser el mismo.

La persecución de los santos a que alude Daniel 7 revela qué período abarca Apocalipsis 12:6, 14. Daniel soñó con cuatro bestias. La primera, “como león” (Daniel 7:4), era Babilonia; la segunda, “semejante a un oso” (vers. 5), era Medo-Persia; la tercera, como “un leopardo” (vers. 6), era Grecia; y la cuarta, “espantosa y terrible y en gran manera fuerte” (vers. 7), era la Roma pagana. Esta cuarta bestia tenía “diez cuernos”, expresión que es paralela a la del dragón de Apocalipsis 12:3, que también tenía diez cuernos y representaba a Roma en su fase pagana. De este modo, Daniel 7 y Apocalipsis 12 están claramente vinculados. Según Mateo, la Roma pagana (por medio de Herodes) procuró “devorar” a Cristo, el hijo de la mujer, “tan pronto como” nació.

En la visión de Daniel 7, un poderoso cuerno pequeño con “ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas” (vers. 8) surgió de la Roma pagana. Este poder —el cuerno pequeño—, que no está separado de la cuarta bestia (Roma), sino que es parte de ella, “hacía guerra contra los santos, y los vencía” (vers. 21) durante “tiempo, y tiempos, y medio tiempo”, es decir, el mismo período que la mujer de Apocalipsis 12 —la iglesia de Dios— pasa en el desierto huyendo del dragón que se empeña en perseguirla (o “hacer guerra” contra ella). Es obvio que tanto Daniel como el Apocalipsis se refieren al mismo suceso. La Septuaginta, una

antigua traducción de la Biblia hebrea al griego, usa en Daniel 7:25 la misma frase básica que usa Juan en Apocalipsis 12:14. Por cuanto hay tantos pasajes del Apocalipsis que han sido sacados del Antiguo Testamento, es probable que Juan haya tomado la frase directamente de Daniel 7:25.³

El cuerno pequeño, entonces, debe ser también Roma, si bien ahora en su fase papal. Y los “tiempo, y tiempos, y medio tiempo” de Daniel 7:25 y Apocalipsis 12:14, representan en ambos casos el período en que la Roma papal persiguió a los “santos del Altísimo” o “la mujer”. El dragón usó a Roma, en su fase pagana, para atentar contra Cristo (Apocalipsis 12:14); más tarde volvió a usar a Roma, esta vez en su fase papal, para atacar a la iglesia de Dios (versículos 6 y 14).

¿Cuándo es el tiempo específico de ese ataque?

En Daniel 7 aparece una serie de bestias simbólicas realizando actividades simbólicas en un marco de tiempo también simbólico. La expresión “tiempo, y tiempos, y medio tiempo” no es una manera común de expresar un período cronológico, como tampoco lo es la expresión “mil doscientos sesenta días”. Si el profeta quería designar tres años y medio literales, ¿por qué no dijo simplemente “tres años y medio”? En vez de eso, la profecía demanda —como lo han reconocido muchos comentaristas a través de los siglos— el uso del principio de “día por año”, lo cual significa que las expresiones “tiempo, y tiempos, y medio tiempo”, y “mil doscientos sesenta días” delinean en realidad 1260 años.⁴

Como punto de partida de la profecía, los comentaristas adventistas han definido el año 538 de la era cristiana, fecha en que el papado expulsó de Roma al último poder arriano; y como fin de ella, el año 1798, cuando los franceses tomaron cautivo al papa.⁵ Sin embargo, no se necesita fijar con exactitud estas dos fechas para comprender la profecía. En vez de ello, bastan dos puntos, firmemente establecidos en la Escritura. Primero, la persecución a que aluden Daniel 7 y Apocalipsis 12:6, 14 fue causada por la Roma papal. Segundo, es necesario aplicar el principio de “día por año” a los períodos proféticos que allí se mencionan. Con estos dos

axiomas proféticos, queda aclarada la primera característica del remanente.

La Roma papal se estableció en el siglo sexto de nuestra era. Si le sumamos 1260 años, llegamos por lo menos a fines del siglo XVIII o a principios del XIX. Por lo tanto, “el resto de la descendencia de ella” aparece *después* de ese período específico. Entonces, es *después* de fines del siglo XVIII o principios del XIX que terminan los 1260 años y aparece el remanente.

Si bien es cierto que por sí mismo el marco de tiempo profético no muestra quiénes componen el remanente, sí muestra quiénes no lo componen. Por cuanto el remanente puede aparecer sólo después del período de 1260 años, en algún momento posterior al fin del siglo XVIII o el comienzo del siglo XIX, todas las más importantes iglesias de la Reforma quedan automáticamente eliminadas. Si bien es cierto que los miembros de esos cuerpos religiosos pueden llegar a ser parte del remanente, y en efecto, así ha sucedido y continuará sucediendo, el hecho es que esas denominaciones, en su carácter de entidades corporativas, surgieron directamente de la Reforma, que tuvo lugar en los siglos XVI y XVII; esto es, demasiado temprano como para ser “el resto de la descendencia de ella”. Los luteranos, metodistas, bautistas, bautistas del séptimo día, episcopales, presbiterianos, y congregacionalistas son demasiado antiguos como para ser *en cualquier sentido corporativo* el remanente que describe Apocalipsis 12:17. “El resto de la descendencia de ella” debe aparecer en escena en algún momento *posterior* al período de 1260 años, *después* de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX.

La identificación del remanente, sin embargo, no puede terminar aquí. Muchos cuerpos eclesiásticos divergentes surgieron después del período de 1260 años. Se necesitan detalles adicionales para identificar al remanente, y afortunadamente, han sido provistos.

La segunda característica del “resto [remanente] de la descendencia de ella” es que “guardan los mandamientos de Dios” (Apocalipsis 12:17). No importa qué construcción

queramos dar a la frase “los mandamientos de Dios”, tiene que significar –si no otra cosa– *por lo menos* los Diez Mandamientos.

- Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (Apocalipsis 14:12).

- El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él (1 Juan 2:4).

- ¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley (Romanos 3:31).

- Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa (Efesios 6:2).

- ¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad! (Apocalipsis 22:14, NRV).

- Si me amáis, guardaréis mis Mandamientos (Juan 14:15, NRV).

Por supuesto, entre los mandamientos de Dios –en el mismo corazón de ellos– se halla incluido el cuarto, que casi todo el mundo cristiano ha descuidado. Muchos de los que pretenden guardarlo, no lo hacen, porque la mayoría observan el primer día de la semana en vez del séptimo. No importa cuán sincera, seria y diligente sea una persona en su observancia del domingo, la Biblia dice que “el séptimo día –no el primero– es reposo para Jehová tu Dios” (Exodo 20:10). Así que, con el fin de ajustarse a la segunda característica del remanente, uno debe estar guardando los mandamientos de Dios, incluso el que se refiere al sábado.

“Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el

que dijo: *No cometerás adulterio*, también ha dicho: *No matarás*. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley” (Santiago 2:10, 11; énfasis agregado). Con la misma facilidad Santiago podría haber dicho: “Porque el que dijo: *No cometerás adulterio*, también ha dicho: *Acuérdate del día sábado*. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero no te acuerdas del día sábado, ya te has hecho transgresor de la ley”.

La importancia del sábado se hace más evidente en Apocalipsis 14. En el contexto de los últimos días, un ángel —usando el mismo lenguaje del cuarto mandamiento— urge a los habitantes del mundo a adorar “a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:7), en contraste con los que adoran “a la bestia y a su imagen” (vers. 9). En medio de este conflicto que se libra en torno a la adoración, se describe al pueblo de Dios como “los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). En este pasaje, al igual que en Apocalipsis 12:17, se da prominencia a los mandamientos de Dios; y de todos ellos, sólo el cuarto tiene que ver específicamente con la adoración del Señor como el Creador de “los cielos, la tierra” y “el mar”. No cabe duda, entonces, que cuando el Apocalipsis habla del remanente, es decir de los que guardan “los mandamientos de Dios”, incluye en esta expresión también el cuarto.

Esta segunda marca de identificación elimina, por lo tanto, la vasta mayoría de los que no fueron eliminados por la primera. Muchos cuerpos religiosos, como los pentecostales, los mormones, los testigos de Jehová y otros, surgieron después del período de 1260 años, pero casi todos rechazan el cuarto mandamiento, ya sea por no guardar ningún día, o por guardar el día equivocado. Los mandamientos de Dios incluyen necesariamente el séptimo día, sábado; por lo tanto, el “resto de la descendencia de ella”, además de surgir después de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX, tiene que ser también guardador del séptimo día, sábado.

De este modo, con esta segunda característica, las opciones para el remanente se han visto notablemente reducidas.

Afortunadamente, queda otro rasgo, el cual despeja el campo que permite una identificación positiva. Apocalipsis 12:17 enseña que este remanente tendría también “el testimonio de Jesucristo”.

Referencias

1. A través de la Sagrada Escritura el Señor usa la imagen de una mujer para describir a su iglesia. Véanse Isaias 26:17; 54:5; 65:2; 66:7-9; Jeremías 2:2; 3:14; 6:2-4; Miqueas 4:10; Oseas 2:19, 20; 2 Corintios 11:1; Apocalipsis 21:2.

2. William Johnsson, “The Saints' End-Time Victory Over the Forces of Evil” [El triunfo de los santos sobre las fuerzas del mal en el tiempo del fin], en *Symposium on Revelation* [Simposio acerca del Apocalipsis], Frank Holbrook, editor (Silver Spring, Md.: Biblical Research Institute, 1992), pág. 18.

3. Esta evidencia textual se hace aun más lógica al ver cómo el capítulo siguiente —el 13— está claramente basado en la visión de Daniel 7.

4. Véase también Clifford Goldstein, *1844 Made Simple* [1844 simplificado] (Boise, Idaho: Pacific Press, 1989); William Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation* [Estudios selectos sobre interpretación profética] (Takoma Park, Md.: General Conference of SDAs, 1982).

5. Para mayores detalles, véase Mervyn Maxwell, *God Cares* [Dios nos ama] (Boise, Idaho: Pacific Press, 1981), tomo 2, págs. 328, 329.

Poco después de comenzar su ministerio terrenal, Jesús habló del ministerio de Juan el Bautista ante una multitud. Después de citar un texto bíblico y aplicarlo a Juan, el Salvador declaró: “Os digo que entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista” (Lucas 7:28).

Estas palabras tienen profunda importancia si queremos comprender el significado de la expresión “el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17), el tercer y último distintivo del pueblo de Dios, el remanente del tiempo del fin.

¿Por qué?

Si hasta el tiempo de Cristo no existió ningún profeta mayor que Juan, entonces el profeta Amós, por ejemplo, sólo podía haber sido igual a Juan o menor que él, pero no mayor. Jeremías, como profeta, era, o menor que Juan, o a lo más, igual a él, pero de ninguna manera mayor. El rey David, también era inferior a Juan, o a lo sumo su igual, pero no superior. Aun Isaías y Moisés, por más grandes que fueran, no podían ser mayores que Juan, porque, como el mismo Jesús dijera, “no hay mayor profeta que Juan el Bautista”.

Si bien Jesús no especificó la razón de la grandeza de Juan, lo más probable es que haya sido porque a Juan le tocó ser el precursor del Mesías; ningún otro profeta tuvo ese privilegio. El carácter especialmente sagrado del llamamien-

to divino a Juan, probablemente lo hizo acreedor a esa exaltada posición.

No importa cuál sea la razón de que a Juan se le haya asignado este nivel, el hecho es que entre él y los profetas canónicos existe una diferencia significativa, que no tiene nada que ver con su posición, pero que coloca el ministerio profético de Juan en un plano aparte del de ellos.

¿Cuál es esa diferencia? Simplemente, que Juan el Bautista no dejó nada escrito en la Biblia.

Las palabras de Cristo acerca de Juan prueban dos puntos: primero, no se necesita ser canónico (haber escrito libros o mensajes que formen parte de la Biblia) para ser profeta. Segundo, uno puede ser un *gran* profeta sin ser canónico.

La Biblia da testimonio de varios profetas de impecables credenciales que nunca escribieron nada que fuese incluido en ella. Después de haber dejado embarazada a la esposa de un soldado, y haber hecho asesinar luego a ese soldado para poder quedarse con su mujer, David fue confrontado por Natán (al cual se lo llama profeta en 2 Samuel 7:2), quien declaró: "Tú eres aquel hombre" (2 Samuel 12:7). Y sin embargo, Natán no escribió libro alguno que haya pasado a ser parte de la Biblia.

Elías, el profeta (véase 2 Crónicas 21:12), se presentó ante Acab, rey de Israel, y dijo: "Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra" (1 Reyes 17:1). Aquí vemos también a un profeta de no poca autoridad, el cual tampoco produjo un solo escrito canónico.

¿Y qué decir del "profeta Gad" (1 Samuel 22:5), que ayudó a David a escapar de Saúl; "el profeta Ahías silonita" (1 Reyes 11:29), que profetizó acerca de la división de la nación judía; "el profeta Semaías" (2 Crónicas 12:5); "Iddo, profeta" (2 Crónicas 13:22); el "profeta Azarías, hijo de Obed" (2 Crónicas 15:8), o "el profeta Eliseo"? Aunque algunos de esos profetas hasta escribieron libros, ninguno pasó a formar parte de la Sagrada Escritura.

En los días de los jueces, la nación hebrea fue subyugada

por el rey cananeo Jabín, que “había oprimido con crueldad a los hijos de Israel por veinte años” (Jueces 4:3). Cuando llegó el tiempo de ser librados, ¿a quién acudió el pueblo en busca de conducción, seguridad y liderazgo? A “Débora, profetisa” (vers. 4), que proveyó instrucción para Israel y hasta fue a la batalla para animar a las tropas. ¡No sólo no existe en la Biblia un libro escrito por Débora, sino que este personaje profético era una mujer!

Después que Josías, rey de Judá, “hubo oído las palabras del libro de la ley” (2 Reyes 22:11), dijo: “Id y preguntad a Jehová por mí, y por el pueblo, y por todo Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que se ha encendido contra nosotros” (vers. 13). En obediencia al mandato del rey, sus siervos fueron “a la profetisa Hulda” (vers. 14), la cual dijo: “Así dijo Jehová: He aquí yo traigo sobre este lugar, y sobre los que en él moran, todo el mal de que habla este libro que ha leído el rey de Judá” (vers. 16).

Este fenómeno —una mujer profeta— ocurre no sólo en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo. Después del nacimiento de Jesús, sus padres lo llevaron al templo de Jerusalén para dedicarlo. Entre los presentes estaba “Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser” (Lucas 2:36). Llegó al templo cuando Simeón profetizaba a María acerca del niño Jesús, y ella también profetizó: “Ana... presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén” (vers. 36, 38). Tampoco Ana tiene escritos en la Biblia.

Lucas habla acerca de “Felipe, el evangelista” (Hechos 21:8), que vivía en Cesarea, y que “tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban” (vers. 9). Ninguna de sus profecías llegó a ser parte del canon.

La Sagrada Escritura prueba que el Señor no sólo usó profetas cuyos escritos no se encuentran en la Biblia, sino que, además, algunos de esos profetas fueron mujeres.

Puede verse con toda claridad que la profecía no es sólo un fenómeno del Antiguo Testamento, sino que también existe en el Nuevo. Pablo escribió:

Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres... Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:8, 11-13; énfasis agregado).

Es evidente que a los santos les falta mucho para estar perfeccionados. Es obvio que su estatura no corresponde aún a “la plenitud de Cristo”, y que la iglesia todavía no llega a “la unidad de la fe”. Sin embargo, estos ideales son el blanco de los dones. ¿Por qué, entonces, se los habría de quitar de la iglesia antes que lograsen su propósito? Además, todavía existen los pastores, los maestros y hasta los apóstoles (los que levantan iglesias), ¿y por qué no también los profetas?

Pablo también escribió que “en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, en toda palabra y en toda ciencia; así como el testimonio acerca de Cristo ha sido confirmado en vosotros, de tal manera que nada os falta en ningún don, esperando la manifestación de nuestro Señor Jesucristo” (1 Corintios 1:5-7). Pablo no quería que a la iglesia, que esperaba la venida del Señor, le faltara nada en ningún don, lo cual debe de haber incluido el don de profecía: “Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros” (1 Corintios 12:28).

Al responder a una pregunta acerca de las señales de su segunda venida, Jesús enseñó a sus seguidores que en los últimos días “muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos” (Mateo 24:11). No dijo: “Cuidense de todo aquel que pretenda ser un profeta, porque no habrá más profetas”. Por el contrario, su amonestación acerca de los falsos profetas implica la existencia de profetas verdaderos, aun cerca del fin del mundo.

Finalmente, la descripción que se hace del pueblo remanente de Dios en el tiempo del fin, también enseña que la profecía se manifestará en los últimos días: “Entonces el

dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen *el testimonio de Jesucristo*" (Apocalipsis 12:17; énfasis agregado).

¿Qué es "el testimonio de Jesucristo"?

Los estudiosos no están de acuerdo acerca de si "el testimonio de Jesucristo" significa el testimonio general de la iglesia cristiana acerca de Jesús (el testimonio de ellos), o si se refiere al testimonio que el mismo Señor Jesús da al mundo a través del don de profecía.¹ Hay, sin embargo, un texto paralelo que ayuda a comprobar que este último significado es el correcto, es decir, que "el testimonio de Jesús" es el testimonio que da el mismo Señor Jesús: "Yo me postré a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. *Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía*" (Apocalipsis 19:10; énfasis agregado).

El "testimonio de Jesucristo", entonces, es obvio que se manifiesta como el don espiritual de profecía. Apocalipsis 22:8, 9 ayuda aún más a aclarar el significado:

Apocalipsis 19:10

Yo me postré a sus pies para adorarlo.

Y él me dijo: Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos *que retienen el testimonio de Jesús*. Adora a Dios; porque el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.

Apocalipsis 22:8, 9

Me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas.

Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, *de tus hermanos los profetas*, y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.

En ambos pasajes, Juan cae a los pies del ángel para adorarlo, y en ambos casos las respuestas del ángel son casi

idénticas. Sin embargo, hay una diferencia significativa. En Apocalipsis 19:10, se identifica a los hermanos con la frase “que retienen [el griego realmente significa “tienen”] el testimonio de Jesús”. En Apocalipsis 22:9, a los hermanos simplemente se los llama “los profetas”. Esta comparación muestra que “el testimonio de Jesús”, que es “el espíritu de la profecía”, es el don profético que se concede a los profetas. Los profetas tienen “el espíritu de la profecía”.

Los judíos del tiempo de Juan habrían comprendido la expresión “el espíritu de la profecía” como refiriéndose ya sea al Espíritu Santo en un sentido general, o más específicamente, al espíritu dado a los profetas. Refiriéndose a ciertos antiguos escritos judíos posbílicos, J. P. Schafer escribe: “En otras palabras, el término ‘espíritu de profecía’ describe una situación claramente delineada, a saber, el Espíritu Santo, enviado de Dios, que imparte al hombre el don profético”.² F. F. Bruce escribe: “La expresión ‘el espíritu de profecía’ es corriente en el judaísmo posbílico: se la usa, por ejemplo, en circunloquios targúmicos, para designar al Espíritu de Jehová que viene sobre tal o cual profeta”.³

De este modo, “el resto de la descendencia de ella” (Apocalipsis 12:17), el remanente bíblico final, no sólo debe aparecer después de fines del siglo XVIII o comienzos del XIX; no sólo guarda todos los mandamientos de Dios, incluso el cuarto; sino que, además, tiene el “espíritu de la profecía”, el don profético. La profecía *debe* estar manifestada en su seno, porque “el espíritu de la profecía” es una de tres grandes marcas que identifican al remanente.

En este contexto, adquiere pertinencia el siguiente extracto de *Primeros escritos*:

El Señor me mostró en visión otros mundos. Me fueron dadas alas y un ángel me acompañó desde la ciudad a un lugar brillante y glorioso. La hierba era de un verde vivo y las aves gorjeaban un dulce canto. Los moradores de aquel lugar eran de todas estaturas; eran nobles, majestuosos y hermosos. Llevaban la manifiesta imagen de Jesús, y su semblante refulgía de santo júbilo, como expresión de la libertad y dicha que en aquel lugar disfrutaban. Pregunté a uno de ellos por

qué eran mucho más bellos que los habitantes de la tierra, y me respondió: “Hemos vivido en estricta obediencia a los mandamientos de Dios, y no incurrimos en desobediencia como los habitantes de la tierra”. Después vi dos árboles, uno de los cuales se parecía mucho al árbol de vida de la ciudad. El fruto de ambos era hermoso, pero no debían comer de uno de ellos... Después me transportaron a un mundo que tenía siete lunas, donde vi al anciano Enoc, que había sido trasladado. Llevaba en su brazo derecho una esplendente palma, en cada una de cuyas hojas se leía escrita la palabra: “Victoria”. Ceñía sus sienes una brillante guirnalda blanca con hojas, en el centro de cada una de las cuales se leía: “Pureza”. Alrededor de la guirnalda había piedras preciosas de diversos colores... Le pregunté si aquel era el lugar adonde lo habían transportado desde la tierra. El me respondió: “No es éste. Mi morada es la ciudad, y he venido a visitar este sitio”. Andaba por allí como si estuviese en casa. Supliqué a mi ángel acompañante que me dejara permanecer allí. No podía sufrir el pensamiento de volver a este tenebroso mundo.⁴

¿Qué hacemos con esto? Las palabras de la autora nos permiten muy pocas opciones en cuanto a su origen. Esta mujer, o era un fraude demoníacamente inspirado, una lunática, o manifestó “el espíritu de la profecía”. O fue uno de los más grandes engañadores en la historia de la cristiandad, o uno de sus mayores profetas. Una persona que afirma haber sido llevada en visión a otros mundos y haber hablado con sus habitantes, o está mintiendo, o es una charlatana loca, o es un profeta a través del cual el Señor ha abierto panoramas de luz y verdad distintos de todo lo demás que el mundo haya contemplado desde los tiempos apostólicos.

El mismo principio se aplica a Cristo. Algunos lo consideran tan sólo un gran profeta. Sin embargo, un profeta no diría: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6), o: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Juan 11:25). O era un mentiroso o lunático, o era en verdad el Camino y la Verdad, la Vida y la Resurrección. ¿Cómo podría haber una posición intermedia?

Elena de White nos deja exactamente las mismas opcio-

nes. Su obra no nos permite el lujo de contemporizar. Nadie necesita pretender que ella fuera infalible o perfecta, o que no necesitaba crecer ni ser corregida. Nadie necesita afirmar que sus escritos ocupan el mismo nivel que la Biblia, o que constituyen la máxima norma de la verdad. Y nadie puede negar que algunos que creen en sus escritos hayan abusado de ellos.

A pesar de lo dicho, ¿a qué conclusión debemos llegar al ver cómo su pluma describe ciertas escenas en detalle, como sucede con esta narración del sueño de la esposa de Pilato?

Le vio [a Jesús] juzgado en el tribunal. Vio las manos estrechamente ligadas como las manos de un criminal. Vio a Herodes y sus soldados realizando su impía obra... Vio la cruz levantada en el Calvario. Vio la tierra envuelta en tinieblas y oyó el misterioso clamor: "Consumado es". Pero otra escena aún se ofreció a su mirada. Vio a Cristo sentado sobre la gran nube blanca, mientras toda la tierra oscilaba en el espacio y sus homicidas huían de la presencia de su gloria.⁵

Todos estos detalles significan una de dos cosas: o la autora describió lo que se le mostró por el espíritu de profecía, o fue una engañadora que perpetró uno de los mayores fraudes que se hayan visto desde cuando los supuestos lentes mágicos de José Smith le permitieron traducir las tabletas de oro y escribir el *Libro de Mormón*.

¿Quién le dio a Elena de White la facultad de comprender la experiencia de Abrahán al recibir la orden de sacrificar a Isaac en el monte Moria? ¿Dónde oyó ella que "con voz temblorosa, Abrahán reveló a su hijo el mensaje divino"? ¿Cómo supo que Isaac "consideraba como un honor el ser llamado a dar su vida en holocausto a Dios"? ¿Qué espíritu la inspiró a escribir que Isaac "con ternura trató de aliviar el dolor de su padre, y animó sus debilitadas manos para que ataran las cuerdas que lo sujetarían al altar"?⁶ ¿Procedía todo eso de Satanás?

¿Cómo explica uno la fuente que usó para describir esta escena celestial que transcurre después de la resurrección de los santos?

Cuando se da la bienvenida a los redimidos en la ciudad de Dios, un grito triunfante de admiración llena los aires. Los dos Adanes están a punto de encontrarse. El Hijo de Dios está en pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza: al ser que él creó, que pecó contra su Hacedor, y por cuyo pecado el Salvador lleva las señales de la crucifixión. Al distinguir Adán las cruentas señales de los clavos, no se echa en los brazos de su Señor, sino que se prosterna humildemente a sus pies, exclamando: “¡Digno, digno es el Cordero que fue inmolado!” El Salvador lo levanta con ternura, y le invita a contemplar nuevamente la morada edénica de la cual ha estado desterrado por tanto tiempo.⁷

¿Qué inspiró esta visión detallada de la resurrección de Cristo?

Un potente ángel llegó del cielo en velocísimo vuelo. Su rostro era como el relámpago y su vestidura como la nieve. Su fulgor iba desvaneciendo las tinieblas por donde pasaba, y su brillante esplendor ahuyentaba aterrorizados a los ángeles malignos que habían pretendido triunfalmente que era suyo el cuerpo de Jesús. Un ángel de la hueste que había presenciado la humillación de Cristo y vigilaba la tumba, se unió al ángel venido del cielo y juntos bajaron al sepulcro. Al acercarse ambos, se estremeció el suelo y hubo un gran terremoto... Al brillar en torno del sepulcro la luz de los ángeles, más resplandeciente que el sol, los soldados de la guardia romana cayeron al suelo como muertos. Uno de los dos ángeles echó mano de la enorme losa y, empujándola a un lado de la entrada, sentóse encima. El otro ángel entró en la tumba y desenvolvió el lienzo que envolvía la cabeza de Jesús. Entonces, el ángel del cielo, con voz que hizo estremecer la tierra, exclamó: “Tú, Hijo de Dios, tu Padre te llama. ¡Sal!”⁸

Elena de White declaró que sus escritos “llevan ya sea el sello de Dios o el de Satanás”.⁹ ¿Cuál de los dos inspiró las descripciones precedentes?

Sin duda, algunos han tomado sus escritos fuera de contexto para probar puntos con los cuales ella no estaría de acuerdo. No cabe duda de que tanto los proponentes como los contrarios de cualquier argumento —ya sea de la naturaleza de Cristo o del valor medicinal del chile o ají de Cayena— amontonan citas de su pluma para probar sus posicio-

nes. No cabe duda de que sus escritos han sido usados para apalear con ellos a la gente hasta que ésta ya no soporta la idea de leerlos. No se puede dudar de que algunos exaltan sus escritos a tal punto que han inducido a muchos a rechazarlos debido a expectativas falsas y nociones erróneas acerca de su inspiración. No hay duda de que algunos extraen sus doctrinas de Elena de White y no de la Biblia. No cabe duda de que sus escritos han sido mal usados, sometidos a abusos y torcidos en un centenar de otras maneras. *¡Pero ninguno de estos problemas debiera ensombrecer el don!*

Y de esto tampoco cabe duda.

Referencias

1. Véase Gerald Pfandl, "The Remnant Church and the Spirit of Prophecy" [La iglesia remanente y el espíritu de profecía], en *Symposium on Revelation* [Simposio sobre el Apocalipsis], Frank Holbrook, editor (Silver Spring, Maryland: Biblical Research Institute, 1992), tomo 2, págs. 303-322.
2. Citado en *Symposium on Revelation* [Simposio sobre el Apocalipsis], tomo 6, pág. 317.
3. *Id.*, 318.
4. *Primeros escritos*, págs. 39, 40.
5. *El Deseado de todas las gentes*, págs. 680, 681.
6. *Patriarcas y profetas*, págs. 147, 148.
7. *El conflicto de los siglos*, pág. 705.
8. *Primeros escritos*, págs. 181, 182.
9. *Testimonies for the Church*, tomo 5, pág. 98.

16

Con esta característica final, la identificación del remanente se hace inequívoca. Repasemos Apocalipsis 12:17, insertando la información que hemos encontrado:

Entonces el dragón [Satanás] se llenó de ira contra la mujer [la iglesia de Dios]; y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella [que deben aparecer no antes del fin del siglo XVIII o comienzos del XIX], los que guardan los mandamientos de Dios [incluyendo el sábado, séptimo día] y tienen el testimonio de Jesucristo [el espíritu de profecía revelado en el ministerio de Elena G. de White].

¿Será mera coincidencia el hecho de que, entre el puñado de grupos que cumplen las dos primeras características del remanente del tiempo del fin, sólo haya uno en que la tercera característica, es decir el “espíritu de la profecía”, se halle poderosamente presente? Esta triple especificación corrobora la identificación del remanente de Dios que actúa en el tiempo del fin, como la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Pero, ¿cómo podría la Iglesia Adventista del Séptimo Día ser ese remanente? ¿Cómo puede ser el remanente un movimiento tan plagado de agitación, disensiones y recriminaciones? ¿Puede ser el remanente una iglesia fría, muerta o dormida? ¿O una que está llena de legalismo, mundanidad, divorcios, adulterios y pecados sexuales? ¿O una que no vive conforme a las normas que el Señor le ha mostrado? ¿O

una que ha hecho de esas normas su religión exclusiva? ¿O una en la cual casi todas las doctrinas son blanco de controversias? ¿Puede un cuerpo contaminado de corrupción, que descuida la conducción profética y entre cuyos miembros hay quienes promueven diversas herejías, ser el remanente?

¡Seguro que sí!

Pensemos en el antiguo Israel. Durante más de mil años perduró como el remanente de Dios, a pesar de ser culpable de cuantos pecados se cometen bajo el sol. La Biblia está llena de lamentos por los fracasos, las herejías y las apostasías del remanente del Antiguo Testamento. La corrupción, las controversias, la deslealtad, el adulterio, el legalismo, la hipocresía, las herejías... todo esto existía en el remanente de otras épocas, del mismo modo como existe hoy. *¡Sin embargo, nada de esto anulaba su condición de remanente!*

A través de siglos de apostasía, corrupción, pecado, decadencia y maldad, la nación de Israel permaneció como el pueblo remanente de Dios. Sólo después que el Señor llamó a otro grupo (la iglesia cristiana), que había aceptado una luz mayor que la del Israel nacional, perdió la nación hebrea su calidad de remanente.

El remanente, como entidad corporativa, nunca fue definido exclusivamente por la santidad de sus miembros, sino más bien por la luz avanzada que sobre ellos brillaba. Desde los que entraron al arca con Noé, hasta la Reforma protestante, el remanente corporativo se ha visto definido más por la luz que ha poseído que por la santidad de los que poseían dicha luz, aunque no sea por otra razón que el hecho de que muchos de los que poseían la luz *no* eran santos.

Hasta la primera venida de Cristo y la formación de la iglesia cristiana, por ejemplo, Israel poseía una revelación más plena del Señor que cualquier otra religión. No importa cuán corrupta hubiera llegado a ser la nación, o cuánto se hubiera desviado de hacer la voluntad de Dios —ya fuese bajo la liberalidad contemporizadora del período del Primer Templo, o bajo el legalismo lleno de justicia propia típico del segundo—, el hecho es que Israel siempre tuvo mucha más luz que sus vecinos paganos. Israel tenía la verdad presente,

y esa verdad, más que cualquier otra cosa, definió su posición como remanente.

Lo mismo sucede con el adventismo. No importa cuánta hipocresía, deslealtad, pecado y apostasía puedan existir en este movimiento, el hecho es que ha sido bendecido con una revelación más plena de Cristo y de la verdad presente que cualquier otro cuerpo religioso. No importa que muchos miembros no estén siguiendo esa luz (tampoco la seguían en Israel), o que esas verdades no estén santificando a muchos (tampoco lo hacían en Israel), o que no sean apreciadas (tampoco lo eran en Israel), o que los miembros malignos e inconversos le den al mensaje un mal nombre a cada paso (también en Israel sucedía eso). Lo crucial es que la Iglesia Adventista, como el antiguo Israel, ha recibido mucha más luz que cualquier otra iglesia, y es únicamente esa luz lo que le presta su calidad de pueblo remanente.

Si un judío residente en Israel en cualquier período anterior al cristianismo, se hubiera desanimado a causa del pecado, las controversias y la frialdad de la fe hebrea, ¿a dónde podría haber ido? Si hubiera sentido repugnancia por la degradación, la mundanalidad y las concesiones y acomodos que permeaban a la nación hebrea en el período del Primer Templo; o si se hubiera dejado oprimir y desanimar por el dogmatismo derechista y la hipocresía del período del Segundo Templo, ¿a dónde podría haber ido? ¿A adorar el sol con los romanos? ¿O las ranas, con los egipcios? ¿A los grandes cultos esotéricos? ¿Se uniría a los adoradores de Diana? ¿O al culto que los cananeos le tributaban a Baal? No importa en cuán triste estado se hallara su iglesia, de todos modos no encontraría en ninguna otra parte más verdad doctrinal.

Lo mismo sucede hoy con el adventismo. ¿A dónde podría ir un adventista descontento sin sacrificar sus creencias más fundamentales? ¿A una iglesia que guarda el domingo en vez del sábado bíblico? ¿O a una que cree que los muertos están ardiendo en el infierno? Una vez que se eliminan estas dos doctrinas, las alternativas se hacen penosamente escasas.

En realidad, un adventista que quisiera dejar el adven-

tismo afrontaría hoy problemas similares a los que habría experimentado un judío de los tiempos bíblicos que hubiera querido dejar el judaísmo. Desde luego, las distinciones doctrinales que separan a los cristianos adventistas de otros protestantes (o aun de los católicos o de los creyentes de religiones no cristianas) no son tan grandes como las que separaban las doctrinas del antiguo Israel y las de las naciones circundantes. Sin embargo, las diferencias son suficientemente claras como para que cualquier adventista razonablemente bien informado se dé cuenta de que no existe alternativa doctrinal viable.

Por ejemplo, millones de cristianos “hablan en lenguas”, prueba, según creen, de que en ellos mora el Espíritu Santo. Se supone que esos ruidos ininteligibles son una manifestación moderna del don espiritual que la iglesia recibió en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles, que “comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:4).

Sin embargo, según el libro de los Hechos, el don pentecostal de lenguas capacitaba a los que lo recibían para que hablaran en idiomas extranjeros (véase Hechos 2:11), un fenómeno totalmente distinto al pandemónium que reina hoy en algunos servicios pentecostales carismáticos.

Algo anda mal, además, con un fenómeno que casi universalmente pasa por alto la advertencia que hace Pablo acerca de no permitir que todos en la congregación se pongan a hablar en lenguas al mismo tiempo: “Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?” (1 Corintios 14:23). Cada domingo, en todo el mundo, iglesias enteras —a veces centenares, y hasta millares de adoradores—, “hablan en lenguas” al mismo tiempo, a pesar del mandato de Pablo, según el cual, “si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete” (vers. 27).

No cabe duda que muchos carismáticos son cristianos fervientes y sinceros, que conocen al Señor y lo aman, y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Aun

cuando los “dones” sean dudosos, muchos manifiestan en sus vidas los *frutos* del Espíritu, y en mayor grado que algunos adventistas. Sin duda alguna, también, muchos carismáticos estarán en el cielo a diferencia de muchos adventistas que no entrarán, aun habiendo tenido la luz adicional que viene de la advertencia hecha por la Hna. White acerca de los que hablan “un galimatías sin ningún significado, lo cual llaman la lengua desconocida, que por cierto es desconocida no sólo para los hombres, sino para Dios y para todo el cielo”.¹

Lejos de preparar a un pueblo para la segunda venida del Señor, el movimiento de “lenguas” ha estado a la vanguardia de los que están uniéndose a los católicos y protestantes en lo que por último se convertirá en el sistema religioso apóstata que ha de perseguir al pueblo de Dios que guarda los mandamientos.

Otra enseñanza, aún más peligrosa que las “lenguas”, es la doctrina de “seguridad eterna”, comúnmente conocida como “una vez salvo, siempre salvo”. Por más raro que parezca, hay millones de individuos que creen que, después que una persona ha aceptado a Cristo como su Salvador personal, no puede hacer absolutamente nada que ponga en peligro su salvación. Ha sido eternamente sellada por la sangre de Cristo, y no importa qué carácter desarrolle o a qué profundidades del pecado pueda caer, esa persona tiene asegurada la vida eterna.

En contraste, el mismo Jesús advirtió que “el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mateo 10:22). Pablo amonesta a los creyentes, diciéndoles: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor” (1 Corintios 9:27). El mismo Pablo agregó: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27). Si bien los cristianos pueden –y deben– tener la seguridad de la salvación, la doctrina de “una vez salvo, siempre salvo” lleva esa confianza a un grado verdaderamente absurdo.

No pongo en duda la sinceridad, la fe o la experiencia cristiana de quienes creen esto, pero esta enseñanza no es verdadera, ni mucho menos es verdad presente. Por el

contrario, ¡cuán difícil le será a cualquiera que afronte la crisis final, decidirse por ser fiel a “los mandamientos de Dios”, si está convencido de que, por haber aceptado a Cristo, ninguna elección o decisión puede hacerlo perder su salvación. Si usted está seguro de que será salvo no importa qué haga después de haber aceptado a Cristo como su Salvador, entonces poco le importará guardar el sábado bíblico, especialmente si hacerlo podría costarle su trabajo, su hogar, su familia o su vida.

Otra doctrina que cualquiera que deje el adventismo hallará en muchas iglesias, es la idea de un “rpto” anterior a la “tribulación”. Millones creen que antes de la confusión y el tumulto que precederán a la segunda venida de Jesús, todos los miembros del verdadero pueblo de Dios serán llevados repentina y secretamente al cielo, mientras que todos los demás permanecerán en este mundo. Los cristianos estarán en sus automóviles, sus hogares, sus botes o sus salones de clases —donde fuere—, cuando repentinamente desaparecerán sin ruido, habiendo sido secretamente arrebatados para estar con Jesús en el cielo antes de la tribulación de los últimos días. La mayoría de los que creen esto recurren a 1 Tesalonicenses 4:16 y 17 en busca de apoyo: “Porque el Señor mismo *con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios*, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (énfasis añadido).

¡A pesar de la voz de mando, la voz del arcángel y la trompeta de Dios, suponen que este versículo enseña que, secreta y silenciosamente, los cristianos serán llevados al cielo mientras que el resto del mundo se maravilla de su desaparición!

¿Qué tiene de peligroso esta doctrina? Pensemos: los que creen en este “rpto” anterior a la tribulación, ¿cómo pueden preocuparse de la marca de la bestia y las controversias que la acompañan, si están seguros de que el Señor los “raptará” aun antes que comiencen a suceder las pruebas y tribulacio-

nes relacionadas con la marca de la bestia?

Además, casi todo el mundo cristiano conservador espera que Cristo, *a su retorno*, establezca inmediatamente su reino aquí en la tierra, a pesar de que 1 Tesalonicenses 4:17 dice que los salvados van a “recibir al Señor en el aire”. La mayoría de los fundamentalistas y evangélicos creen que a su segunda venida, en vez de llevar a su pueblo al cielo, Cristo gobernará en la tierra durante el milenio. Tim LaHaye escribe:

Una cosa en que tanto los judíos como los cristianos están de acuerdo, es que algún día su Mesías vendrá a esta tierra para establecer su reino que gobernará este mundo... El reino milenarista será una época de fe, en que la mayor parte de la población se hará creyente... Cristo estará a cargo, de modo que no habrá formas de programación televisiva inmorales o destructivas... No se podrán conseguir sustancias que dañan el cuerpo, de modo que la gente no tendrá su mente tan confundida que no pueda evaluar claramente las verdades de las Escrituras... Las cátedras universitarias no estarán dominadas por ateos empeñados en destruir las mentes de la juventud... Hasta el arte en sus diversas formas glorificará a Cristo durante el reino.²

Esta creencia, más que ninguna otra, dejará a millones de cristianos vulnerables ante el mayor engaño de Satanás, cuando éste, “como el acto culminante del gran drama del engaño”, falsifique la venida de Cristo. ¿Qué mejor manera de ser engañado en los últimos días, que por creer en la doctrina según la cual Cristo, a su regreso, establecerá su reino en este mundo?

Pues bien, el gran engañador simulará que Cristo habrá venido. En varias partes de la tierra, Satanás se manifestará a los hombres como ser majestuoso, de un brillo deslumbrador, parecido a la descripción que del Hijo de Dios da San Juan en el Apocalipsis. (Apocalipsis 1:13-15.) La gloria que le rodee superará cuanto hayan visto los ojos de los mortales. El grito de triunfo repercutirá por los aires: “¡Cristo ha venido! ¡Cristo ha venido!” El pueblo se postrará en adoración ante él, mientras levanta sus manos y pronuncia una bendición sobre ellos como Cristo bendecía a sus discípulos cuando estaba en la tierra.³

Otro dogma, casi universalmente aceptado entre los cristianos conservadores, es que en cuanto mueren, los seres humanos reciben su recompensa o su castigo. Engañadas por la creencia en un alma inmortal, estas personas creen que el difunto entra inmediatamente, ya sea a la presencia de Jesús, o a los tormentos del infierno. Si bien muchos cristianos se sienten ahora poco dispuestos a visualizar el infierno como un tormento eterno en llamas literales, la mayoría cree que implica eterno sufrimiento consciente en algún momento posterior a la muerte.

Repito que mi intención no es poner en duda la salvación, la experiencia cristiana o la relación con Cristo que mantienen los que creen esto; lo que sí es menester destacar, es cuán poco comprenden la naturaleza del hombre y el carácter de Dios. Pensar que Jesús fuese capaz de permitir que los perdidos sufran por billones, y billones, y aún más billones de años —ya sea quemándose en un fuego literal (como muchos todavía creen) o en alguna otra forma de tormento consciente—, es mal comprender cómo es el Señor, y la esencia del plan para el desarrollo del gran conflicto. Es difícil imaginar cómo puede amar a Dios cualquiera que cree en el tormento eterno. La oscuridad teológica de esta doctrina es casi incomprensible para los que saben la verdad acerca del infierno.

Por no comprender el estado de los muertos, casi todo el mundo cristiano es susceptible de ser engañado por el espiritismo. Cuán difícil será que alguien, en la confusión de los últimos días, acepte el sábado como día de reposo, si su amada y difunta madre “vuelve” alguna noche para decirle que no lo haga.⁴ Los engaños serán aplastantes. Únicamente quienes estén bien establecidos en la verdad serán librados de las falsedades del ocultismo.

Las doctrinas que hemos mencionado son algunos de los errores con que tendría que contender cualquier adventista inclinado a buscar una manera de integrarse a la cristianidad conservadora. Si se pusiera a buscar una iglesia cristiana liberal, los errores serían todavía peores. El liberalismo

cristiano prácticamente ha destruido la verdadera fe bíblica. Millones, por ejemplo, rechazan el nacimiento virginal y la deidad de Cristo, así como la inspiración divina de la Biblia. Diversas encuestas muestran que la mayoría de las principales iglesias cristianas ni siquiera se oponen al concepto de la evolución como explicación del origen de las especies.

A todo esto, los testigos de Jehová enseñan que “Jesucristo volvió a este mundo en 1914”.⁵ Los mormones creen que “cuando nuestro Padre Adán vino al Jardín del Edén, lo hizo con un cuerpo celestial, y se trajo a Eva, una de sus esposas, con él... El es nuestro padre y nuestro dios, el único dios con el cual tengamos algo que ver”.⁶ Por su parte, la Ciencia Cristiana promulga la doctrina de que la muerte “es una ilusión, porque no hay muerte; es lo opuesto del Bien, Dios o la vida... Toda evidencia material de muerte es falsa, puesto que contradice el hecho espiritual de Ser”.⁷

¡Con razón el Señor tuvo que levantar una iglesia con la verdad presente! Con doctrinas que abarcan desde “una vez salvo, siempre salvo”, hasta la idea de que Adán era un dios, y desde el rapto anterior a la tribulación hasta el tormento eterno en el infierno, Jesús necesitaba tener un cuerpo religioso que predicara doctrinas puras. De otro modo, ¿cómo podría nadie ser preparado para la segunda venida?

Referencias

1. *Testimonies for the Church* [Testimonios para la iglesia], tomo 1, pág. 412.
2. Tim LaHaye, *How to Study Prophecy for Yourself* [Cómo estudiar las profecías por cuenta propia] (Eugene, Oregon: Harvest House, 1990), págs. 159, 168, 169.
3. *El conflicto de los siglos*, pág. 682.
4. Véase Clifford Goldstein, *Day of the Dragon* [Día del dragón] (Boise, Idaho: Pacific Press, 1993), págs. 101, 111.
5. Walter Martin, *Kingdom of the Cults* [El reino de las sectas] (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 1965), pág. 46.
6. Brigham Young, *The Journal of Discourses* [Diario de los discursos], tomo 1, pág. 50. Citado en Martin, *Kingdom*, pág. 178.
7. Mary Baker Eddy, *Science and Health* [Ciencia y salud], pág. 575. Citado en Martin, *Kingdom...*, pág. 123.

Tal como en el caso del antiguo Israel, en el tiempo del fin el pueblo remanente de Dios no se distingue tanto por los errores que evita, como por las verdades que posee. El remanente de Dios, en cualquier tiempo, ha tenido la verdad, pero dicha verdad siempre ha sido enseñada en el contexto de la “verdad presente”. A medida que avanzaba el tiempo, Dios le fue revelando luz adicional a su remanente. Por ejemplo, la iglesia cristiana primitiva poseía un conjunto de verdades mayor que el que conoció Abrahán. Sin embargo, esas verdades adicionales han estado siempre apoyadas en un fundamento arraigado en la antigüedad.

El remanente de hoy, por ejemplo, reposa el séptimo día, sábado. Pero ahora, junto con reconocer que el sábado es un símbolo del Señor como Creador, Redentor y Santificador, los adventistas saben que en la prueba final de lealtad a Dios anterior a la segunda venida, el sábado constituirá, además, el sello de Dios en contraposición a la marca de la bestia. El sábado sigue siendo todo lo que ha significado para el remanente en épocas anteriores, sólo que ahora lo es en mayor grado. Al aferrarse al sábado, la iglesia remanente —lejos de haber inventado algo nuevo— está, como Israel, adhiriéndose a la luz que se originó en el Edén.

Vinculados con el sábado se hallan los Diez Mandamientos, tema en el cual el remanente de Dios ha hecho

énfasis durante mucho tiempo. Si bien es cierto que la mayor parte de la cristiandad aparenta honrar los mandamientos, por lo menos de palabra, la violación del cuarto anula aun eso. En cambio, el remanente del fin no sólo guarda el Decálogo como una barrera contra el pecado, conforme a lo que los fieles de Dios han hecho en cada generación; sino que, además, comprende la importancia que reviste la ley en el panorama completo de la gran controversia entre Cristo y Satanás.

Desde el origen de la gran controversia en el cielo, el propósito de Satanás ha consistido en destruir la ley de Dios. Para realizarlo se rebeló contra el Creador y, aunque expulsado del cielo, continuó la misma lucha en la tierra. Engañar a los hombres para inducirlos luego a transgredir la ley de Dios, tal fue el objeto que persiguió sin cesar... El último gran conflicto entre la verdad y el error no es más que la última batalla de *la controversia que se viene desarrollando desde hace tanto tiempo con respecto a la ley de Dios*. En esta batalla estamos entrando ahora; es la que se libra entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová, entre la religión de la Biblia y la religión de las fábulas y de la tradición.¹

En contraste con los mitos de sus vecinos paganos, los judíos del antiguo Israel tenían la verdad acerca de la Creación. En este punto, el adventismo también goza de luz adicional. Mientras millones de cristianos aceptan la evolución en una u otra forma, los adventistas todavía creen que “el Señor hizo en seis días ‘los cielos y la tierra’ y todo ser viviente que la puebla, y reposó el séptimo día de la primera semana”.² Además del registro bíblico, el espíritu de profecía (un don que también se hallaba manifestado en el antiguo Israel) ha provisto numerosos detalles en cuanto al relato del Génesis, lo cual ayuda a explicar por qué la Iglesia Adventista todavía se aferra a la creencia en seis días literales de creación, y esto en contra de la corriente mayoritaria dentro del protestantismo. La creencia en la Creación bíblica se ha convertido en un componente especialmente importante de este mensaje incluido en la verdad presente: “Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las

fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:7). De este modo, el sábado –que tiene significado únicamente en el contexto de la Creación bíblica– pasa a ser visto como el principal componente de la adoración a “aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”, en contraste con los que adoran “a la bestia y a su imagen” (Apocalipsis 14:9).

Tal como el antiguo Israel, el adventismo también posee un mensaje relativo al santuario. Otras iglesias cristianas comprenden, por el libro de Hebreos, que en el cielo existe un santuario (si bien algunas consideran erróneamente que sólo se trata de una alegoría), y que Cristo está allí, ministrando en nuestro favor. Pero únicamente el adventismo comprende la verdad presente, que revela dos fases del ministerio sumosacerdotal de Cristo, una en cada apartamento, así como el juicio anterior al advenimiento que se lleva a cabo durante la segunda fase. Es interesante notar, además, que el juicio anterior al advenimiento aparece después del “tiempo, y tiempos, y medio tiempo” de Daniel 7:25. Y en el Apocalipsis, esta doctrina exclusiva del remanente también aparece después de ese mismo período de “un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo” (Apocalipsis 12:14).

Si bien la comprensión de la importancia y naturaleza del ministerio sumosacerdotal de Cristo que posee el adventismo es luz avanzada, de todos modos se halla arraigada en antiguas verdades que se remontan al santuario de Israel y a los servicios del templo, así como al primer animal que Adán sacrificó después de la caída.

Otra enseñanza exclusiva del remanente actual, como en el tiempo de Israel, es el mensaje de salud. En este aspecto también gozamos de mayor luz que la que poseía Israel. En nuestra época, en la cual tanto se estima la ciencia, el mensaje de salud es el único aspecto del adventismo que la ciencia puede verificar. No podemos probar por medios científicos el estado de los muertos, el mensaje del santuario o la segunda venida de Cristo. En cambio, la ciencia verifica continuamente el mensaje adventista relativo al alcohol, el tabaco, el vegetarianismo y la vida sana en general. Una vez

más, a semejanza de los hebreos, los adventistas se hallan más adelantados que sus vecinos en este campo, no porque hayan desarrollado verdades nuevas e innovadoras, sino porque han rescatado antiguas verdades del pasado.

El adventismo comprende la gran controversia entre Cristo y Satanás. Los demás cristianos, en su mayoría, saben poco o nada de este conflicto. Muchos ni siquiera creen en Satanás, y los que sí creen, no tienen ni la sombra de los conocimientos que están disponibles para los adventistas por medio del espíritu de profecía. Por ejemplo, Elena de White dice, refiriéndose a Satanás y su rebelión:

Satanás fue una vez un ángel a quien se honraba en el cielo, el que seguía en orden a Cristo. Su semblante, como el de otros ángeles, era benigno y denotaba felicidad. Su frente, alta y espaciosa, indicaba poderosa inteligencia. Su figura era perfecta, y su porte noble y majestuoso...

Todo el cielo parecía estar en conmoción... Satanás, deseoso de exaltarse, no queriendo someterse a la voluntad de Jesús, sembraba insinuaciones contra el gobierno de Dios...

Cuando Satanás se dio plena cuenta de que no había posibilidad de que regresase al favor de Dios, su malicia y su odio comenzaron a manifestarse. Consultó a sus ángeles, y trazó un plan para seguir obrando contra el gobierno de Dios. Cuando Adán y Eva fueron puestos en el hermoso huerto, Satanás estaba haciendo planes para destruirlos.³

El gran conflicto es un antiguo tema bíblico, que surge con especial claridad en uno de los libros más antiguos, el de Job. Lo que el adventismo posee en cuanto a este tema no es nueva luz; simplemente se trata de luz avanzada. Como nunca antes, a medida que esta controversia culmina al fin del tiempo, el tema emerge como verdad presente.

Como punto final y de mayor importancia, diremos que, tal como el antiguo Israel, el adventismo goza de mayor luz en lo referente al advenimiento de Jesús; no sólo su primera venida, cuyo anuncio era la misión específica del antiguo Israel, sino la segunda, que es el énfasis especial del adventismo (si bien la segunda venida tiene significado sólo si se la enseña sobre el fundamento de la primera). Israel debía preparar el camino para la primera venida de Cristo; el

adventismo, para la segunda. El nombre que la iglesia escogió para sí, *Adventista del Séptimo Día*, revela cuán importante es la segunda venida como razón de su existencia. Este aspecto de la verdad presente es todavía más crucial que casi cualquier otro, considerando especialmente la confusión y los numerosos conceptos falsos relativos a la segunda venida que pululan en la cristiandad. También en este punto el adventismo ha sido bendecido con verdades que lo separan del resto del mundo.

Por supuesto, hay otras iglesias que poseen algunas de estas doctrinas, pero ninguna tiene la comprensión adicional de ellas que posee el adventismo. Y son *estas verdades*, además de las otras —distintas, claras, bíblicas y cronológicamente calculadas para la época presente—, las que imparten al adventismo su condición de remanente, tal como lo hicieron por el antiguo Israel estas mismas verdades, junto con otras, en su contexto antiguo.

Referencias

1. *El conflicto de los siglos*, pág. 639 (énfasis agregado).
2. *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, pág. 80.
3. *Primeros escritos*, págs. 145, 146.

18

Sin duda, algunos objetarán el razonamiento de los capítulos previos, diciendo que es peligroso. *Mire usted, cuán exclusivista llegó a ser el antiguo Israel, dirán. Por considerarse el remanente, Israel llegó a creer que sólo serían salvos los israelitas. Pensaban que ellos eran los únicos recipientes del amor de Dios. Se volvieron aislados, exclusivistas y envueltos en sus propias creencias y tradiciones. Llegaron a pensar que eran mejores y más santos que todos los demás. Por razón de su exaltado llamamiento, llegaron a tratar con desprecio a otras creencias.*

Todas estas acusaciones son válidas, pero no niegan un hecho fundamental: ¡de todos modos, Israel tenía la verdad! Es cierto que acusaron al Señor del sábado, de haberlo quebrantado (véase Marcos 2:23-28), pero por lo menos, tenían el sábado. Sin duda que usaron mal las leyes relativas al régimen alimentario y la salud, pero por lo menos, poseían dichas leyes. Desde luego, muchos interpretaron mal las profecías relativas al Mesías, pero a lo menos, estaban en posesión de esas profecías. No importa cuántas veces comprendieran mal, o aplicaran erróneamente esas verdades, no por ello dejaban de tener la verdad en mayor grado que cualquier otro pueblo.

Lo mismo sucede en el caso del adventismo. Aunque algunos adventistas del séptimo día se vuelvan orgullosos,

muestren una actitud de “yo soy más santo que tú” o se vuelvan exclusivistas debido al llamamiento profético de la iglesia, o a su estatus de remanente, esos problemas no invalidan su llamamiento, ni su situación de remanente.

De hecho, y a diferencia del antiguo Israel, esta iglesia nunca ha enseñado oficialmente que sus miembros son los únicos que serán salvos, o los únicos hijos de Dios. Puede ser que algunos miembros tengan estas creencias, pero se los encuentra marginados, en la periferia. La declaración de la Iglesia Adventista en cuanto al remanente comienza con un amplio reconocimiento de que hay cristianos en toda confesión religiosa: “La iglesia universal está compuesta por todos los que creen verdaderamente en Cristo”.¹

La obra *Questions on Doctrine* [Preguntas sobre doctrina] expresa con claridad la posición adventista:

Creemos que la profecía de Apocalipsis 12:17 apunta a la experiencia y obra de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, pero *no* creemos que nosotros *solos* somos los verdaderos hijos de Dios —que somos los únicos verdaderos cristianos— en el mundo hoy. Creemos que Dios tiene multitud de seguidores fervientes, fieles y sinceros en todas las comuniones cristianas.²

Elena de White creía lo mismo: “¿Y en qué comunidades religiosas se encuentra actualmente la mayoría de los discípulos de Cristo? Sin duda alguna, en las varias iglesias que profesan la fe protestante”.³

La Sagrada Escritura enseña el mismo principio. Apocalipsis 18 comienza con una amonestación acerca de Babilonia, el sistema político-religioso apóstata de los últimos días: “Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible” (vers. 2). Posteriormente, después de nuevas condenaciones sobre Babilonia, leemos: “Salid de ella, *pueblo mío*, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas” (vers. 4). El Señor llama a “mi pueblo”, es decir, a sus “seguidores fervientes, fieles y

sinceros en todas las comuniones cristianas”, y les ruega que salgan de Babilonia. Es obvio que no todos los cristianos que componen el pueblo de Dios se hallan hoy entre los que “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17). Algunos todavía están en Babilonia.

La Sagrada Escritura distingue, también, entre el remanente descrito en Apocalipsis 12:17 (que sin lugar a dudas es el adventismo), y los santos que evitan la marca de la bestia antes de la segunda venida (sin duda un grupo mayor). En medio de las advertencias acerca de la caída de Babilonia y la marca de la bestia, se describe a los fieles en estas palabras: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). Nada se dice acerca de que este grupo tenga “el testimonio de Jesucristo”. Esto no significa que ninguno de estos santos lo vaya a tener; sin duda, muchos lo tendrán. En cambio, quiere decir que algunos quizás no lo tengan. Los fieles de Dios de todas las religiones comprenderán un día una porción suficiente de la verdad como para declararse en favor de Jesús guardando todos sus mandamientos, aunque nunca hayan poseído “el testimonio de Jesucristo”. Lo que *sí tendrán*, definitivamente, es “la fe de Jesús”. De todos modos, ése es el propósito máximo del “testimonio de Jesucristo”: ayudar a que la gente adquiera “la fe de Jesús”. Aparentemente, algunos obtendrán la fe de Jesús sin “el testimonio de Jesucristo”, con el cual la iglesia remanente, como institución, ha sido tan abundantemente bendecida.

Además, la exclusividad espiritual y la arrogancia están lejos de ser los peligros principales que la Iglesia Adventista debe afrontar hoy. Por el contrario, muchos adventistas ni saben lo que creen, o por qué lo creen. Millares ya ni reconocen la misión distintiva o propósito de la iglesia remanente, mucho menos se podrían considerar exclusivos por causa de ella. Por el contrario, se avergüenzan del título, y hasta lo evitan. Para ellos, la única diferencia entre el adventismo y otras denominaciones consiste en que los adventistas guardan el sábado y no comen carne de puerco; difícilmente hay

material aquí para producir fanáticos. Suficientemente difícil es aseverar en tono atrevido, que la iglesia de uno es la “iglesia remanente”, aun creyéndolo de veras; pero si para empezar ya tenemos dudas, sentiremos deseos de huir de él. Muchos ya se han puesto sus “nikes” [zapatos para correr].

Un perfecto ejemplo de esto apareció en un video reciente, de un ex adventista. En el video, el narrador contaba cómo el crítico del adventismo, Walter Martin (ya fallecido), confrontó a los adventistas durante una reunión celebrada en Loma Linda. Martin negó que el juicio investigador tuviera base bíblica, y según el video, nadie respondió a sus cargos. El ex adventista profesaba estar muy molesto porque no hubo respuesta cuando Walter Martin rechazó el juicio investigador.

Pero, ¿a quién le importa eso? ¡Walter Martin también rechazaba el sábado y la verdad acerca del estado de los muertos! ¿Han sido por eso invalidadas esas verdades fundamentales? ¡Por supuesto que no! A la verdad, debemos sentirnos preocupados cuando alguien rechaza la verdad, pero sólo porque nos interesa el bienestar espiritual de esa persona, y no por temor a que la haya rechazado por no ser verdad. A menos, desde luego, que nosotros mismos tengamos dudas acerca del mensaje...

En el caso mencionado se vio que, en efecto, la persona que narraba el video tenía sus propias dudas en cuanto a la doctrina. Sacó a relucir los mismos viejos y cansados argumentos en contra del juicio investigador, los cuales hace ya tiempo que han sido consignados al basural teológico por prácticamente todos los que los han estudiado honestamente y con cierta seriedad. Y a propósito, antes de terminarse el video este ex adventista había negado abiertamente el juicio investigador, lo cual explica por qué estaba tan preocupado con la negación que Walter Martin había hecho de esta doctrina.

Entretanto, los creyentes que se han tomado el tiempo necesario para colocarle a su comprensión del mensaje un fundamento bíblico, no se van a sentir demasiado molestos ni confusos porque alguien lo rechace. Ellos saben personal-

mente qué es la verdad. Casi todo el mundo rechazará nuestro mensaje, de modo que ésa no es una razón para que vacilemos ahora en aceptarlo.

No cabe duda de que el Señor tiene verdaderos seguidores en toda religión. Pero ese no es el punto. Lo importante es recordar que ninguna otra religión constituida tiene, ni de lejos, la verdad presente que posee el adventismo. Los bautistas no la tienen. Los testigos de Jehová no la tienen. Los episcopales tampoco. No la poseen los miembros de las Asambleas de Dios. Los seguidores de la Ciencia Cristiana tampoco la poseen. No la tienen los católicos, ni los metodistas, los de Moon o los mormones. Si un buscador de la verdad puede encontrar una iglesia que cumpla mejor que el adventismo las profecías relativas al remanente, una iglesia que no sólo guarde los mandamientos sino que tenga “el testimonio de Jesucristo” y que predique el mensaje —que es verdad presente— de los tres ángeles de Apocalipsis 14, presentándolo como el último mensaje de amonestación al mundo antes de la segunda venida de Cristo, entonces esa persona debiera unirse a tal iglesia.

Le deseo buena suerte en su búsqueda. Después de todo, la necesitará...

Referencias

1. *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, pág. 176.
2. *Questions on Doctrine* [Preguntas sobre doctrina], pág. 187.
3. *El conflicto de los siglos*, pág. 433; énfasis agregado.

Un remanente dentro del remanente

19

Si los adventistas tenemos toda esta luz, ¿somos por ello más santos que los que no la poseen? Toda esta “luz”, ¿nos hace mejores que los demás cristianos? El “espíritu de la profecía”, ¿nos ha santificado en maneras que nunca podrían darse entre quienes no lo poseen? El hecho de ser el remanente, ¿nos hace más justos que cualquier otra persona?

La mayor parte de los adventistas responderían: “¡Por supuesto que no!”

Pero, ¿por qué no? Tomando en cuenta la revelación de Jesucristo que poseemos, los adventistas del séptimo día debiéramos ser la gente más consagrada, santa y semejante a Cristo que pisara la tierra.

¿Lo somos?

¡Qué esperanza! Un ebrio con los ojos vendados podría tirar un lazo en casi cualquier otra iglesia y atrapar más cristianos honestos, sinceros, amorosos y perdonadores que los que hay entre los adventistas en la actualidad.

“Manasés, pues, hizo extraviarse a Judá y a los moradores de Jerusalén, *para hacer más mal que las naciones* que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel” (2 Crónicas 33:9).

¿No hemos hecho acaso “más mal que las naciones”, o por lo menos, peor que los “babilonios” espirituales? El texto

de Apocalipsis 3:15-17 describe concisamente nuestra condición:

Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.

En repetidas ocasiones Elena de White aplica estas palabras —el mensaje a Laodicea— a la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Si alguna vez hubo un pueblo representado por el mensaje a Laodicea, es el pueblo que ha tenido gran luz, la revelación de las Escrituras que han recibido los adventistas del séptimo día.¹

Este mensaje le ha sido enviado a la iglesia de los días actuales. Ruego a los miembros de nuestra iglesia que lean todo el tercer capítulo de Apocalipsis, y que lo apliquen. El mensaje a la iglesia de los laodicenses se aplica especialmente al pueblo de Dios actual.²

Dios está guiando a un pueblo. Ha elegido un pueblo, una iglesia en el mundo, a quien ha hecho depositario de su ley. Les ha confiado un legado sagrado y una verdad eterna que deben presentarse al mundo. El los reprenderá y los corregirá. El mensaje a los laodicenses se aplica a los adventistas que han tenido gran luz y no han andado en ella.³

A Laodicea no le falta verdad, sino santidad. Este es el problema que ha plagado al remanente corporativo de Dios en todas las épocas.

Como pueblo, la claridad y fortaleza de la verdad nos hacen triunfar. Nuestras posiciones se ven plenamente establecidas por una cantidad aplastante de claros testimonios bíblicos. Sin embargo, entre nosotros escasean mucho la humildad bíblica, la paciencia, el amor, la abnegación, la atención y el espíritu de sacrificio. Necesitamos cultivar la santidad bíblica. El pecado prevalece entre el pueblo de Dios. No se recibe el claro mensaje de amonestación a los laodicenses.⁴

El pueblo de Dios debe reconocer su maldad, despertarse a un celoso arrepentimiento, y apartarse de los pecados que lo han llevado a una condición tan deplorable de pobreza, ceguera, miseria y terrible engaño. Me fue mostrado que el agudo testimonio debe vivir en la iglesia. Esta es la única respuesta aceptable al mensaje a los laodiceos. El mal debe ser reprendido, al pecado debe llamárselo por su nombre, y la iniquidad debe ser afrontada con rapidez y decisión, y echada de nosotros como pueblo.⁵

Los consejos de la sierva del Señor confirman lo que la Biblia ha demostrado explícitamente durante miles de años: ¡Espiritualmente hablando, la entidad corporativa de Dios siempre ha sido un caso perdido! Cuando el Señor exclama: “Pelearé contra vosotros con mano alzada y con brazo fuerte, con furor y enojo e ira grande” (Jeremías 21:5), ¿a quién se dirige? ¡A su iglesia! Cuando amonesta: “He aquí, yo os dañaré la sementera, y os echaré al rostro el estiércol, el estiércol de vuestros animales sacrificados, y seréis arrojados juntamente con él” (Malaquías 2:3), no se refiere a los amorreos, heteos, filisteos o persas, ¡sino a su pueblo remanente! Al decir: “La maldad de la casa de Israel y de Judá es grande sobremanera, pues la tierra está llena de sangre, y la ciudad está llena de perversidad; porque han dicho: Ha abandonado Jehová la tierra, y Jehová no ve” (Ezequiel 9:9), Dios se refiere al pueblo de su pacto, a los que habían recibido una revelación de la luz y la verdad mayor que cualquier otra nación de las que los rodeaban. ¡Todas estas descripciones y amonestaciones se aplican a su iglesia remanente institucional!

En comparación con las amonestaciones que derramara siglos atrás sobre su remanente, el consejo que envía hoy nuestro Padre celestial a su remanente parece muy suave:

Vi que el residuo [remanente] no estaba preparado para lo que viene sobre la tierra. Un estupor, como letargo, parecía suspendido sobre el ánimo de la mayoría de aquellos que profesan creer que tenemos el último mensaje. Mi ángel acompañante exclamó con intensa solemnidad: “¡Preparaos!, ¡preparaos!, ¡preparaos!, porque la ardiente ira del Señor ha

de manifestarse pronto".⁶

¿Qué diré para despertar al pueblo remanente de Dios? Me fue mostrado que nos esperan escenas espantosas; Satanás y sus ángeles oponen todas sus potestades al pueblo de Dios. Saben que si los hijos de Dios duermen un poco más, los tienen seguros, porque su destrucción es cierta".⁷

Hay veces en que se me presenta una visión muy clara de la condición que impera en la iglesia remanente, una condición de pasmosa indiferencia ante las necesidades de un mundo que perece por falta de conocimiento de la verdad para este tiempo... ¡Oh, cómo me duele el corazón al ver cómo Cristo es avergonzado por su conducta tan contraria a la de Jesús!⁸

Se me mostró la baja condición del pueblo de Dios; y que Dios no se había apartado de ellos, sino que ellos se habían apartado de Dios y se habían vuelto tibios. Tienen la teoría de la verdad, pero les falta su poder para salvar. A medida que nos acercamos al fin del tiempo, Satanás se deja caer con gran poder, sabiendo que su tiempo es corto. Su poder será ejercitado especialmente sobre el remanente.⁹

El 20 de noviembre de 1855, mientras [yo me hallaba] en oración, el Espíritu del Señor vino sobre mí en forma repentina y poderosa, y fui arrebatada en visión. Vi que el Espíritu de Dios se ha ido desvaneciendo de la iglesia.¹⁰

Como miembros de la iglesia remanente de Dios, debemos orar con fe firme por el don de la gracia del amor. El amor es el cumplimiento de la ley, y aquellos sobre quienes ha estado brillando tanta luz lo manifiestan demasiado escasamente.¹¹

Elena de White no se refiere aquí a los bautistas, los metodistas o los anglicanos. Sus palabras se dirigen a los adventistas del séptimo día, a quienes ella describe como en "baja condición", una iglesia de la cual el Espíritu de Dios se estaba desvaneciendo *en torno a 1850*, un pueblo dormido, que mostraba una "pasmosa indiferencia" ante las necesidades evidentes a su alrededor. Dice la mensajera del Señor que se han apartado del Señor y, si bien tienen la verdad, no poseen amor; y sin amor "nada" somos (1 Corintios 13:2). En

resumen, describe al adventismo en términos laodicenses.

Y sin embargo, también describe a los adventistas del séptimo día como la iglesia remanente. ¿Puede Laodicea ser el remanente? ¡Por supuesto!

En verdad, no importa cuán patético sea nuestro estado —aun “desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”—, de todos modos la Iglesia Adventista sigue siendo la iglesia remanente, aunque más no sea porque sólo ella posee la verdad remanente. No importa cuántos pederastas, libertinos, hipócritas, fanáticos y otros inconversos degradados consuman el poder y el espíritu del cuerpo, aun así seguimos siendo el remanente organizado, porque somos los únicos que poseemos la verdad presente. Y en última instancia, no es la santidad sino la verdad lo que distingue hoy al pueblo remanente *corporativo* de Dios, tal como sucedía en los días del antiguo Israel.

La analogía con el antiguo Israel es aplicable hasta cierto punto. Desde la fabricación del becerro de oro, desde el informe de los doce espías, desde la división de la nación en dos facciones enemigas, desde la mundanalidad y apostasía del primer templo hasta el duro y sombrío legalismo de la primera parte del segundo templo, Israel perduró como la nación remanente, el pueblo organizado de Dios, el único que poseía la “verdad presente” a pesar de su debilidad espiritual. Aun después que el remanente crucificó a Jesús, el Señor cumplió la promesa que decía: “...confirmará el pacto con muchos” (Daniel 9:27), durante tres años y medio más, dándoles tiempo como cuerpo organizado para que se arrepintieran de la muerte de Jesús y lo aceptaran como el Mesías.

A pesar de todo, llegó el momento en que Jesús debió mirar a Jerusalén y decir: “He aquí vuestra casa os es dejada desierta” (Mateo 23:38). Eventualmente tuvo que amonestar a los dirigentes, diciendo: “Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él” (Mateo 21:43). Llegó el tiempo en que Israel dejó de funcionar en calidad de entidad política *corporativa* como la iglesia remanente. El Señor tuvo

que llamar a un pueblo nuevo, un movimiento nuevo, una nueva iglesia con un nuevo mensaje.

¿Podría sucedernos lo mismo a nosotros?

Referencias

1. *Manuscript Releases* [Manuscritos publicados], tomo 18, pág. 193.
2. *SDA Bible Commentary* [Comentario bíblico adventista], tomo 7, pág. 959.
3. *Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 75.
4. *Testimonies for the Church* [Testimonios para la iglesia], tomo 3, pág. 253.
5. *Id.*, pág. 260.
6. *Primeros escritos*, pág. 119.
7. *Servicio cristiano*, pág. 103.
8. *Testimonies for the Church* [Testimonios para la iglesia], tomo 8, pág. 24.
9. *Spiritual Gifts* [Dones espirituales], tomo 4B, pág. 45.
10. *Id.*, pág. 2.
11. *Bible Training School* [Escuela de preparación bíblica], 1o. de junio de 1903.

20

Todo adventista debe haberse sentido tentado a cuestionar en algún momento el papel profético de la iglesia. Muchos, especialmente los que han crecido dentro del sistema, han visto la burda hipocresía de los que dicen y hacen en público todas las palabras y acciones aceptables del adventismo, mientras que en la oscuridad cometen los pecados más viles. Otros se sienten disgustados con la repetición, año tras año, de las mismas trivialidades y dogmas.

¿Cuántos de nuestros jóvenes y señoritas se han visto frustrados, avergonzados o aun heridos por individuos llenos de justicia propia que se creen santos, los cuales los han juzgado y condenado sin saber el dolor y las luchas que inundan sus corazones?

¿Cuántos jóvenes de ambos sexos han sido criados sabiendo más de Elena de White que de Jesucristo?

¿Cuántos se han sentido disgustados por la falta de lealtad a las doctrinas y las normas?

¿Cuántos conocen los reglamentos, las leyes y las normas, pero no al Señor?

¿Cuántos se han visto obligados a dejar el adventismo para poder hallar el amor, la seguridad y la aceptación que anhelaban, y que nunca hallaron en el seno del remanente? Años atrás, mientras visitaba una congregación carismática, me encontré con una joven pareja cuyos integrantes habían

sido criados como adventistas del séptimo día, y habían asistido a escuelas adventistas, pero habían dejado la iglesia. El esposo hasta tenía un hermano que era pastor adventista. En medio de la excitación y alboroto del servicio carismático, les pregunté por qué se habían apartado del adventismo.

“Cuando estábamos en la Iglesia Adventista –respondió el esposo–, nuestro matrimonio estaba por romperse. Aquí encontramos el amor y la ayuda que necesitábamos. ¡Ahora somos felices!”

Otros, por el contrario, se han llegado a sentir profundamente preocupados por el descenso de nuestras normas, la infiltración de la teología liberal en nuestras escuelas, la escasez de adventismo distintivo en las predicaciones que se escuchan desde nuestros púlpitos, y la invasión de prácticas y filosofías mundanas en nuestras instituciones. Convencidos de que la iglesia se ha convertido en Babilonia, la han abandonado para unirse a algún grupo disidente. O se mantienen en la periferia de la iglesia, desviando sus diezmos, criticando a los dirigentes, dividiendo las iglesias y arrojando serias dudas sobre el papel profético y la condición de remanente de la iglesia.

¿Qué diremos? ¿Puede la iglesia adventista perder su condición de remanente? Lo que le sucedió al Israel literal después de la muerte de Cristo, ¿no podría sucederle al Israel espiritual de hoy? ¿Llegará el momento en que Dios arroje de su boca a Laodicea *en conjunto*, y establezca otro cuerpo, uno que cumpla mejor sus propósitos?

¡No, porque Laodicea es la última iglesia! El capítulo 3 de Apocalipsis, con el mensaje a Laodicea, termina en el versículo 22. No hay un versículo 23 que describa otra identidad corporativa. Después de Laodicea, no sigue nada más. Ciegos, desventurados y miserables, de todos modos somos –¡aunque cueste creerlo!– el último cuerpo eclesiástico organizado.

Además, cuando el Señor llamó a la iglesia cristiana a salir del Israel nacional, le dio un mensaje distintivo: Jesús de Nazaret era el Salvador del mundo. No sólo era nueva luz ese mensaje, sino también verdad presente; nueva luz y

verdad presente que la nación judía había pasado por alto. Es por eso que el Señor tuvo que formar una nueva iglesia. Si la nación, como cuerpo, hubiera aceptado la verdad, Dios no habría necesitado formar un nuevo cuerpo. En cambio, tuvo que llamar a los judíos y gentiles que estuvieran dispuestos a aceptar y proclamar el mensaje que la nación hebrea, como organización, no aceptó.

En cada época, la característica distintiva del remanente *organizado* de Dios ha sido la verdad —verdad presente—, y no la santidad. De este modo, por débil y defectuoso que sea, el adventismo todavía tiene el mensaje de la verdad presente para nuestro tiempo, la invitación de Dios a hombres y mujeres de todo lugar a prepararse para la segunda venida de Cristo, el último acontecimiento antes del milenio celestial. No hay necesidad de llamar a una nueva iglesia, un remanente con nueva luz u otro mensaje que contenga la verdad presente. Una nueva iglesia tendría que tener un nuevo mensaje, pero ¿qué verdad puede haber, que sea más presente que la segunda venida?

No cabe duda de que hay apostasía dentro del adventismo, como siempre ha sucedido dentro de la iglesia organizada de Dios. Pero es muy diferente una iglesia *con* apostasía, que una iglesia *en* apostasía. Y el adventismo no se halla en apostasía, aun cuando en sus filas hay apostasía. Una iglesia apóstata no habría publicado *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día: una exposición bíblica de las 27 doctrinas fundamentales*. Tampoco habría publicado los siete tomos de la serie producida por el Comité sobre Daniel y el Apocalipsis, todos ellos escritos para defender doctrinas adventistas básicas. Una iglesia que esparce por todo el mundo la verdad acerca de Jesús, la salvación, el sábado, el estado de los muertos, la segunda venida y el santuario, no está en apostasía. Una iglesia apóstata no estaría presentando todos los días estas grandes verdades a millares de personas en casi todos los países. Y una iglesia apóstata no imprimiría ni vendería cada año cientos de millares de libros tales como *El conflicto de los siglos*, *El Deseado de todas las gentes*, *El camino a Cristo*, *La educación*, *El ministerio de*

curación, y Patriarcas y profetas...

La Iglesia Adventista tiene sus Judas, Acabes y Jezabels. Probablemente tenemos más de lo que muchos miembros se dan cuenta. ¿Quién podría negar que no somos lo que debiéramos ser? Posiblemente seamos aun peores de lo que pensamos ser; después de todo, ése es el gran problema de Laodicea. Y cuán triste es que algunos no enseñen nuestras verdades con la convicción, claridad y fe que debieran tener. Pero, aun diluidos, los mensajes de los tres ángeles están más cerca de la verdad de lo que muchas otras iglesias enseñan. No importa cuán mala sea supuestamente la iglesia, el Señor la está usando –y a ella sola– para llevar este mensaje especial al mundo. No fueron los bautistas, los carismáticos, los presbiterianos ni los episcopales los que me enseñaron por primera vez los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14. Los aprendí sólo de los adventistas del séptimo día, ¡los únicos de quienes todos los demás los podrán oír también! Elena de White dice:

Aunque existen males en la iglesia, y los habrá hasta el fin del mundo, la iglesia ha de ser en estos postreros días luz para un mundo que está contaminado y corrompido por el pecado. La iglesia, debilitada y deficiente, que necesita ser reprendida, amonestada y aconsejada, es el único objeto de esta tierra al cual Cristo concede su consideración suprema.¹

A pesar de todo, muchos adventistas se sienten preocupados –y con razón– por ciertas tendencias que se manifiestan en la iglesia. No sólo se han rebajado las normas, sino que nuestro mensaje distintivo ya no se oye muy a menudo. Es tan difícil que hoy escuchemos un sermón acerca del juicio investigador como acerca de la segunda venida, la victoria sobre el pecado o cualquier otro aspecto específico de la verdad presente. En su deseo de predicar buenos sermones “evangélicos”, algunos ministros se han desequilibrado a tal punto en sus presentaciones de la justificación por la fe y la seguridad de la salvación, que su evangelio se ha corrompido, por cuanto el verdadero evangelio va más allá de la mera justificación.

De este modo, muchos miembros anhelan el retorno de los tiempos antiguos, cuando la iglesia predicaba el “antiguo mensaje”, sin diluciones ni cargas extras como la justificación por la fe, la gracia y la seguridad de la salvación. Añoran la época cuando los ministros, de pie en los púlpitos, respiraban fuego predicando acerca del juicio investigador en desarrollo, y de cómo uno tenía que estar absolutamente limpio de pecado y ser perfecto, o si no, su nombre sería borrado del libro de la vida, condenándolo a la destrucción eterna en el lago de fuego que esperaba a los que se levantarán en la segunda resurrección. Para ellos, los mejores días del adventismo eran cuando muchas congregaciones no permitían que por sus puertas entraran las joyas, la música rock o los que no fueran de su raza.

En realidad, nunca han existido los “buenos tiempos”. Nunca el adventismo ha tenido sólo ministros puros que enseñaran la verdad pura a santos puros. Ya en 1888, fecha temprana de nuestra historia, algunos dirigentes conservadores rechazaron un poderoso mensaje de justificación por la fe. Todos los consejos, amonestaciones y reproches de la Hna. White acerca de la mundanalidad, la tibieza, la apostasía, el fanatismo, el racismo, la inmoralidad, el adulterio, el egoísmo, la corrupción, los pastores no santificados, los celos, el legalismo, el chisme, la masturbación, la juventud descarriada, el robo de los diezmos, la violencia conyugal, la rebelión, el rechazo de los *Testimonios*, y otros problemas suficientemente espeluznantes como para hacer sonrojarse a Hollywood, le fueron enviados a la iglesia remanente *de sus tiempos*, que supuestamente eran los “buenos tiempos” cuando esta iglesia estaba firme en la verdad. ¡Cuán a menudo la sierva del Señor lloró por la iglesia... de sus días! Sin embargo, el Señor no rechazó entonces a su cuerpo organizado, ni tampoco lo rechazará ahora.

A pesar de esto, hay una creciente tendencia a retirarse de la denominación, un movimiento a establecer una iglesia dentro de una iglesia, o aun a la separación. Ciertas facciones están ya ordenando a sus propios ministros y comenzando sus propias iglesias. A menos que esos grupos y la iglesia

remanente puedan sanar las brechas, vendrá una división. Un cisma tal sería trágico para esos movimientos, porque estarían actuando directamente contra el consejo del espíritu de profecía (lo cual es irónico, puesto que una de las quejas que expresan contra la iglesia es que *ella* se está oponiendo al espíritu de profecía). Una separación así también dañaría a la denominación, que podría ser ayudada y fortalecida por lo que muchas de estas personas podrían ofrecerle.

Muchos adventistas descontentos creen que la iglesia se halla en apostasía, y que el Señor llamará a un remanente fiel a salir de ella, como lo hizo con la iglesia cristiana primitiva. Los que se han vinculado con los movimientos más radicales creen que ellos son los fieles, el verdadero remanente, y que el Señor los está llamando en la actualidad a salir de la Iglesia Adventista del Séptimo Día organizada. Algunos han llegado a creer que la iglesia adventista organizada eventualmente se unirá con el Estado para perseguir a los fieles. Muchos que en un tiempo hubieran retrocedido ante el mero pensamiento de que alguna vez dejarían la denominación para unirse a otro grupo, han hecho precisamente eso. Otros los seguirán a pesar de la advertencia que hace Elena de White, según la cual:

Puede parecer que la iglesia está por caer, pero no caerá. Ella permanece en pie, *mientras los pecadores que hay en Sión son tamizados*, mientras la paja es separada del trigo precioso. Es una prueba terrible, y sin embargo tiene que ocurrir.²

Los separatistas procuran desvirtuar esta referencia estableciendo su propia definición de lo que es “la iglesia”, que, según ellos, se compone únicamente de gente fiel. “Se está haciendo popular la definición de la iglesia como compuesta sólo de almas fieles. En conexión con esto se halla el pensamiento de que la Iglesia Adventista del Séptimo Día visible, compuesta de influencias tanto buenas como malas, no es realmente la iglesia de Dios”.³ Sin embargo, la misma cita de Elena de White prueba que “la iglesia” no puede estar compuesta solamente de “almas fieles”; de otro modo,

¿cómo podrían “los pecadores que hay en Sión” ser tamizados? La referencia misma establece que la iglesia contiene pecadores —no sólo almas fieles—, y que son estos pecadores de Sión, y no los santos, los que son tamizados y deben salir.

Jamás la Sra. de White dejó siquiera entrever la posibilidad de que, debido a la apostasía, el Señor llamara a un pueblo nuevo. Ella advirtió que la apostasía nos haría quedar aquí durante más tiempo que lo necesario, pero nunca aprobó la idea de unirse a organizaciones nuevas. Por el contrario, nos amonesta:

Hay que proclamar ante el mundo todas las verdades que él [Dios] ha dado para estos últimos días. Hay que fortalecer cada pilar que él ha establecido. Ahora no podemos alejarnos del fundamento que Dios ha colocado. No podemos entrar en ninguna nueva organización, porque esto significaría apostar de la verdad.⁴

En la Palabra de Dios no se da ningún consejo ni motivo a los que creen el mensaje del tercer ángel para que supongan que deben apartarse. Ustedes pueden quedar para siempre seguros en cuanto a esto. Se trata de designios de mentes no santificadas, que quieren estimular un estado de desunión.⁵

El concepto según el cual el Señor se propone hacer surgir un nuevo movimiento, se encuentra con otra dificultad importante. ¿Cuándo se completará el llamamiento a integrarse? Si hubiera que llamar un nuevo movimiento a salir del adventismo, ¿cuánto tiempo transcurriría hasta que ese movimiento, a su vez, cayera en algunos de los mismos pecados en los cuales sus fundadores acusan hoy a la denominación de haber caído? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que algunos miembros del nuevo movimiento decidieran que él se hallaba ahora en apostasía y formarían uno nuevo? ¿Y cuánto hasta que entre ellos hubiera quienes se sintieran llamados a comenzar aun otro?

Tarde o temprano el Señor tiene que completar la formación de su cuerpo corporativo. Así lo hará. El libro del Apocalipsis, en el capítulo 3, muestra quiénes son.

Se los llama... Laodicea.

Referencias

1. *Testimonios para los ministros*, pág. 49.
2. *Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 436; énfasis agregado.
3. Ty Gibson y James Rafferty, *Trials and Triumph of the Remnant Church* [Pruebas y victoria de la iglesia remanente] (Malo, Washington: Light Bearers, 1992), págs. 17, 18.
4. *Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 449; énfasis agregado.
5. *Selected Messages*, tomo 3, pág. 21.

21

Durante la época patriarcal, el remanente consistía sólo en una familia de seguidores de Dios que se mantenían fieles, por lo menos parte del tiempo. El remanente no era un cuerpo oficial, organizado, sino más bien una familia que eligió participar en un pacto de relación con Dios. Desde entonces, el Señor ha tenido su remanente corporativo, un pueblo “oficial” visible, a cuyos miembros les ha concedido la mayor luz relativa a sí mismo y a sus verdades específicas para este tiempo. Además, Dios también ha tenido su pueblo espiritual, un remanente *dentro* del remanente, los integrantes del cuerpo organizado que son realmente salvados por la verdad que han aceptado. Hay gran diferencia entre ambos grupos.

Este contraste aparece en Apocalipsis, en el mensaje a Tiatira, una de las siete iglesias del Señor. Si bien se anuncia juicio contra Tiatira por apostasía, el Señor menciona un remanente fiel dentro de ella:

Pero a vosotros y a los demás [la expresión *los demás* es la misma que en Apocalipsis 12:17 se traduce por “resto”, y en otros pasajes, por “remanente”] que están en Tiatira, a cuantos no tienen esa [falsa] doctrina, y no han conocido lo que ellos llaman las profundidades de Satanás, yo os digo: No os impondré otra carga; pero lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga (Apocalipsis 2:24, 25).

En el mensaje a Tiatira, el Señor hizo distinción entre los que eran fieles y el grupo mayor, que no lo era. Así ha sucedido en general, desde el Sinaí. El hecho de ser miembro del remanente organizado no es garantía de salvación, así como ser miembro de un club de ejercicio tampoco garantiza la buena salud. El antiguo Israel había sido el remanente organizado de Dios durante más de mil años, pero no todo israelita fue salvo. Tampoco serían salvos todos los miembros de Tiatira. ¿Irán a ser diferentes las cosas en el caso del adventismo?

Por supuesto que no. Muchos adventistas ni siquiera saben qué es la verdad; cuánto menos podrán ser salvos por ella. Si en la actualidad muchos adventistas apenas siguen a Cristo, ¿qué harán cuando tengan que afrontar la ira de la bestia y de su imagen? “Si corriste con los de a pie, y te cansaron, ¿cómo contendrás con los caballos? Y si tropiezas en tierra segura, ¿qué harás en la inundación del Jordán?” (Jeremías 12:5 NRV). Cuando comiencen las dificultades, muchos dejarán la iglesia con tal rapidez que, allí donde una vez hubo adventistas, sólo quedarán unas nubecillas de polvo...

Conforme vaya acercándose la tempestad, muchos que profesaron creer en el mensaje del tercer ángel, pero que no fueron santificados por la obediencia a la verdad, *abandonarán su fe, e irán a engrosar las filas de la oposición.*¹

Pronto los hijos de Dios serán probados por fieras dificultades, y la mayor parte de los que hoy parecen ser genuinos y veraces, resultarán ser metal barato. En vez de ser fortalecidos y confirmados por la oposición, las amenazas y el abuso, *se pondrán cobardemente del lado de los opositores.*²

No está lejos el tiempo cuando la prueba venga sobre toda alma. Se harán grandes esfuerzos por imponernos la marca de la bestia. A los que, paso a paso, hayan ido cediendo a las demandas del mundo y conformándose a sus costumbres, no les resultará difícil ceder ante las autoridades, antes que someterse a las burlas, los insultos, las amenazas de prisión, y la muerte. La confrontación se realiza entre los manda-

mientos de Dios y los mandamientos de los hombres. En este tiempo, el oro será separado de la paja en la iglesia.³

El cedazo será sacudido. El tamo debe ser separado del trigo. Por cuanto abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfriará. Este es el tiempo en que los genuinos serán los más fuertes. Los que no han apreciado la luz ni han andado en ella, se separarán de nosotros.⁴

Estas referencias, junto con la que dice que los pecadores de Sión serán “tamizados”, nos enseñan tres puntos:

- En la iglesia remanente se llevará a cabo una separación entre los fieles y los infieles.
- Esta separación se lleva a cabo en relación con la marca de la bestia y la persecución de los últimos días.
- Los que resulten ser infieles *abandonarán la iglesia* y se unirán a la oposición.

Este último punto es crucial. Algunos críticos de la iglesia usan la analogía de que el Señor llamó a los reformadores protestantes a salir de Roma, o a la iglesia primitiva a salir de Israel, como ejemplo de lo que el Señor supuestamente hará al llamar a su pueblo fiel para que salga del adventismo, al convertirse la iglesia organizada en perseguidora de ellos. Es interesante notar que “Laodicea” significa “un pueblo juzgado”, y que en las Sagradas Escrituras las referencias al remanente se encuentran a menudo vinculadas con la idea del juicio. Pues bien, si como lo enseña la Biblia, Laodicea es la última iglesia, y si, como se nos dice, habrá una separación entre el trigo y el tamo en la iglesia, y si los pecadores de Sion serán “tamizados”, según dice claramente Elena de White, entonces la división sólo puede ocurrir cuando los infieles salgan de la iglesia. ¿Cómo podría ser de otro modo? No vendrá como resultado de que un grupo de fieles se retire de una iglesia apóstata.

Recordemos que esta separación tiene lugar durante la persecución de los últimos días, y no antes. Si bien desde los días de la Sra. de White la iglesia ha estado siendo zaran-deada, la verdadera prueba de fidelidad a Jesús viene

cuando se procure imponer la marca de la bestia sobre la iglesia, *al fin de los días*, poco antes del retorno de Cristo. Jesús declaró que el trigo y la cizaña crecen juntos “hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero” (Mateo 13:30). En esa ocasión, se hará la separación entre el trigo y la cizaña, no sólo dentro del adventismo, sino en todo lugar. La diferencia es que el trigo que haya en otras iglesias se unirá con los que ya “guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apocalipsis 12:17), mientras que los infieles que haya dentro del adventismo “abandonarán su fe, e irán a engrosar las filas de la oposición”.

No hay duda alguna de que entre nosotros ocurrirá una separación. Hay demasiado pecado, frialdad, egoísmo y maldad como para que el Señor se lleve su cuerpo organizado a su reino en la condición actual. Y quién sabe si al fin irá siquiera a existir una Iglesia Adventista del Séptimo Día corporativa, organizada. Al fin del tiempo, los fieles estarán ya sea en la cárcel, muertos, o escondidos. Parece difícil que la organización vaya a subsistir en su estado actual.

Hasta entonces, cuán bueno sería que el tamo pudiera convertirse en oro por medio de algún proceso de alquimia espiritual, o que la cizaña pasara a ser trigo gracias a un proceso de manipulación genética. Desgraciadamente, para la mayoría no será así. En cambio, al afrontar la persecución, “muchos que profesaron creer en el mensaje del tercer ángel, pero que no fueron santificados por la obediencia a la verdad” no sólo se apartarán de nosotros, sino que se volverán contra nosotros.

¿Qué es lo que distingue a los dos grupos? Si los que se van no fueron “santificados por su obediencia a la verdad”, entonces los que se quedan deben haberlo sido. Esos son los que no sólo *conocen* la verdad, sino que la *viven*; los que no sólo saben *acerca* de Jesús, sino que *lo conocen*; los que por medio de su relación personal con el Señor, le aman y desean que Cristo “sea formado” en ellos (Gálatas 4:19). Son una versión moderna de los que en toda época de la iglesia

se han mantenido fieles al Señor aun cuando las multitudes no lo eran. Son un remanente *dentro* del remanente.

¡Ay de la ciudad rebelde y contaminada y opresora! No escuchó la voz, ni recibió la corrección; no confió en Jehová, no se acercó a su Dios... Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová. *El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa* (Sofonías 3:1, 2, 12, 13; énfasis agregado).

Si bien gran número de creyentes profesos negarían su fe por sus obras, habría un remanente que perseveraría hasta el fin.⁵

Como en el tiempo de Elías, cuando el Señor había preservado “en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron” (1 Reyes 19:18), también tiene el Señor sus fieles en el Israel espiritual de hoy. Pero del mismo modo como Elías no sabía quiénes eran esos individuos, nosotros tampoco lo sabemos. ¿Quién sabe realmente lo que hay en el corazón de la gente? ¿Cómo podemos comprender sus luchas más profundas? ¿Quién conoce el abuso y sufrimiento que sus almas impresionables sufrieron cuando niños? ¿Quién puede ver los defectos en sus genes? Es por esto que se nos advierte que no debemos juzgar: “No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido” (Mateo 7:1, 2). Cuán a menudo sucede que nosotros mismos somos culpables de las cosas que tanto nos apresuramos a criticar en los demás. “Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo” (Romanos 2:1).

Cuando Jesús estaba en la carne, pasaba mucho más tiempo ministrando a los pecadores *dentro de la iglesia* que condenándolos. ¿No debiéramos nosotros hacer lo mismo? Sin embargo, es más común hoy criticar a la iglesia que orar por ella. Es más agradable comentar los pecados de los santos que sacrificar nuestro tiempo y energía para reme-

El abandono

Desde el comienzo de su ministerio terrenal, Jesús se caracterizó por un propósito sobresaliente: vivir para bendecir a otros. Desde sus primeros días en Galilea hasta expirar en la cruz, la vida de abnegación y sacrificio propio que vivió Jesús transcurrió enteramente para el bien de la humanidad. Su compasión no admitió barreras; su ministerio no conoció límites. Si había enfermos, los sanaba; si alguien estaba deprimido, lo alegraba; a los desesperados, les llevaba esperanza. Ningún dolor era demasiado pequeño, ningún individuo demasiado insignificante, ningún clamor demasiado débil para Jesús. De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de hogar en hogar, Jesús anduvo, incansable, predicando el evangelio y sanando a los enfermos; el Rey del universo revestido de humanidad.

Gracias a él, los ciegos de nacimiento vieron sus ojos llenarse de luz; los cojos y paralíticos pudieron saltar como cervatillos; los prisioneros de la muerte despertaron con el vigor de la juventud. Y todo por causa de Jesús, y sólo por él. Cada palabra que hablaba, cada obra suya, todo tenía el propósito de elevar a la humanidad.

¿Qué más podía haber dado el cielo, lo que dio en Jesús? “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?” (Isaías 5:4). Cristo vino, ministró, sanó, perdonó, confortó y enseñó; él derramó sobre nosotros todo lo que Dios

podía entregar en su condición de hombre.

¿Y qué sucedió?

Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias. Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos (Juan 6:1-3).

De tanto ministrar, Jesús había quedado exhausto, y ahora necesitaba descanso. Por eso se fue a un lugar apartado con los doce. Pero la gente lo siguió de todos modos, llevando consigo sus enfermedades, sus dolores y sufrimientos, para que el Maestro los sanara, confortara y aliviara con un gesto, una palabra, un toque. Pronto “alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud” (vers. 5), y teniendo compasión de ellos, quiso alimentar a su rebaño.

“Aquí está un muchacho –dijo Andrés–, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?” (vers. 9).

Cinco panes y dos peces ¿para “cinco mil” (vers. 10)? Pudiera ser que a cada uno le tocaran unas migajas y una espina. Sin embargo, Jesús hizo que la gente se sentara en grupos, y multiplicó los peces y el pan hasta que todos, hombres, mujeres y niños, “se hubieron saciado” (vers. 12), y todavía sobró lo suficiente como para llenar doce cestas.

¿Cómo respondió la multitud? Elena de White escribe:

Durante todo el día esta convicción se había fortalecido. Ese acto culminante [la alimentación de los cinco mil] les aseguraba que entre ellos se encontraba el Libertador durante tanto tiempo esperado. Las esperanzas de la gente iban aumentando cada vez más. El sería quien haría de Judea un paraíso terrenal, una tierra que fluyese leche y miel. Podía satisfacer todo deseo. Podía quebrantar el poder de los odiados romanos. Podía librar a Judá y Jerusalén. Podía curar a los soldados heridos en la batalla. Podía proporcionar alimento a ejércitos enteros. Podía conquistar las naciones y dar a Israel el dominio que deseaba desde hacía mucho tiempo.¹

Pues bien, ¿qué quiso hacer entonces la multitud?

“Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y *hacerle rey...*” (Juan 6:15; énfasis agregado).

Tan impresionada había quedado la multitud por este milagro, tan asombrados ante el potencial que veían en él, que quisieron coronarlo rey, el tan esperado Libertador de Israel. Allí estaba Aquel por cuyo medio la nación alcanzaría el pináculo de majestad que consideraban merecer. Colocaron sus esperanzas mundanales sobre Jesús. El había de cumplir sus sueños de poder y gloria.

Pero ¿cómo termina el versículo?

“Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, *volvió a retirarse al monte él solo*” (Juan 6:15; énfasis agregado).

¡Cómo! ¿Jesús trastornó los planes de la multitud? ¿No les permitió que lo coronasen rey? ¿Por fin, no quiso cumplir sus expectativas?

A la gente no le gustó eso, ni un poquito. Habían puesto en él sus esperanzas mundanales, y Jesús los decepcionó profundamente.

Quando Cristo prohibió a la gente que le declarara rey, sabía que había llegado a un momento decisivo de su historia. Mañana se apartarían de él las multitudes que hoy deseaban exaltarle al trono. El chasco que sufriera su ambición egoísta iba a transformar su amor en odio, su alabanza en maldiciones.²

El día siguiente, en una sinagoga de Capernaum, Jesús declaró: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron... Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Juan 6:48-51). La esencia de su sermón era que la gente necesitaba participar de su naturaleza y conformarse a su carácter. Si querían ser sus seguidores, esto “requería la completa entrega de sí mismos a Jesús. Eran llamados a ser abnegados, mansos y humildes de corazón. Debían andar en la senda estrecha recorrida por el Hombre del Calvario, si querían participar en el don de la vida y la gloria del cielo”.³

Como resultado de sus palabras, y por no haber logrado

coronarlo rey el día anterior, “muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (vers. 66). Las multitudes, que tan entusiasmadas se habían mostrado con Jesús, que tanto se habían beneficiado por su poder divino, y que tan agradecidas se sentían por lo que había hecho que querían proclamarlo rey, ahora lo abandonaron. Y por si eso no fuera suficiente maldad, muchos se volvieron también en su contra. “Mantuvieron su actitud, recogiendo todo detalle que se pudiera volver contra él; y fue tal la indignación suscitada por esos falsos informes que su vida peligro”.⁴

Por supuesto, esta crisis de Galilea no fue la última ocasión en que Jesús debió afrontar una situación similar. Durante los últimos días de su ministerio, cuando entró en Jerusalén, algunos de los mismos que gritaban: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mateo 21:9), gritaron: “¡Crucifícale!” (Marcos 15:13), tan sólo unos días más tarde.

Después del sermón en Capernaum, cuando tantos se apartaron, Jesús miró a los doce, los que habían estado más cerca de él, con quienes había compartido las verdades más grandes, los que más sabían de su ministerio, y les preguntó: “¿Queréis acaso iros también vosotros?” (Juan 6:67).

“Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (vers. 68, 69).

A pesar de todo, ¿qué sucedió?

Judas, desde luego, no sólo abandonó a Jesús, sino que lo traicionó, entregando la vida del Hijo de Dios a cambio de treinta piezas de plata. Judas había amado a Jesús, y se había conmovido ante la vida y el ministerio del Salvador; con todo, bajo las circunstancias apropiadas, traicionó a su Maestro.

¿Y los otros once?

Mateo, describiendo el arresto de Jesús en Getsemaní, escribió: “Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron” (Mateo 26:56). Marcos, al narrar el suceso, lo hace en las mismas palabras. (Véase Marcos 14:50.) Aun el impulsivo

Pedro no sólo abandonó a Jesús, sino que antes que pasara la noche, negó tres veces haber tenido algo que ver con el Salvador.

Por distintas razones y en diferentes circunstancias, todos los que habían estado asociados con Jesús lo abandonaron y huyeron. Algunos, desde luego, volvieron; pero en su hora de mayor prueba, Jesús estuvo solo. Los dirigentes lo odiaban. La multitud se había vuelto en su contra. Judas lo traicionó. Los discípulos lo abandonaron. Pedro lo negó. Jesús se vio obligado a afrontar la prueba solo, ¡completamente solo!

Ahora bien, ¿qué tiene que ver con nosotros, es decir, con la iglesia organizada remanente, el abandono de Jesús?

Durante años, los adventistas han anticipado la llegada del zarandeo, la separación final del trigo y la cizaña, cuando muchos, bajo la amenaza de persecución, “abandonarán su fe, e irán a engrosar las filas de la oposición”.⁵ El escenario ha sido descrito una y otra vez en libros, artículos y sermones: los lazos familiares se romperán, los padres se levantarán contra los hijos, los hijos contra los padres, el amigo contra el amigo, y los miembros de iglesia unos contra otros.

Si bien es cierto que todos tenemos cierta noción de cómo será el zarandeo, muchos adventistas realmente no tienen idea de cuál será el subterfugio más ingenioso que el diablo usará para separarnos de la verdad. Nuestra estabilidad será socavada y sacudida en formas que no es dable anticipar, a través de métodos que nunca hallaremos en el folleto de la Escuela Sabática.

A veces puedo entrever destellos, pequeñas chispas de comprensión, acerca de lo que el diablo hará con nosotros, y tiemblo, no sólo por mí, sino también por la iglesia. Pienso: *¡Nuestro pueblo no está listo para esto!* Cuando anticipo esos asaltos repentinos, y luego contemplo a Laodicea, tibia e insensibilizada por la mundanalidad, una imagen se imprime en mi mente: *ovejas llevadas al matadero.*

Estas son palabras fuertes, pero lo cierto es que, como iglesia, seremos atacados desde ángulos que no esperamos,

y que por lo tanto, no estamos preparados para resistir. Todo lo que pueda ser sacudido, será en verdad sacudido, y en formas que nunca se nos han ocurrido.

A pesar de lo dicho, existe un remedio que puede ayudarnos a estar preparados. Por la gracia de Dios, debemos adquirir la capacidad de resistir uno de los medios más aviesos que tiene Satanás para desvincular a la gente de Jesús y su verdad para este tiempo. Me he estado preparando durante años, porque por mucho tiempo lo he estado viendo venir.

¿Cuál es la respuesta?

Necesitamos separar –totalmente, cien por ciento, *sin excepciones*– nuestra fe, nuestro amor a Jesús, nuestro amor a la verdad, de todo lo demás, incluyendo quizá en forma especial, *la Iglesia Adventista del Séptimo Día*.

No estoy diciendo que haya que dejar la denominación. ¡Por favor, no se me acuse de esto! No es poca la hipocresía de los que se separan del cuerpo porque no está siguiendo los consejos inspirados, cuando algunos de los más claros entre esos consejos nos dicen que no debemos separarnos. Por la gracia de Dios, la única forma como yo dejaría la iglesia es si fuera expulsado de ella... ¡y aun así, de todos modos le enviaría mi diezmo! Aunque la Iglesia Adventista le mandara mi dinero a Saddam Hussein, yo continuaría siendo adventista.

¿Qué quiero decir, entonces, con esto de separar nuestra fe completamente de la iglesia?

Supongamos que después que usted termina de leer este libro, oye decir que Clifford Goldstein ha dejado el adventismo porque se descubrió que había estado distribuyendo drogas desde su oficina en la Asociación General.

¿Cómo se sentiría usted? Espero que mal. Pero ¿se habría anulado la muerte de Cristo sólo porque Goldstein resultó ser un criminal? Si Goldstein resultara ser un hipócrita, ¿cambiaría eso la santidad del sábado por el domingo? ¿Dejaría de ser válido el ministerio sumosacerdotal de Cristo sólo porque al mismo tiempo que Goldstein escribía y predicaba, también andaba vendiendo drogas?

¡Por supuesto que no!

Supongamos que la persona que trabajó tanto por ganarnos a Jesús, que estudió con nosotros, que lloró y oró con nosotros y que es responsable de que conozcamos a Jesús... supongamos que se descubre que por todo ese tiempo esa persona había estado abusando de algún niño.

¿Se anula la justificación por la fe, sólo porque el que nos la enseñó era un perverso? ¿Se hace nulo el don profético de Elena G. de White por haber sido un pederasta el primero que nos puso en contacto con las obras de ella? ¿Se hace falso el mensaje porque la persona que nos lo trajo tuviese intenciones inmorales para con nuestra hijita de cinco años?

¡Por supuesto que no!

Supongamos que algún dirigente mundial, uno que respetáramos, que alimentaba nuestra alma, uno cuyas palabras, conducta o ejemplo hubiese encendido en nuestro interior una luz espiritual... supongamos que siempre hubiera sido un homosexual activo.

¿Cambia por eso lo que es verdad presente? ¿Ya no tendríamos que obedecer los Diez Mandamientos? ¿Dejaría por eso el adventismo de ser el remanente organizado? ¿Se irían de pronto los muertos al cielo o al infierno?

¡Por supuesto que no!

No importa quién haga qué cosa en la iglesia, no importa cuánta apostasía, corrupción, escándalo y pecado existan en la iglesia, la verdad sigue siendo la verdad. Ningún miembro de la iglesia puede hacer nada por anular, o aun alterar, algún aspecto del mensaje de los tres ángeles, así como no hay decisión de junta que pueda alterar el sol en su camino.

La pregunta crucial es, pues: ¿Estamos tan bien fundados en Jesús, tan confiados en este mensaje, que aun si las personas que más amamos y admiramos resultaran ser los peores y más viles Judas que se hubieran visto desde los tiempos del Judas original, de todos modos pudiésemos permanecer firmes? ¿Estamos tan seguros de la verdad, que nos aferraríamos a ella no importa qué dijeran, qué hicieran o en qué se convirtieran todos los demás miembros de la iglesia?

¡Cuántas personas se perderán sólo por haber puesto sus

ojos en seres humanos pecadores, inclinados al error, y no en el único Ser humano inmaculado e infalible que haya existido! Por esta razón, necesitamos separar nuestra fe de todo y de todos, especialmente de los demás miembros de la iglesia, y centrarla únicamente en Jesús.

Desde luego, podemos recibir ayuda de otros miembros de iglesia cuando la necesitamos. Podemos apoyarnos en los demás en tiempos de aflicción. Necesitamos amarnos los unos a los otros, llevar los unos las cargas de los otros, y estar dispuestos a entregar nuestra vida por los demás. Necesitamos con toda urgencia llegar a ser la iglesia amante y maternal que Cristo desea, y que no somos todavía. Pero al fin, cuando nos veamos cara a cara con la realidad, cuando el día de prueba amanezca para toda alma, necesitaremos ser capaces de mantenernos firmes aunque estemos solos, confiando en el Señor y en su Palabra, y en nadie más, porque no hay nadie más que merezca toda nuestra confianza.

Quizá el lector o lectora está en la Iglesia Adventista hoy porque alguien, con su amor, le atrajo al mensaje. Quizá la única razón por la cual usted está aquí es porque algún adventista le reveló el amor y el carácter de Jesús por la vida que vivía. Es posible que usted sea miembro de una congregación adventista amorosa, hospitalaria y centrada en Cristo, en cuyo seno usted goza de la comunión con los santos, y del apoyo que le brindan. A pesar de eso, usted necesita una experiencia con Jesús que va más allá del compañerismo y el amor que recibimos en los almuerzos y paseos de la iglesia. Necesitamos una experiencia que nos mantenga estrechamente unidos a Jesús, no importa qué puedan hacer los demás miembros de la iglesia. No importa qué papel haya desempeñado un cristiano amoroso en el proceso de atraerlo a la verdad; si ésta es la única razón por la cual todavía permanece en ella, tarde o temprano el diablo se asegurará de que usted se encuentre con un adventista perverso y profano que lo haga salir más rápido de lo que el amor lo hizo entrar.

Estemos advertidos: el zarandeo del adventismo no será

tan claro como lo imaginamos. Si el caso consistiera tan sólo en que los malvados y crueles católicos y protestantes comedores de cerdo que guardan el domingo nos fueran a atormentar a nosotros, los simpáticos, dulces y santos adventistas vegetarianos por causa de la controversia entre el sábado y el domingo, entonces sería relativamente fácil sobrevivir al zarandeo. Pero las cosas no serán así de sencillas. Una cosa es que otros adventistas –aun pastores y dirigentes– sean echados a la cárcel por haber rehusado entrar en componendas en cuanto a la observancia del sábado. ¡Cuánta inspiración y fortaleza podríamos extraer de su fidelidad! Pero ¿qué haremos cuando gente que admirábamos sea echada en la cárcel *porque allí es donde siempre merecían haber estado*? Nuestra experiencia sería mucho más llevadera si el mundo nos odiara por mantenernos firmes en defensa de la verdad, siendo él mismo convicto y condenado por rechazar la ley de Dios. Pero ¿quién está listo para el tiempo, quizás al comienzo de la crisis final, cuando el mundo nos odie, no por ser nosotros santos y justos, sino *porque merecemos ser odiados*?

Jesús dijo que un enemigo vino y “sembró cizaña entre el trigo” (Mateo 13:25); también el enemigo ha sembrado su cizaña en el adventismo. ¿No sería lógico que tratara de introducir aun más cizaña en las filas de la iglesia remanente, el pueblo que tiene la verdad presente? ¿Y no sería uno de los grandes trucos del enemigo, esperar hasta el momento más oportuno para exponer esa cizaña ante el mundo de manera que avergüence severamente, y hasta sacuda la fe de cuantos pueda? ¿Y qué mejor época para hacerlo, que inmediatamente antes de –o aun durante– la crisis relativa a la ley dominical?

Lo sucedido en Waco debiera despertarnos a los planes de Satanás. Si bien es cierto que hacía tiempo que la iglesia había desfraternizado a David Koresh, ¿quién entre nosotros no se sintió avergonzado y hasta con deseos de pedir disculpas por ser adventista en los días en que Waco ocupaba el centro de atención en los programas noticiosos? Ahora bien, supongamos que la agitación en favor de la ley dominical

hubiera comenzado pocas semanas después que Koresh y su banda de engañados seguidores causaron la muerte de esos policías federales. ¡Imaginemos cuánto más difícil sería presentar la ley de Dios mientras ese grupo aberrante conectado con ciertos adventistas permanecía guarecido en el Rancho Apocalipsis, tiroteándose con las fuerzas antiterroristas del gobierno! ¡Cuánto más difícil sería enseñar los tres mensajes angélicos de Apocalipsis 14 mientras Koresh proclamaba sus disparates acerca de los siete sellos del Apocalipsis!

Elena de White advirtió que “la obra que la iglesia descuidó de hacer en tiempos de paz y prosperidad, tendrá que ser realizada en medio de una terrible crisis, bajo circunstancias sumamente difíciles y desanimadoras”,⁶ pero ¿quién se hubiera imaginado circunstancias así de difíciles y desanimadoras? Peor aún, ¿cómo nos sentiríamos si los que nos avergonzaran no fueran los seguidores de Koresh, sino adventistas del séptimo día?

Si creemos que Waco fue difícil... ¡esperemos a ver lo que vendrá más adelante!

Jesús dijo: “Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse” (Lucas 12:2). ¿Quién puede imaginar lo que hay encubierto y oculto entre nosotros? ¿Y quién va a querer estar ahí cuando todo sea revelado y dado a conocer?

Por consiguiente, nuestra única defensa contra este asalto específico —cuando se descubra lo que está encubierto, y lo que está oculto sea dado a conocer— debe consistir en desarrollar un profundo fundamento en la verdad, tanto en lo intelectual como en nuestra experiencia. Debemos tener una fe que trascienda la iglesia y a todo lo que hay dentro de ella, una fe que sólo se apoye en el Señor, una fe como la que tenía Jesús.

Quizá sea por esta razón que el remanente final de Dios se describe no sólo como los que guardan los mandamientos de Dios, sino que también tienen “la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). Es cierto que a menudo usamos este pasaje para identificarnos como pueblo, pero este uso no es enteramente

correcto. A diferencia del remanente de Apocalipsis 12:17 —que aparece en una época posterior al período de 1260 días, y que indudablemente se refiere a la iglesia remanente organizada—, los santos de Apocalipsis 14:12 aparecen sólo durante el conflicto contra la bestia y su imagen, el cual todavía es futuro. Son un pueblo que todavía no ha sido revelado.

No importa quiénes sean en último término (el texto no dice adventistas del séptimo día, si bien se supone que entre ellos los habrá), hay dos características específicas que los identifican: (1) guardan los mandamientos de Dios, y (2) tienen la fe de Jesús. Su posición como remanente se apoya en dos niveles. Uno es doctrinal, porque saben que Dios requiere que guarden sus mandamientos; el otro es empírico, puesto que desarrollan una experiencia de fe con Dios, como la que poseía Jesús.

En el primer nivel, estos creyentes se hallan firmemente arraigados en la Palabra. Saben lo que creen, y por qué lo creen. No dependen de su pastor, de los dirigentes de la iglesia o de las costumbres del mundo como guía. Ellos mismos, firmemente basados en la Palabra de Dios, saben qué pide de ellos el Señor y, a pesar de las presiones económicas y políticas, guardan los mandamientos de Dios porque saben, intelectualmente, por lo que dice su Palabra, que el mandato del Señor es que se obedezca su ley.

El segundo nivel se basa en su experiencia. La “fe de Jesús” abarca, sin duda, muchas cosas, pero los últimos días de la vida de Cristo muestran que incluye una fe capaz de permanecer firme por sí sola, y que persevera hasta el fin: la fe del remanente.

En realidad, Jesús fue el verdadero remanente, un símbolo no de quienes sólo conocen la verdad, sino de los que al fin son salvos por ella. Algunas palabras hebreas que se traducen como *remanente*, significan “quedar”, “ser dejado”; y al fin de la vida y ministerio terrenal de Cristo, él fue el único que quedó, el que fue dejado, de todo el grupo de sus seguidores; el núcleo a partir del cual formaría el nuevo Israel. Sólo él permaneció fiel, mientras todos los que lo

rodeaban fueron esparcidos y huyeron ante la persecución. De este modo, él fue en un sentido muy real, “el remanente del remanente”.

En estos últimos días, los que esperan estar entre “el remanente del remanente”, necesitarán desarrollar “la fe de Jesús”. Uno de los aspectos más claros de la fe de Cristo es que permaneció firme a pesar de que todos los que lo rodeaban apostataron, huyeron, lo rechazaron o lo persiguieron. Si bien él anhelaba apoyo humano, consuelo y ánimo, lo que le permitió subsistir sin eso fue su fe.

En Getsemaní, por ejemplo, ¡cuán útiles podrían haberle sido a Jesús las oraciones y palabras de ánimo de sus discípulos más allegados! Pero las tres veces los halló durmiendo. Sin embargo, su fe le permitió sobreponerse a la traición de Judas, la negación de Pedro, y la huida de los discípulos. Era una fe que –dolorida por las acusaciones, herida por las burlas, atacada por el odio y aguijoneada por el rechazo– de todos modos no fue derribada por ninguna de estas cosas. La fe de Jesús no dependía de la humanidad. Existía exclusivamente entre él y su Padre, así como nuestra fe también necesita serlo. Tal como el mundo se opuso a Jesús, así también se volverá contra nosotros. Y no sólo el mundo se opondrá a nosotros. Muchos que han estado muy cerca de nosotros nos abandonarán, se volverán en contra nuestra, y –lo que sería más doloroso– quizá hasta nos decepcionen y nos avergüencen.

Necesitamos extendernos a “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1), porque las cosas visibles pueden decepcionarnos, y el que lo hagan es casi inevitable. Necesitamos mirar, como Jesús, no a lo terreno, lo temporal, sino a las cosas celestiales, eternas, puesto que tarde o temprano lo terreno, lo temporal, nos traicionará. El cielo, en cambio, nunca lo hará.

Afortunadamente, todavía es tiempo de adquirir “la fe de Jesús”. Esta característica principal del “remanente del remanente” es lo único que importa. El hecho de ser parte del remanente organizado no nos salvará más de lo que salvó a Acab, Absalón o Judas. Nuestro adventismo no

garantiza que vayamos a integrar las filas del fiel remanente final, que estará compuesto de los que –no importa cuál sea su origen– hayan establecido una relación salvadora con Jesucristo, manifestada por su obediencia a “los mandamientos de Dios”. Como adventistas, tenemos grandes oportunidades de ser parte de ese grupo –mucho mayores que los de otras procedencias–, pero si no las aprovechamos, nuestra condenación será mayor que la de cualesquiera otros, porque como dijera Jesús, “a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará” (Lucas 12:48).

Por lo ya visto, lo que el pueblo adventista necesita es una experiencia con el Señor que le permita sobrevivir –como lo hiciera Jesús– tanto el zarandeo interior como la presión exterior. Y la única manera como se puede obtener dicha experiencia es tal como la desarrolló Jesús, a través de una vida de comunión, oración y obediencia al Padre.

Para empezar, los adventistas necesitamos pasar menos tiempo mirando televisión y más tiempo leyendo la Biblia; menos tiempo hablando unos con otros, y más hablando con Dios; menos tiempo pensando en lo que podemos hacer por nosotros mismos, y más pensando en lo que podemos hacer por el Señor; menos tiempo tratando de aprender los caminos del mundo y más procurando conocer a Jesús. Los únicos que formen parte del grupo final de fieles, serán los que conozcan tan bien a Jesús, que estén dispuestos a morir por él.

Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:6, 7).

Estas palabras se dirigían al remanente organizado de Dios de entonces, al igual que para el remanente de hoy. El Señor desea “tener... misericordia” de los malvados, y ser “amplio en perdonar” a los injustos. ¿Quién puede negar que entre los adventistas haya maldad e injusticia? No necesitamos mirar más allá del vecino en la iglesia... y ni siquiera ir tan allá. Miremos en nuestro propio interior. Sin embargo,

“Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8). Esto incluye la cizaña que haya dentro de la Iglesia Adventista.

El Señor ha abierto un camino para perdonar a ese padre, miembro de la iglesia remanente, que acosaba sexualmente a su propia hija; a esa anciana que miró con disgusto a la visita que llevaba un collar de perlas; al dirigente de Conquistadores que golpeaba a su esposa; al miembro de iglesia que abría su agencia de venta de motocicletas en sábado, y aun al médico adventista que asesinó a un hombre en su consultorio.

Cristo murió, no sólo por esos individuos, sino también por las víctimas de sus pecados: la niña de doce años que sufrió el acoso sexual, la mujer adornada de perlas, la esposa golpeada, los hijos de las parejas que se divorcian, en fin, toda persona que haya sido alguna vez herida, frustrada o amargada por las acciones de algún adventista. Jamás les sucedió algo que Jesús no sepa, que no le importe o que no quiera sanar.

Fue Jesús —y no la Iglesia Adventista— el que bajó del cielo, murió por nuestros pecados y ofreció en lugar nuestro su perfecta justicia. Por lo tanto, el único que nos puede salvar es él, y no la iglesia. Sólo él es nuestra salvación, y no la persona que nos llevó a él, ni el pastor, el maestro de la Escuela Sabática, el evangelista de la asociación, el director del colegio, los ancianos de la iglesia, ni el presidente de la Asociación General. Si les miramos las manos, no encontraremos en ellas ninguna cicatriz de la cruz. Sólo en las manos de Cristo encontraremos las señales de los clavos.

¿Cuestiona usted a la iglesia porque en ella ha sido víctima de injusticias? También fue víctima Urías el heteo, cuando el máximo dirigente de la iglesia remanente durmió con su esposa y luego lo hizo asesinar. ¿Ha sido herido usted por gente que sabía lo que hacía? También lo fue Nabot de Jezreel, que fue muerto por la reina, la cual quería apoderarse de su viña para dársela a su esposo. ¿Le repugnan la injusticia, la hipocresía y los pecados de los profesos guardadores del sábado? También le repugnaban a Isaías, el cual

escribió un libro entero de la Biblia acerca de eso. ¿Los dirigentes de la iglesia lo han tratado injustamente a usted? También lo hicieron con Jesucristo, al cual los dirigentes de la iglesia desafiaron, se burlaron de él y luego lo colgaron de una cruz.

¿Qué otra cosa se puede esperar, considerando la historia del remanente de Dios? Si el remanente organizado se pudo rebelar contra Moisés, apedrear a los profetas, echar a Jeremías en la cárcel y colgar de una cruz al Salvador del mundo, ¿qué nos hace pensar que nosotros seremos tratados mejor?

Tenemos un enemigo que odia a esta iglesia, y que se esfuerza por alejar de ella a la gente. Desgraciadamente, algunos de sus agentes más efectivos han sido los mismos adventistas, ¡los que han sido comisionados para invitar a la gente a entrar!

Por consiguiente, debemos elevarnos por encima de los *adventistas*, que no son lo mismo que el *adventismo*. Debemos mirar más allá de los mensajeros, al mensaje mismo. Tenemos que mirar a Cristo, y no a los que profesan ser cristianos. No podemos permitir que los *miembros* adventistas nos aparten de la *verdad* adventista.

Esta verdad no es la iglesia. La iglesia puede conocer la verdad, pero no es sinónimo de la verdad. Esta existe independientemente de la iglesia, aun si esta iglesia —mejor que cualquiera otra— comprende en qué consiste esa verdad. No importa lo que le suceda a la Iglesia Adventista, la verdad adventista permanece.

La pregunta más importante es: ¿Permaneceremos en la verdad? La respuesta depende de la relación que mantengamos con Aquel que es la verdad. Dijo Jesús: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida” (Juan 14:6). Lo único que puede elevarnos por encima de los disturbios y traiciones que sin duda alguna nos tocará afrontar en la iglesia —si aun no nos ha tocado hacerlo—, es una experiencia perdurable con Cristo y con la verdad que él nos ha dado para este tiempo.

Preparémonos: para mantenernos fieles a Dios se necesi-

tará algo más que saber acerca del sábado, el estado de los muertos y las reglas de la buena salud. Necesitaremos conocer al Señor que nos ha dado esas enseñanzas, y no sólo conocerlo, sino amarlo. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento” (Mateo 22:37, 38). Se nos manda amar a Dios, y por lo tanto, primero debemos conocerlo, porque ¿cómo podríamos amar a Dios si no le conocemos?

“Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Si conocemos y amamos a Dios, entonces le obedeceremos, a pesar de la presión a que se someterá al remanente para hacerlo apartarse de él.

Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos (1 Juan 2:3).

El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama (Juan 14:21).

El que me ama, mi palabra guardará (Juan 14:23).

Pues éste es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos (1 Juan 5:3).

Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús (Apocalipsis 14:12).

El conocimiento de Dios y el amor por él están vinculados con la obediencia a sus mandamientos, y dicha obediencia es una de las características claves de su remanente final. No importa quiénes integren el pueblo remanente, tendrán indefectiblemente una relación personal con Dios, la cual, cuando se vean sometidos a severas presiones, les permitirá mantenerse firmes, sin retroceder. Su amor por Dios será el combustible que los impulse a sufrir persecuciones, presiones económicas, pérdida del trabajo o de la

familia, y quizá hasta la muerte.

“¿Posee usted una conexión tan fuerte con Dios, tal consagración a su servicio, que su religión no le falle aun ante la persecución más violenta? *Lo único que sostendrá el alma en medio de las pruebas que están por sobrevenir es el profundo amor de Dios.*”⁷

En consecuencia, necesitamos no sólo conocer la verdad, sino –lo que es aún más importante– haber establecido una experiencia continua con Aquel que es la verdad. Jesús quiere mantener con cada uno de nosotros una relación tan individual como si fuésemos el único habitante del mundo. Por nuestra parte, necesitamos entregarnos a él con tal amor que podamos mantenernos fieles aunque toda la Iglesia Adventista apostatará, aunque todos se volvieran contra nosotros, aunque todos huyeran... ¡aunque fuéramos *los únicos que quedáramos!*

Acontecerá en aquel tiempo, que el remanente de Israel y los que hayan quedado de la casa de Jacob, nunca más se apoyarán en el que los hirió, sino que se apoyarán con verdad en Jehová, el Santo de Israel (Isaías 10:20).⁸

¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia. El volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados. Cumplirás la verdad a Jacob, y a Abrahán la misericordia, que juraste a nuestros padres desde tiempos antiguos (Miqueas 7:18-20).

He aquí los santos, estos son los que son perdonados y limpiados, cuyas iniquidades son vencidas, cuyos pecados son lanzados a lo profundo del mar porque dependen sólo del Señor, el Santo de Israel, en verdad.

¡He aquí el remanente!

Referencias

1. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 340.
2. *Id.*, pág. 347.

3. *Id.*, págs. 355, 356.
4. *Id.*, pág. 357.
5. *El conflicto de los siglos*, pág. 666.
6. *Testimonies for the Church* [Testimonios para la iglesia], tomo 5, pág. 463.
7. *Id.*, pág. 135; énfasis agregado.
8. Paráfrasis del autor.

